El Hogar



PINTADA EXPRESAMENTE PARA "EL HOGAR"

DEL TIEMPO VIEJO
Por Dolores Degiovanni

"ICED-TEA"

(PRONUNCIESE: AIS-TI)



Qué es iced-tea?

Iced-tea es una rica bebida helada, que se prepara con TE SOL. Es un refresco sano; quita la sed y el cansancio, su costo es insignificante y es muy fácil de preparar.

Se prepara así: Enjuague la tetera con agua hirviendo, ponga en ella una cucharadita de Te Sol, no muy llena, por cada vaso que necesite servir. Echele encima agua hirviendo, (que no haya hervido más de un minuto). Déjelo reposar en la tetera cinco minutos. Cuélelo y póngalo en una jarra en la heladera. Una vez fresco, se sirve con una rajadita de limón y azúcar.

"Te Sol"

"Más tazas por libra"

Muestra Grátis

Señores del Te Sol
San Martin 195, Bs. Aires

Sírvanse mandarme una latita de Te Sol y el folleto para preparar el iced-tea.

Nombre ....
Calle .... No. ....
Pueblo o ciudad .... F. C. ....

Dirección, Redacción
y Administración:
RIO DE JANEIRO, 262-300
U. T. 60 Caballito 1020 al 1029
Dirección Telegráfica: "Senyah"

Año XXVIII. Núm. 1160



Oficina para Avisos
y Subscripciones:
Av. ROQUE SAENZ PEÑA, 651
(Primer piso)
Unión Telef. 38, Mayo, 2031 al 2033

ENERO 8 de 1932

NOTAS Y COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

RESPETO A LA MUJER Todavía es necesario exigir respeto a la mujer. "La Prensa" acaba de hacerlo en un extenso suelto. En Buenos Aires, dice, existen ahora millares de niñas y señoras que por razones de su trabajo deben andar solas por la calle al regresar en las primeras horas de la noche de la oficina o el taller a sus casas. Es necesario que la policía active su celo para terminar con los guarangos que todavía encuentran a su paso; y que en todo su trayecto las escolte siempre el respeto de los hombres, respeto que merecen doblemente, por ser mujeres y por ser trabajadoras.

Una opinión flotante que alguna vez llegó a ser recogida por la prensa, pretende que las modernas modas y costumbres incitan a la falta de respeto a la mujer. Pero no es así en Inglaterra, los Estados Unidos y otros países cultos, ni entre nosotros la falta de respeto era menor en tiempos de modas y costumbres más recatadas.

ELECCIONES MUNICIPALES Es muy común que aun el ciudadano que aspira al buen gobierno y a la buena administración no manifieste sino mediano interés por las elecciones municipales, a pesar de que sobre todo para el vecino de la ciudad o de la planta urbana la primera condición de buen gobierno es asegurarse a todo evento el buen gobierno municipal. En nuestro país los largos y penosos esfuerzos que costó la organización nacional, así como la circunstancia de que en un principio todas las ciudades quedaran convertidas en capitales de provincia, y no restaran sino pocas villas fuera de esta categoría, concentraron el interés público sobre las cuestiones de orden nacional y provincial, y hasta ocultaron a los ojos del estadista la significación de las autonomías municipales. A las actuales generaciones les corresponde volver por los prestigios de la autonomía municipal, y acreditar la importancia del gobierno de este orden, y es de recomendarse que este cometido sea puntualmente recordado en la oportunidad de pasado mañana.

CONTRATO MATRIMONIAL La Sra. Rebeca Ross, de Camden (Nueva Jersey), considera el matrimonio como una transacción mercantil. Respetemos sus opiniones, y sepamos lo que hay de nuevo. La Sra. Ross le hizo firmar a su marido un contrato de 47 artículos, y ahora se presenta entablando demanda de divorcio porque él no cumple casi ninguno de los compromisos formalmente estipulados en tan minucioso documento. Existencia original debe haber sido la de ese matrimonio con carta constitucional; una carta constitucional dictada por la esposa, y en la que seguramente no era el marido quien sacaba la mejor parte. ¿Cuantas veces la Sra. Ross no habrá citado a su conyuge ante el contrato, ya para refrescarle la memoria haciéndole la lectura comentada de sus cláusulas, ya para reconvenirle por haber infringido sabe Dios cuántas de sus numerosas cortapisas? ¡Al diablo el contrato, al diablo mi mujer, al diablo el matrimonio!, pensaría Mr. Ross. Pero ese contrato tiene algo de bueno: si la Sra. Ross resuelve publicarlo en folleto, sería un éxito de librería, y no pocos literatos le envidiaran los derechos de autor.

EL DIVORCIO EN LATINOAMERICA El suceso de Montevideo, en que un marido divorciado dio muerte al novio de su ex esposa, no es muy tranquilizador para los divorcistas. Tampoco lo eran ya los novios y los maridos de facto que matan por celos a su novia o a su mujer, a pesar de que ellos tienen el divorcio al alcance de la mano. Según el agresor, mediaba enemistad entre él y su víctima, a quien una vez había retado a duelo. Aunque el antecedente no fuera exacto, lo sería que vivimos en países donde los hombres tienen a honra batirse. No es así, entretanto, en los que dieron el ejemplo del divorcio, y quizá en Francia los resultados de éste fueran distintos si el duelo no hubiera venido cayendo en desuso y en ridículo. Podría pensarse que el temperamento de los pueblos donde los unos se baten y los otros son propensos a hacerse justicia por su propia mano, no es el mas favorable a que el divorcio surta todos los efectos que esperan de él los divorcistas. El medio social latinoamericano no es tan evolucionado como el de los países que han dado el ejemplo del divorcio. Tanto al legislador divorcista como al antidivorcista les tocaría estudiar sus deficiencias y la forma de subsanarlas.

25.000 SUFRAGISTAS ¿Creeríais que hubiese 25.000 mujeres sufragistas en la República Argentina?... Temed que sean 250.000, pues en la provincia de San Juan se han inscripto mas de 25.000 nativas y no pocas extranjeras en los padrones municipales. Mientras no se pruebe lo contrario, habrá que interpretar este hecho como una revelación de entusiasmo sufragista, a menos que no prefiráis tenerlo por una singularidad del ambiente político sanjuanino. Las 25.000 sufragistas de San Juan, si es que verdaderamente les corresponde este nombre, si no es que en lugar del sufragismo sea el fervor cantonista quien las arrastra a los padrones, vendrían a confirmar que en



los países latinos, exteriormente tan refractarios al sufragismo, éste aparece por sorpresa donde menos se le espera; primero en España, cuyas mujeres se distinguen por su espíritu casero, y luego es posible que en el Perú, el país donde las tradiciones coloniales tienen el prestigio de una aureola nobiliaria.

●

POR CONCURSO El Sr. Carlos Reunel Otton Reetz, elegido por concurso para florista de la Dirección de Paseos, no sólo ha obtenido un empleo, sino también un fidedigno diploma de competencia, pues el jurado estaba presidido por el propio jefe de la repartición, ing. D. Carlos A. Thays, que es nuestra mayor autoridad en materia botánica, e integrado por el director del Jardín del Sur y un representante de los concursantes, cuyo número podemos intercalar que era de 19. También es de suponerse que los concursos de floristas, sirviendo de estímulo a los aspirantes, despierten en el gremio el espíritu de emulación y de superación, y la curiosidad, el interés y el amor por el oficio. El sistema ideal para la provisión de empleos y funciones en una civilización cualitativa, sería el del concurso. Además este sistema valoriza la competencia efectiva. Entre nosotros, donde el diploma oficial tiene tanto valor que nivela los dispares valores reales, y donde las influencias son tan poderosas, la extensión del sistema del concurso serviría hasta para corregir los malos hábitos de nuestra estimativa.

●

LA OTRA CAMPANA Poco o mucho, todos hemos hablado mal de la lotería, pero nunca nos ha sido dado oír la otra campana. Refiriéndonos ahora a la Lotería Nacional, por estar exenta de las serias objeciones que caben a otras ¿tiene algo de bueno la lotería? El medio millón de la extracción de Navidad cayó distribuído entre cien vecinos de la localidad de Las Flores. Al cabo del año los premios de la lotería han modificado favorablemente la situación de algunos centenares de personas, corrigiendo quizá anteriores injusticias de la fortuna, y acaso también, habilitando a hombres de capacidad y de iniciativa. Pero nunca hemos oído la otra campana, nadie sabe con certeza si esos beneficios de la lotería son económica y socialmente computables. La Administración de la Lotería, que es a quien le tocaría agitar la otra campana, creemos que no podría informarnos. Es lástima que estas cuestiones no suelan ser sometidas a observación ni ser motivo de encuestas e indagaciones.

●

ERA UNA LEYENDA Monseñor De Andrea declara en "La Razón" que era una leyenda la incredulidad del Dr. Figueroa Alcorta. Se ha hablado mas de una vez de mi liberalismo, tildándome de sectario, le confesó el Dr. Figueroa Alcorta a monseñor De Andrea. Nada mas inexacto. Siempre fuí creyente y profundamente respetuoso de la religión, y me place recordar en estos momentos, en los que nuestra alma está a flor de labios, que jamás me dormí sin haber rezado una Salve. El liberalismo de mis primeros años fue mi sarampión. Además de otros objetos de piedad que tenía al alcance de la mano, dice monseñor De Andrea, conservaba sobre el pecho una reliquia de Santa Teresita del Niño Jesús, que le había llevado su íntimo amigo el Dr. Rómulo S. Naón.

●

EL ORDEN PÚBLICO ¿Qué es el orden público, del cual hablamos todos los días? En primer lugar ¿qué queremos decir con orden? Hay el orden público y hay el orden privado, y hay el orden público y su perturbación. Pero comoquiera que el orden público es siempre una cuestión de orden público, esa distinción no acaba de desembrollar las ideas. El reciente fallo del Dr. Varangot en el ruidoso asunto del altoparlante, nos convence de que no es tan fácil saber lo que es el orden público. El concepto del orden público, dice, es tan amplio y comprensivo, que los autores no han llegado a una definición clara y precisa, hasta el punto de que Demolombe indica la imposibiladad de definir el orden público cuando enseña que "es algo que se siente, pero que no se ve".

¿Qué es el orden público? ¡Preguntádselo a Demolombe!

●

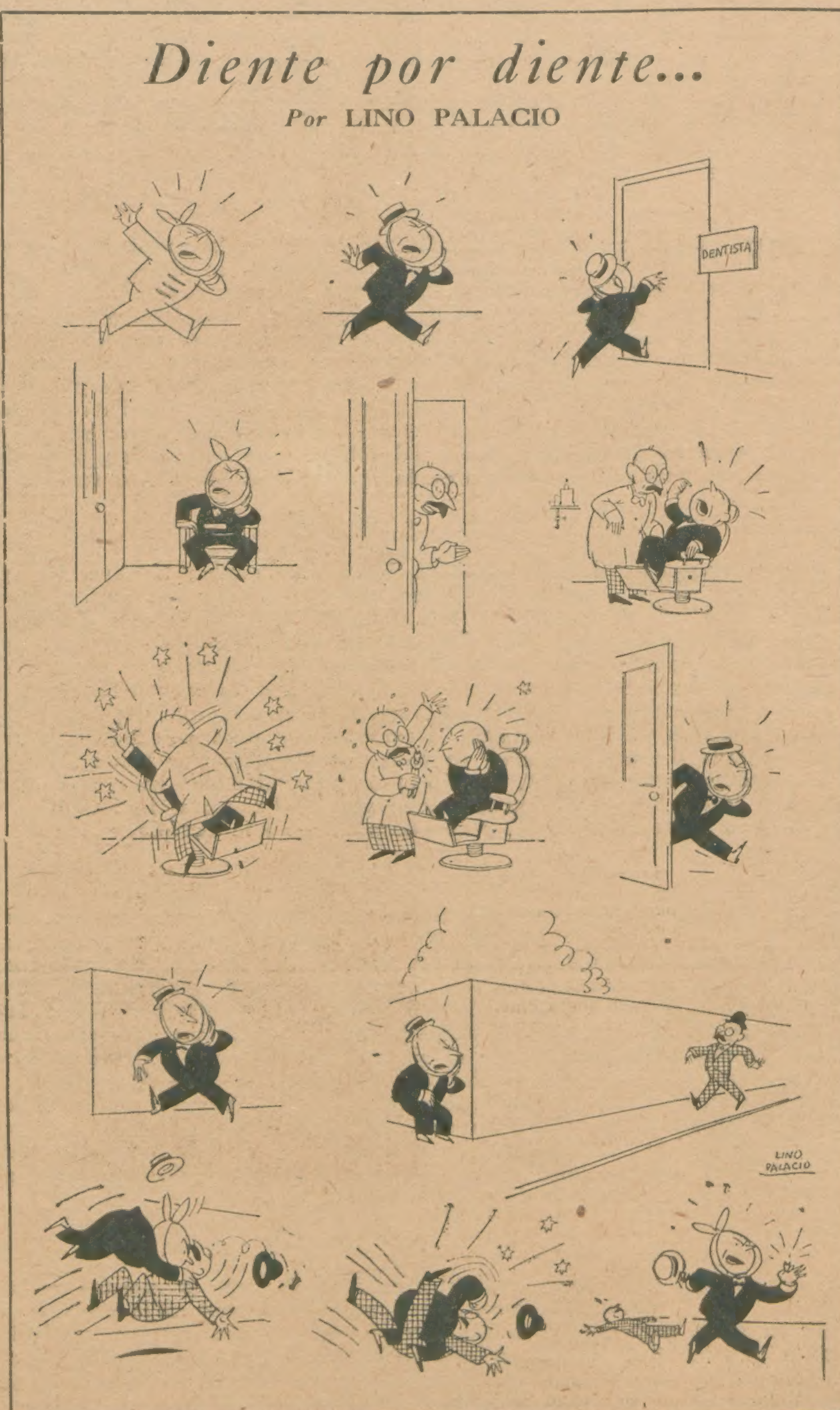
UNA EJECUCIÓN PARISIÉN Son de destacarse los siguientes párrafos del corresponsal de United en París sobre la ejecución del joven calavera Gauchet, que habiéndose acostumbrado a las drogas acabó por ser arrastrado al crimen.

Millares de curiosos, dice, entre los que figuraban numerosos hombres y mujeres ataviados todavía con los trajes y vestidos de soirée, que salían de los cabarets y lugares de fiestas nocturnas donde habían pasado la Navidad, se congregaron en torno al siniestro tablado de la guillotina levantado en el bulevar frente a la prisión de la Santé para ejecutar a George Gauchet, joven de 20 años, heredero de un millonario, condenado a muerte por haber asesinado a un joyero. El ajusticiamiento del joven Gauchet ha tenido para las masas mayor atracción por ser el primer miembro de la alta sociedad que ha sido guillotinado desde los trágicos días de la Revolución Francesa.

Queda la impresión de que el ejemplo que pretendió hacer la justicia degeneró en un espectáculo malsano.

●

TAMBIÉN FRANCIA La desocupación está sentando el pie en otro gran país acreedor: Francia. Los millones que esos países perciben por concepto de acreedores restan poder adquisitivo a los deudores, y entretanto lo que ellos necesitarían, tratándose de resolver la desocupación, no serían deudores que pagasen, sino clientes que comprasen. Es el momento de preguntarse si la mejor marcha de los negocios del mundo no requeriría que los países capitalistas, en lugar de invertir directamente en los países pobres de capital, les abriesen crédito para que ellos mismos se desenvolviesen, pues entonces la carga que pesara sobre esos países sería mas liviana, y en cambio dispondrían de mas abundantes fuentes de recursos para satisfacer sus compromisos de deudores y para desarrollar su capacidad adquisitiva.







MI QUERIDO, SEÑOR...

Por

CANBY CHAMBERS



L hombre que había insertado un aviso pidiendo una secretaria se recostó en su sillón, puso sus pulgares en las aberturas de su chaleco y observó con atención impertinente a María Seymour.

— Señorita Seymour le ruego se quite el sombrero.

La aspiranta obedeció e inmediatamente una mata revoltosa de cabellos rojos se esparció sobre su cara. Eran rizos magníficos de un color rojo ardiente, cuyos reflejos daban a las facciones de María, antes un tanto incoloras, toda la picardía de un muchachuelo.

El hombre que necesitaba una secretaria movió la cabeza.

— Temo que usted no me ha de servir...

Los ojos azules de María brillaron con fiereza. Adelantó su pequeño pie y miró bien a la cara a su interlocutor.

— Es usted el undécimo patrón que me dice lo mismo, y he contestado a más de cien cartas en las que pedían una entrevista. Soy en realidad una buena estenógrafa, y creo que haría una competente secretaria. ¿Quiere usted tener la bondad entonces de decirme por qué no sirvo?...

— Querida niña — contestó él sonriendo con cierta tolerancia. — No tengo dudas que usted con alguna práctica resultaría una buena secretaria. ¿Pero qué ventaja habría en hacerle adquirir esa práctica?... Usted es soltera, y todo patrón por menos perspicaz que sea verá que su destino real no es permanecer de secretaria por mucho tiempo, sino el de ser una leal y competente esposa.

María intentó hablar pero fué interrumpida.

— Además — continuó el hombre con su mirada fija en los rebeldes rizos, — debo pensar en los jóvenes empleados aquí. Resulta bastante difícil mantenerlos apegados al trabajo para pensar en introducir en la oficina una influencia que resultaría nefasta para su disciplina. Usted me ha parecido, si me permite, ser demasiado inflamable, explosiva, para la paz de este sedante establecimiento. Lo siento, pero es imposible. Buena suerte.

María salió desesperada de la oficina. Pero mientras bajaba, en el repleto ascensor, una idea le vino a la cabeza. Se rió con tanta espontaneidad que todos los hombres que la acompañaban creyeron haber recibido de ella un gentil presente.

El otro hombre que había solicitado una secretaria se recostó también en su sillón y se quitó los lentes.

— ¿Casada?... — preguntó.

— Ciertamente — afirmó María.

El hombre levantó la mano como para cortar toda conversación.

— Nunca empleo a casadas.

— Pero creía...

— Las casadas llegan tarde por la mañana porque tienen que preparar el almuerzo de sus maridos. Tienen que ir temprano al mercado para proveerse de los artículos para la comida. Si el corazón de una casada está en su hogar no puede estar en la oficina. Si está en ésta no puede estar en su casa, y esto trae inconvenientes que no le permiten trabajar con tranquilidad. Si por casualidad se hace indispensable a su patrón, es seguro que tendrá que dejarlo, ya porque su marido obtuvo un aumento de sueldo o porque ella está en vísperas de tener un chico. Lo siento, pero creo que usted no me servirá.

Cuando llegó a su casa recorrió con atención la columna de avisos de un diario. La uña de su dedo índice iba marcando en el borde de la columna hasta que llegó a uno que le llamó la atención. En él se detuvo. El aviso decía:

"Se necesita una perfecta secretaria. Excelente sueldo, empleo fascinador para una experta estenógrafa con conocimientos del idioma. Se ruega no contestar si no se reúnen estas condiciones. La aspiranta puede ser casada o soltera. Respuesta urgente."

Este aviso le pareció perfecto a María. La aspiranta, en general, nada sabe respecto al avisador, y él quiere, en cambio, saber todo lo que a ella se refiere. ¿Cómo puede una mostrarse en una carta si ignora si el solicitante la prefiere soltera o casada o si le impresionará mejor una carta sincera y espontánea o una bien pensada y calculada?

Imaginó en seguida un procedimiento y una sonrisa burlona alegró su cara.

Tomó una hoja de su papel más fino, mojó la pluma y escribió lo primero que se le ocurrió. Quería ser ella misma por una vez y arriesgar el resultado.

La carta resultó exquisitamente femenina y de una espontaneidad admirable, pero la gramática brillaba por su ausencia, y los giros de frase no eran precisamente los más apropiados para conquistar la atención de un patrón que exigía como primera condición conocimientos del idioma.

Firmó la carta "María Seymour" y la puso en su correspondiente sobre. Luego se acercó a su máquina de escribir, y después de varias fracasadas tentativas escribió otra carta, espléndidamente espaciada y dispuesta, y en un papel blanco, severo, semejante al que se usa en todas las oficinas.

Decía:

"Esta carta tiene por objeto, si mis condiciones le parecen apropiadas, solicitarle una entrevista relacionada con el cargo de secretaria que usted ofrece. Puedo escribir rápidamente a máquina y tomar al dictado hasta cien palabras por minuto. Soy casada, pero ni mi marido ni mi hogar reclaman mis energías. Aspiro a ocupar un puesto permanente de secretaria. Me horroriza la pésima redacción que a diario se nota en la correspondencia comercial y en la prensa; mi libro preferido es un buen diccionario y mi ambición consiste en trabajar junto a un distinguido patrón — un profesor universitario, tal vez, un editor o un eminente gramático, — que si no dedica sus energías a combatir el mal uso del idioma, por lo menos no me hará a ese respecto incurrir en errores que siempre lamentaría."

Firmó la carta M. Joyce y puso como dirección la de un café próximo donde podría recoger la respuesta. En seguida echó al buzón los dos sobres.

Dos días después recibió contestación a su segunda carta. Firmaba Barry Benedick, y le rogaba pasase por su oficina esa tarde.

María concurrió a la cita con sus rebeldes cabellos ocultos bajo un sombrero bien apretado y modesto. En una tienda de baratijas que quedaba en el camino compró un anillo de bodas.

— Espero — dijo mientras colocaba el anillo en el correspondiente dedo—que esto le agradará al "viejo negrero"...

Pero Barry Benedick no podía ser descripto precisamente como un "viejo negrero". Era, por el contrario desconcertantemente joven y buen mozo. Por sus anteojos tenía cierta semejanza con Harold Lloyd — así le pareció a María, — pero sus facciones eran finas y perfectamente cortadas.

— Soy la señora Joyce — dijo María sonriendo. — ¿Ha hallado usted ya una perfecta secretaria?...

Barry le ofreció una silla.

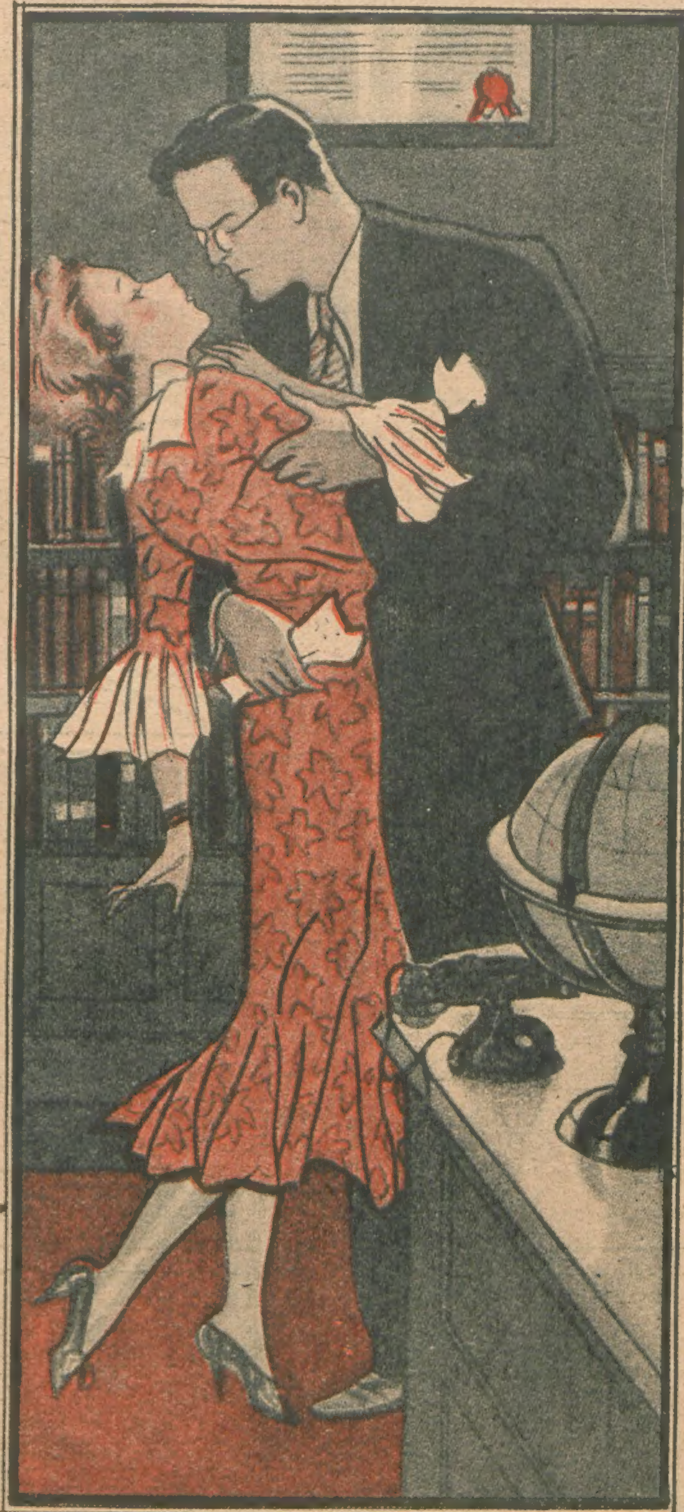
— No, hasta ahora — contestó con irritación. — Me he entrevistado con muchas, pero ninguna me sirve. En realidad la incompetencia de las mujeres que se han dirigido a mí es extraordinaria. Examine, por ejemplo, esta carta —y extendió a María precisamente la primera que había escrito.

— A pesar de mi recomendación la firmante hace gala en ella de ignorar por completo el idioma. ¿Y quiere usted decirme, por favor, por qué los signos de puntuación que más usan las jóvenes son los guiones y los signos de admiración? Emplean los guiones cuándo y dónde no corresponden, y los de admiración, tal vez, para expresar la admiración que les producen sus propias producciones.

Con un gesto abrupto acercó un anotador y tomó un lápiz.

— Debo tomar nota de eso para el capítulo de mi libro referente a los vulgarismos: el signo de admiración como síntoma de vulgaridad y de pedantería.

María se ruborizó un poco, pero en seguida dos picarescos hoyuelos se formaron en la juntura de (Continúa en la pág. 23)



"DE PRONTO, ÉL LA TOMÓ EN SUS BRAZOS Y LA BESÓ FRENÉTICAMENTE..."

Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI





EL AMOR EN UN VENTISQUERO

(CUENTO)

Por SELWYN JEPSON

He oído decir a muchos que Enrique Sotheran es un perfecto idiota para con las mujeres. Lo he dicho yo mismo más de una vez, y esa es una de las razones por las cuales quiero comprobarlo con este relato. Ni siquiera iré tan lejos como a afirmar que probablemente estábamos acertados, porque parecería que buscase una excusa para juzgarlo mal.

Pero creo que en justicia debo agregar que era Enrique quien, en su relación con la hija del general Charteris, se encargaba de darnos tal impresión.

Se llamaba Inés. Yo la vi una sola vez, hace cuatro años, un año después de haberse comprometido Enrique con ella.

—Jorge—me decía Enrique, al abrir su mesa escritorio, antes de las tareas del día.—Jorge, tú no sabes lo que es el amor.

Y por eso sacaba en consecuencia que era jueves y que acababa de recibir la carta semanal de Inés.

Después del tercer año, comencé a protestar y a decir que si yo estuviese enamorado de una chica y desease casarme con ella, no me dormiría en las pajas.

—Eso de casarse muy apurado no resulta—me dijo Enrique.—¿Cómo pueden esperar ser felices dos personas si no se conocen a fondo? Créeme, Jorge, los compromisos largos son los mejores.

A lo que yo respondí:

—¿Apurado? ¿Quién dijo apurado? Pero si quieres darme a entender que basta esta miserable correspondencia tuya para conocer a la dama de tus ensueños...

—Es que la veo también.

—Una vez cada tres meses, y eso en público. ¡Cásate con ella, idiota! Estás ganando dos mil pesos... Y yo puedo asegurarte esto: si no la conoces ya, nunca la conocerás. Además, ¿para qué llegar a conocer a las mujeres? ¿No es, acaso, más interesante cuando se las mantiene en un poco de misterio e inseguridad? Quiero decir que si supiese que podía besar a una mujer siempre que me diese la gana...

—¡Jorge!—exclamó.—¡Parece que no sintieras respeto alguno por la mujer!...

No niego que me sentí un poco cohibido.

—Si no supiese sentir respeto por una mujer—agregó Enrique,—creo que me pegaría un tiro antes de tener algo que ver con ella.

—Es una pamplina eso de colocarlas en un pedestal—mascullé.

—¡Sí, sí! (Casi se golpeaba el pecho, desafiante.) ¡Inés es demasiado buena para mí!

—Pues bien; la sacas de su pedestal durante unos cinco minutos, le haces un poquito el amor, y te sorprenderá lo que hay de humano en ella.

Aún al pronunciar estas palabras no solamente temí cometer una imprudencia con Enrique, sino que también pensé en el efecto que causarían en Inés cinco minutos de conversación amorosa. Era una muchacha amable, pero arisca, fácilmente impresionable, y no una de esas mujeres despreocupadas. ¡Oh no! Si creyese que uno le miraba las piernas, pensaría que se trataba de un canalla lujurioso. Había visto la llegada de la pollera corta con fría desaprobación, y cuando desapareció la moda, demostró una complaciente satisfacción como si su sexo hubiese recobrado el juicio. Esa era la impresión, por lo menos, que tenía de ella.

Cuando Enrique me dijo que iba a pasar la Navidad en Skellingtam Hall, no sentí ningún entusiasmo. Se pasaría los siete días conociendo mejor a Inés, y oyendo los relatos de su padre sobre la campaña egipcia y lamentarse de lo escasas que estaban las perdices esta temporada. Era un señor muy agradable a su manera, el general Charteris, quien poseía tres mil hectáreas del mejor campo de cacería en Norfolk.

—Iré en auto—dijo Enrique.—Podrá ser útil; ellos no tienen.

Me abstuve de comentar que desde que se había hecho popular este vehículo, los hombres y mujeres jóvenes encontraron en él un modo más fácil de conocerse.

Tenemos una radio en el salón de descanso, y Enrique concurrió a las seis y cuarto del día en que se ausentaba, para conocer el pronóstico del tiempo. Regresó diciendo que había habido nevadas en los distritos del este, y que había probabilidad de tormentas.

—¡Qué suerte haber comprado las cadenas para las ruedas!—dije.—El barómetro está bastante bajo, y si hay mucha escarcha, las carreteras van a estar medio endiabladas.

—Así es—asintió.

No me atreveré a decir que Enrique tuviese espíritu aventurero; en realidad era uno de esos individuos ansiosos, de mucho temperamento. Pero con todo, aun sabiendo que los caminos no estarían buenos, no le importaba. Estaba pronto a arrostrarlos, por Inés. Le prestaba un cierto aire de romance a su viaje.

—Cenaré en Colchester—me dijo.

—Buena cerveza en el "León Rojo".

—¡Siempre tú y tu estómago, Jorge! ¿Piensas alguna vez en alguna otra cosa?

—En la dulce voz de las mujeres.

—¡Turco!

—Efectivamente; siempre he pensado que el harén ha de tener sus encantos.

Observé que se estremecía.

—Si todo marcha bien, llegaré a Skellingham a eso de medianoche.

Lo despedí en la puerta cuando se iba en su pequeño coupé, y sentí un poco de envidia. No por Inés, sino por el largo viaje a través de las blancas campiñas. Navidad. Árboles cubiertos de nieve. Coches y pieles. Posadas rústicas y cerveza reconfortante. La nota aguda de la bocina y las ventanas iluminadas de los pequeños pueblos.

La luz trasera del auto desapareció en el camino y yo me retiré a mi hogar en Hampstead, a una casa llena de parientes.

Algunas veces, durante los siguientes días, en medio del bullicio y de los festines, pensé en Enrique, y me lo imaginé—sin ninguna envidia—pasando la Navidad algo adustamente, pero con la seguridad de que estaba cumpliendo con su deber, según sus principios.

La realidad era ésta: yo creía que conocía a Enrique Sotheran, y comprendo que no era así.

Enrique empezó a encontrar malos caminos después de pasar por Chelmsford. Hasta allí había patinado una sola vez, y eso en una pequeña curva sin importancia. Deteniendo el auto, colocó con toda premura las cadenas. La nieve había sido apisonada por el tráfico, y con la noche se había helado en una superficie de espejo en la cual el neumático común, sin la ayuda de las cadenas, tendría una tendencia considerable a patinar. Pero lo que comenzó a preocuparle fué el suave revoloteo de la nieve contra el parabrisas, porque estaba en el principio de un chubasco de nieve que duraría toda la noche. Enrique no podía seguir con relativa seguridad a más de veinte kilómetros por hora.

El término medio de su marcha entre Chelmsford y Colchester, fué de diez y siete kilómetros, y llegó al "León Rojo" a las nueve y media, en un estado de frío y de hambre, que, sumado al tiempo que había perdido, lo pusieron de un humor irresistible. Pidió dos costillitas a la parrilla, y se bebió con placer media botella de vino. Media hora más tarde, continuó de nuevo su viaje, sintiéndose más optimista.

Pero comenzó a nevar fuertemente al llegar a la carretera de Ipswich, y tuvo que aminorar nuevamente la marcha. Llegó al pueblo de Ipswich una hora más tarde, faltándole aún ochenta millas para llegar a su destino. Paró en una estación de servicio para consguir más nafta.

—Noche de perros, señor—le dijo el hombre que lo sirvió.—No andan muchos por afuera.

—No—asintió Enrique, sacudiéndose la nieve del saco.

—¿Va muy lejos, señor?

—A Skellingham.

—Diez y ocho peniques, señor. Gracias, señor.

El hombre tenía una expresión de alivio cuando le dió el cambio a Enrique. Se sentía contento de no hallarse haciendo el trabajo del forastero. No sabía, por supuesto, que éste estaba realizando un viaje romántico.

Con la preocupación de que no estaría en Skellingham mucho antes de las dos o tres de la madrugada, Henry siguió adelante pensando en Inés.

De súbito una abrupta y violenta bajada en la carretera, que estaba seguro nunca había visto antes, lo convenció de que había tomado un camino equivocado, desviándose de la carretera principal poco después de pasar por Woodbridge.

Detuvo el auto por unos minutos y encendió un cigarrillo.

—Tengo que volver, y tomar el otro camino,—dijo en voz alta, animándose con la reflexión de que las cosas podrían haber resultado de peor manera. Estuvo cinco minutos maniobrando antes de poder dar vuelta al auto, que se había encajado en la nieve.

Cuando se disponía a subir la cuesta, una vaga luminosidad que se destacaba en el fondo obscuro, a la espalda, se proyectó como las luces de otro auto. Era algún otro mortal a quien la tormenta no había acobardado.

El que manejaba por aquel camino, debía saber en qué carretera se hallaba, y dónde se unía con la principal. Con esta alentadora reflexión, Enrique hizo sonar la bocina, y bajando uno de los vidrios, sacó su mano al frío, haciendo señas de que se detuviese. Mas no debieron haberlo visto, porque el auto pasó como una exhalación hacia la cuesta.

Enrique suspiró y lo siguió: tendría que encontrar su propio camino.

Un minuto más tarde se dió cuenta de que el otro coche se hallaba en un aprieto. La cuesta estaba por vencerlo, o ya lo había vencido. Las ruedas traseras

caminaban furiosamente, pero sin efecto, y las de delante comenzaron a patinar hacia un costado.

—Sin cadenas — pensó Enrique. — Y éste es el lugar donde las va a necesitar.

Pero el coche aún podía retroceder, quisiéralo o no. Enrique dió, entonces, marcha atrás, apresuradamente, y retrocedió de nuevo con peligro hacia el valle, para evitar el ser aplastado. La voiturette perdió control, patinó hacia abajo, primero despaciosamente y luego con creciente velocidad, hasta que los dos autos se pararon, con apenas unos centímetros de distancia, entre sí. Y Enrique, suspirando con alivio, escudriñó a la voiturette. Los dos motores se habían detenido, y por el espacio de varios segundos, hubo un silencio sólo interrumpido por el suave murmullo de la nieve que caía.

Pero la voz que Enrique oyó, y que rompió aquel silencio, lo llenó de sobresalto.

Era una muchacha, que se reía.

Cuando Enrique me refirió esto, le pregunté inmediatamente:

—¿Y cómo sabías tú que era una chica?

Por respuesta puso una expresión que nunca le había notado antes, y contestó:

— Quiere decir que no has observado nunca la diferencia que hay entre la risa de las mujeres, según sus edades.

Había sido, por lo visto, una risa nada temerosa.

Luego una voz de hombre la había sucedido.

— Me alegro que te divierta esta situación. ¡Dios mío! ¡Qué noche! ¡Eh, usted!

Esto iba dirigido a Enrique, y Enrique asomó la cabeza por la ventana del coupé.

—¿Hay algún otro camino para la carretera de Londres? — preguntaron.

— Yo tampoco la conozco. Estoy tratando de hallarla.

—¡Diablos! — dijo la voz.

Enrique pudo divisar en el interior del otro coche una bufanda blanca; pero la chica aún permanecía invisible. Estaba también silenciosa. El hombre continuó hablando a Enrique.

— Voy a hacer otra tentativa.

Y procedió a cumplir su palabra.

Esta vez la voiturette terminó de costado en el fondo del camino, pero no tan peligrosamente cerca del coupé de Enrique, como la vez anterior.

Volvió a sonar la risa de la muchacha.

— Maldito auto! —exclamó su compañero. ¡Llevamos demasiado peso! ¡Es todo ese equipaje tuyo!

Enrique descendió del coupé.

— Les ofrecería las cadenas de mi auto, — les dijo — pero me parece que las ruedas del suyo son demasiado grandes.

—¡Al diablo usted y sus cadenas! — rezongó el hombre de la voiturette.

—¡Ruperto!

Alguien encendió la luz del tablero, y Enrique pudo ver entonces a una joven de mejillas rosadas, envuelta en un saco de piel, y a un hombre de bigote, con ojos iracundos.

La muchacha clavó la vista al frente, y no hizo nuevos comentarios. Enrique vió que sus labios estaban muy rojos y un poco entreabiertos.

Algo muy parecido a la ira lo perturbó, una sensación muy extraña en él. Si no hubiese estado comprometida en la dificultad una dama, hubiese dejado que el hombre se las arreglase como mejor pudiese.

— Es muy fastidioso — dijo con presteza. — ¿Quiere que le dé una mano para sacar el baúl? Podríamos ponerlo en la parte de atrás de mi auto y cambiarlo al llegar a la altura.

— Es usted muy amable — le dijo la muchacha. — ¿La parece que eso sería suficiente?

— Por supuesto que aliviaría el peso de su auto.

— Sí — asintió Ruperto de mala gana.

Abrió la puerta y se acercó a Enrique. Era un hombre corpulento, cargado de espaldas.

Juntos transportaron el baúl al coupé.

Con sorpresa por parte de Enrique y fastidio del otro, la muchacha apareció cuando lo estaban asegurando. La luz posterior la alumbraba. Era delgada y estaba todavía envuelta en su saco de piel.

— No necesitas helarte tú también — le dijo el hombre.

— No importa, Ruperto; la nieve es buena para el cutis. Pero se me ocurrió que yo peso tanto como mi baúl, y si hay lugar en el auto de este caballero...

— Estaría encantado — dijo Enrique cortésmente.

— No veo la necesidad de...

— Reflexiona, Ruperto. Comprendo que estamos abusando de su bondad, pero si tienes que subir esa montaña...

El hombre gruñó. A Enrique le pareció por un momento que estaba ocurriendo algo en el corazón y en la mente de aquellas dos figuras embozadas, que no llegaba a comprender del todo. Había cierto tono de violencia en la voz de la muchacha, que se destinguía a pesar de su aire de tranquilidad.

Trató Enrique más adelante de explicarme que siempre había poseído un agudo instinto en aquellos sutiles asuntos; pero mi opinión personal se mantiene firme en la convicción de que hasta esa noche no había exteriorizado tal instinto.

Pretendía Enrique que aquella muchacha parecía deplorar la grosería de su compañero delante de un extraño. Le abrió la puerta del coupé y ella se acomodó dentro.

— Yo los esperaré arriba — dijo el hombre.

Se había gastado la batería de luz de Enrique, y no tenía medios de contemplar la expresión de la muchacha al subir al coche, y tomar el volante. Deseaba asegurarle que no estaba ofendido por el comportamiento de su compañero, pero no sabía cómo hacerlo.

Cuando la voiturette atacó a su enemiga por tercera vez, ella dijo:

—¿Le parece que podrá subir?

Enrique creyó comprender perfectamente la preocupación que revelaba su voz, pero estaba equivocado.

En ese instante notó que ella usaba un perfume que llegaba suavemente a sus fosas nasales, y se acordó de que Inés nunca usaba esas cosas...

La voiturette estaba a mitad de camino.

— Sí, lo está consiguiendo — dijo Enrique. — Podremos alcanzarlo en un minuto.

La muchacha se inquietó, y Enrique lo advirtió.

— No — dijo con determinación.

— Pero su esposo...

— No lo es.

—¿No?

Enrique quedó estupefacto. A aquellas horas de la noche... ¡No era su esposo! Entonces ¿quién?...

—¡Escuche! — le dijo con voz forzada. —Usted ha sido muy gentil. Vino en nuestra... en mi ayuda. Quizá sea lo corriente, pero ahora



quiero que haga algo más importante. Quiero que me ayude a salir de esto.

—¿Esto... qué?

—¡Una gran locura! ¡Ahora! ¡Rápidamente! No está a la vista, ha subido la cuesta. Dé vuelta lo más rápido que pueda, y lléveme de vuelta a... Yostacres. ¡Por favor! No puedo... No me animo a seguir adelante! Debí haberme dado cuenta antes, pero rehusé a ser franca conmigo misma..., orgullo tonto, estúpido. ¿Lo hará? Son pocas millas...

No había alzado la voz ni medio tono, pero lo que había dicho había sido percibido perfectamente.

— Pero..., pero... — prorrumpió Enrique indeciso.

Unos dedos enguantados asieron su muñeca.

— Si no da vuelta ahora mismo, él retrocederá para ver qué nos ha sucedido.

Enrique dió vuelta como mejor pudo, en las peores condiciones; con las ruedas embarradas en nieve, un parabrisas cubierto de ella, y un completo caos de ideas en la cabeza.

—¡Oh — oyó que le decía en voz baja, — no sabe lo agradecida que le estoy!

— Usted..., él... — comenzó de nuevo Enrique, cambiando a segunda cuando el auto empezó a andar.

— Sí. Fugándonos. Yo... yo creía que lo amaba, pero es un... un...

—¡Fugándose! — murmuró Enrique, con un cambio a tercera, lleno de chirridos.

Estaba pensando en una familia desesperada. En su mente se imaginaba a unos padres indignados, despojados de su hija por un canalla.

Era su deber — sería el deber de cualquier persona de principios rectos — conducirla de nuevo al hogar lo más pronto posible. Aunque llegase más tarde a Skellingham, debía hacerlo. Inés daría su aprobación, y perdonaría su demora cuando se enterase de las causas.

¡Aquella pobre chica! Su familia, seguramente sería indulgente; estaría contenta que ella hubiese comprendido su error antes de que fuese demasiado tarde. La perdonarían. ¡Ah, sí! Mejor era que ella hiciese frente a su ira que...

— Él no pudo impedirlo — dijo la chica — porque yo lo persuadí.

Enrique perdió entonces el último dominio que tenía sobre la situación. ¡Aquello era indigno! ¡Una chica insolente y audaz, demasiado moderna!

— No-n-n.

Ella se rió. Él se había indignado con demasiada presteza. Pero su risa era insegura.

— Creo — continuó ella, que usted es lo que llamamos un anticuado. No importa. Pero usted tiene derecho a saber de lo que se trata. ¡Oh! ¿qué estoy diciendo? Ha de imaginarse que soy una loca. Lo soy, en efecto. ¿Quién habrá oído hablar en su vida de una chica que hace que la rapten porque sus hermanas son más bonitas y tienen tres veces más admiradores?

Enrique se inquietó en su asiento.

¿En qué lío se había metido? ¡Y él, que había creído, por lo poco que observara de ella, que se trataba de una chica bien!

—¡Qué suerte que llevamos el baúl mío!, ¿no es cierto? — dijo de súbito.

Que se acordase de aquel detalle, chocó sobremanera a Enrique. Tenía aún que aprender lo práctico que suele ser el bello sexo.

— Bien, con lo que le he dicho — continuó volviendo a su confesión — muchos hombres hubiesen comenzado a hacer una cantidad de preguntas estúpidas, aunque no viniesen al caso...

Enrique sintió que ella lo miraba.

— Usted sabe conducirse — continuó. — Es diferente, simpático... He conocido muchos hombres, pero...

Hubo una pausa, no porque Enrique estuviese pensando que la frase "muchos hombres" le resultase sugerente, sino porque ella se dió vuelta para mirar por el vidrio para ver si veía señales del auto de Ruperto.

—¡No se ven luces atrás, pero apúrese!

— Vamos ya lo más ligero posible — murmuró Enrique. ¿Dónde vive usted?

— En Yostacres. Yo lo dirigiré. Debe ser como a cinco millas. Mi familia vive allí. Yostacre Hall. Mi nombre es Janet Rillson. Hija del general Rillson.

El auto patinó violentamente.

—¿Qué pasa? ¡Oh, tenga cuidado!

— Lo siento — dijo Enrique, cuyos nervios se agitaban como el motor.

—¡Una hija..., hija también de un general!

Se estremeció. ¿Eran posibles tales coincidencias? Una especie de hermana de sangre, no, no de sangre, pero del mismo grado social que su querida Inés! ¡No! ¡Era imposible!

— Creí que nos íbamos a la zanja — dijo la muchacha, suspirando con alivio. Parecía como si se le hubiese ocurrido una idea.

—¿Le importa que pertenezca a la familia de un general? Mucha gente cree que las familias de militares son un poco pesadas, pero aunque papá lo sea un poco, nosotras las hijas no somos tan...

—¡Pesadas!

A pesar de su indignación, notó que Janet estaba tiritando. Enrique sabía que ella hablaba porque estaba nerviosa. Por lo menos tenía la decencia de sentir cierto rubor. Enrique se aferraba a esta idea. Sentía rubor. Le serviría de lección.

—¡Oh! si Ruperto hubiese sido un poco más considerado — dijo Janet. Se enoja por cualquier cosa. Se enojó cuando usted tuvo que ayudarlo, porque creyó que podía arreglárselas solo. ¿Entiende lo que quiero decir?

A Enrique le pareció comprender, pero nada en ello podía descubrir que mitigase su falta de decoro.

— Aun en las pequeñas cosas — continuó Janet, más para sí misma que para Enrique, — carecía de delicadeza de sentimientos. Si hubiese sido un hombre sensato, le hubiese dicho francamente, cara a cara, que yo...

Llegaban a una curva peligroas, y Enrique le prestó toda su atención, perdiendo el hilo de sus palabras.

— Hasta el modo con que insistía en llamarme por el otro nombre mío... — decía Janet. — Sabía que lo detestaba, pero insistía, llamándome por él. No se daba cuenta de lo horrible que es.

(Continúa en la pág. 50)

LA REVOLUCION POETICA

Por EDMUNDO MONTAGNE

CRISIS DEL VERSO — ATAQUES A LAS NORMAS — PRECIPITACION Y ATRINCHERAMIENTO — ¿DONDE SE HA REFUGIADO LA POESIA?

ME ha salido un corresponsal que se firma Harmodio. "¿Usted quiere problemizar la poética?", viene a preguntarme al fin en su carta llena de agudas observaciones.

Dejo de lado esas observaciones hechas en tono polémico. Atenderlas, equivaldría a escribir un libro. Pero la síntesis de la carta es, en cambio, atendible, dentro del tiempo y límite exigidos por un artículo, y debo hacerlo porque el problema capital y los problemas parciales del arte de expresarse en verso no son asuntos de mi antojo, sino cuestiones que los hechos nos presentan desde hace cincuenta años.

Prueba de esta afirmación sobre el medio siglo de revolución poética que llevamos vivido es que desde 1880, con Laforgue, Khan, Vielé-Griffin, Regnier, Verhaeren..., hasta el 20 de marzo de 1931, con Nydia Lamarque (en EL HOGAR, número 1118, donde también se publicó el artículo que Harmodio me cuestiona), difícilmente transcurre día sin que algún bien o mal llamado poeta nos dé a conocer sus desacatos a las reglas del arte.



Si los que no se ajustan a ellas no probaran en ocasiones que son capaces de hacerlo, se podría dudar de que proceden adrede. Se les sospecharía ignorancia. Pero tan de propósito son cometidas sus desatenciones, que es fuerza reconocerles una finalidad, máxime si lo declaran, como hicieron los versolibristas primitivos o algunos neosensibles porteños de 1925. Los primeros vinieron a concluir en que atacaban las formas consagradas porque eran lechos de Procrusto, para entrar en los cuales las expresiones habían de mutilarse cuando eran cortas o estaquearse cuando largas. El verso, en suma, no se movía con los movimientos del ánimo expresador. Aunque exageraban en sus protestas, intuían los versolibristas, según mi sentir, la revolución poética, o, si no admitiésemos tanto, la revolución del verso.

Quienes no habrían admitido tanto serían nuestros neosensibles, teorizantes de hace cinco años. Para ellos la poesía no era cuestión de verso o prosa. E iban más allá en su afirmación: el verso era un estorbo y la rima innecesaria por vana. En consecuencia, ¡nada de verso ni de rima! Esto nos lo muestra ahora "Orgullo", de Nydia Lamarque, composición que desde su primera línea:

Lo he comprendido, por fin, lo he comprendido.

...hasta su última:

En silencioso pero alejador
[torbellino.

...diez y nueve en total, solamente tres o cuatro serían reconocidas verso, aunque dejan de serlo por la ausencia de la correspondiente estrofa.

Leyendo "Orgullo" uno piensa al pronto que la autora desarrolló el tema en lo que entendemos por prosa, fragmentando luego dicha prosa y colocando los fragmentos, sucesivamente, de arriba abajo, como se hace con los versos. Y no debió ser así. La prosa cae forzosamente en mayor y más cerrada cantidad de versos que lo que ahí se observa.

Si el lector tiene oído, lo habrá notado leyendo las noticias poco importantes de su diario o los avisos de su tranvía. Hay, pues, que estar en guardia, y muy en guardia, para hacer lo que ha hecho Nydia Lamarque, autora muchas otras veces de trabajos ajustados a la métrica. Hay que estar muy en guardia, es decir, poner todo el inteligente propósito de no hacer verso ni rima, como lo ha realizado también Olivari en el mismo número de EL HOGAR, al llenar su página de la "Antología de poetas argentinos" y en su pieza "Presentación", y más acabadamente otros poetas de esa misma antología, como Borges en sus tres composiciones sobre la muerte, y no como Marechal, quien, con todo haber sido el neto y gallardo contendor de Lugones, al defender el no-verso blanco, se contradice con los hechos en lo que atañe al no-verso, y labra estrofas, blancas sin duda, pero estrofas al fin, según la combinación de lo "pares" grata a Verhaeren.

Convendríamos entonces con Marechal en que no solamente el endecasílabo de Hermosilla traduciendo a Homero, o el del Marquina inicial, o el de Villegas, o Cabanyes en sus sáficos, puede ser gustado por su acabada armonía.

Pero los neosensibles, al usar las palabras, fatalmente usaron las articulaciones de ellas, que son el ritmo. Sólo que buscaban no tipificarlo y menos deseaban que ese ritmo interpretase nada: pues para los neosensibles la poesía estaba constituída por la imagen.

Curioso es por lo tanto ver cómo ellos dieron en el mismo linear libre usado por el poeta combatido, cuando éste era antiestético a propósito, escribiendo "Los burritos" y otros poemas rusticanos. La diferencia consistía en la rima. Por esa rima lo combatieron, y tanto o más que por la rima, por todo el resto de la técnica tradicional, que él defiende a capa y espada como cosa imprescindible para que exista poesía. ¿Dónde va a parar entretanto, y entre el fragor de la batalla, que continúa todavía..., dónde va a parar, precisamente, la poesía? Vemos que los que se atrincheran en las normas no siempre que pretenden nos la muestran; y vemos que muchos no empleadores de esas normas porque escriben en prosa, nos mueven a exclamar que han escrito tal cual página poética.

Si los poetas precipitados fuera del verso dan en la prosa, quizá hallen ocasión, como estos prosistas, de hacer poesía.

Nydia Lamarque, con "Orgullo", usa la técnica de Oliverio Girondo en los "20 poemas para leer en tranvía". Esa técnica es el revés de toda técnica. Y si entonces la poesía consistiese en lo que se dice, vemos que "Orgullo" es un concepto autopsicológico metafísico, en tanto que las composiciones del heraldo del no-verso blanco son reparos frente a lo circundante, debidos a un intelecto muy ilustrado hecho a la vida actual: subjetivismo en el primer caso y objetivismo en el segundo. Reconoceríamos que con el revés del verso se pretende abarcarlo todo como con el verso sin revés: lo que vendría a ser una comprobación de que la poesía por sí misma es tan indefinible como la vida, y que solamente a un abate elegantemente ocioso (¿cómo se llamaba el abate?) o a la escrupulosa secretaria del Pescatore, señorita Lucrecia Estévez (EL HOGAR, número 1119), se les ocurre querer una explicación de lo inexplicable. Mas si la poesía, por inexplicable, deja de ser problema, en cambio creo que los pocos autores y hechos referidos aquí demuestran que el verso, manera especial de crear por medio de la palabra se halla en crisis, y existen quienes se precipitan sobre él para destruirlo y quienes se atrincheran en él para defenderlo.



Emile Verhaeren



Leopoldo Marechal



Jules Laforgue



Alejandro Dumas hijo, genial creador del tipo de "La Dama de las Camelias", uno de los más puros productos de la literatura romántica del siglo XIX.

LA VERDAD SOBRE LA DAMA DE LAS CAMELIAS

EL reciente libro de Jacques Dyssord titulado "La vida amorosa de la Dama de las Camelias", pone de actualidad la figura de la célebre tísica inmortalizada en la novela y en el teatro. Bien es verdad que el autor se aparta del camino seguido por casi todos los biógrafos de la heroína de Dumas hijo, limitándose a contarnos su vida tal como fué, sin tratar de poetizarla.

Poca poesía cabe, en verdad, en el destino de esa mujer consagrada por entero a las cosas más materiales de la vida. A despecho de su leyenda romántica, no fué sino una cortesana que debutó en el Barrio Latino, conquistó luego la aristocracia parisina con el encanto de su belleza morena y deslumbró a todo París con su lujo y con sus flores. No pudiendo soportar olores fuertes, adoptó la camelia para adornarse y esta flor constituyó su divisa. Murió tísica y arruinada, a los veintitrés años, en el instante en que se disponía a partir en compañía de Listz hacia las márgenes del Bósforo.

Georges Mongredien dice a propósito del mencionado libro: Más que sus aventuras galantes, tantas veces narradas por los cronistas, parécenos curioso evocar algunos momentos de su infancia.

Alfonsina Plessis — tal era su nombre — pertenecía por el lado materno a una antigua y apreciada familia normanda: la de Mesnil d'Argentelle. La tradición cuenta que la madre, nacida durante la Revolución, era de rara belleza. Tuvo la desgracia de casarse con un villano, que se decía buhonero, hijo de una horrible mujer conocida por el mote de "Guenuchetonne", mendiga, corredora de tabernas, que frecuentaba sitios licenciosos y que se hubiera asombrado bastante al sospechar siquiera que su nieta sería, con el andar de los años, la reina del París galante.



La Dama de las Camelias, cuyo verdadero nombre era Alfonsina Plessis, ha sido muchas veces evocada en la novela, en la poesía, en el teatro y en el cine. En esta foto la estrella norteamericana Norma Talmadge interpreta el papel de Alfonsina.

La corrompida madre de Marin Plessis asignaba la paternidad de su hijo a un sacerdote. Tal fué el padre de la Dama de las Camelias; llevaba Marin en sí todas las taras maternales, e hizo una vida imposible a la pobre esposa, que no tardó en morir de desesperación. Ebrio, haragán y calavera, no puede concebirse cómo llegó a realizar casamiento tan desigual.

Lo cierto es que, una vez casados, compraron una pequeña mercería en la población de Nonant-le-Pin, cerca de Argentan. La pobre señora trabajaba mientras el marido se emborrachaba y le pegaba sin compasión. Tuvieron dos hijas.

Los campesinos acusaron al matrimonio de entregarse a prácticas de hechicería, que recaían sobre cosechas y ganados vecinos. Les odiaban con fuerza pero al mismo tiempo les temían, lo cual evitaba represalias. Vencida por el trabajo, los golpes y por la mala vida, la pobre mercera huyó, llevándose sus hijitas, para refugiarse en casa de un pariente. Poco tiempo después se ocultó en Suiza, donde no tardó en morir. La mayor de las chicas, Alfonsina, recogida por una tía, pasaba sus días mendigando y callejeando con muchachos de malas costumbres.

Todos cuantos conocían a la precoz jovencita no dejaban de ver en ella los estigmas de la poco recomendable abuela paterna.

En cuanto al padre, eternamente borracho y sin un centavo, no se cuidaba para nada de las hijas. Un día, sin embargo, acordóse de Alfonsina, pero fué para venderla a un septuagenario adinerado.

Al poco tiempo, en circunstancias bastante misteriosas, la pequeña Alfonsina abandonó su tierra normanda y arrastrándose llegó a París.

Tenía por entonces diez y seis años. Acaso el padre la mandó a la gran capital para evitarse cuestiones con la policía, que le pedía explicaciones sobre su mala conducta.

Como modistilla veíasela divertirse en todas las fiestas del Barrio Latino, hasta que un día, al mirarse al espejo, comprendió el partido que podía sacar de su larga cabellera y del óvalo perfecto de su rostro. Alfonsina Plessis, se llamó en adelante María du Plessis, lo cual le daba aires de cierta nobleza. La antigua muchacha del campo se transformó primero en "grisette", para ser luego cortesana.

La fantasía de los "leones" de aquella época contribuyó a su glorificación y la elevó a la categoría de reina del "demi-monde" parisiense.

Con la avidez de los que saben que vivirán poco, desgarrado su pecho por la tos, apuró a grandes tragos la copa del placer.

A los veintitrés años, al final ya de su existencia uno de sus adoradores de paso le trajo, no dinero, puesto que carecía de fortuna, sino una pasión sincera a la que debió su inmortalidad la Dama de las Camelias.



Alfredo de Musset, a cuyo lado Alfonsina Plessis aprendió muchas cosas.

En un artículo escrito en "Les Nouvelles Littéraires", Suzanne Normand, comentando el mismo tema, recuerda la obra particularmente romántica y sentimental del escritor portugués Augusto de Castro, quien "se complace en simbolizar por una figura femenina la seducción de algunas ciudades: Paulina Borghese, para Roma, por ejemplo, y París estaría representada por la Paiva y por María Duplessis."

Sobre esta última, narra una anécdota que pone de relieve el culto incomprensible rendido a la Dama de las Camelias. Cierto día que el escritor buscaba la tumba de la novelesca heroína de Dumas, en el cementerio de Montmartre, se cruzó con dos jovencitas enlutadas, del clásico tipo que ostentan las "midinettes" de París, que también buscaban esa losa funeraria. La encontraron al mismo tiempo, y "después de permanecer un rato inmóviles y en silencio — dice el señor Castro, — cada una de ellas sacó un ramito de violetas que llevaban oculto en el manguito y lo depositó religiosamente en el sepulcro."

Habría que averiguar — comenta Suzanne Normand — si fué la piedad por el triste fin de María Duplessis, o la creencia supersticiosa de alcanzar un éxito semejante al suyo, que inspiró el gesto de las dos obreritas.

Lo cierto es que María du Plessis, que llegó a París, según propia confesión, cubierta de harapos y de parásitos; creyendo todavía en fantasmas y hablando de lobos y de emboscadas del diablo, perdió en poco tiempo su aspecto de campesina ignorante, para metamorfosearse en la más atractiva de las jóvenes.

De gran belleza, poseía una especie de aristocracia natural poco en consonancia con el medio plebeyo y ruin que meciera su cuna.

Fantástica y caprichosa, imperiosa o lánguida según las circunstancias; hábilmente astuta y sedienta de lujo, poseía todas las cualidades para atraer y seducir. Su corte se hallaba formada por duques, grandes señores y jóvenes de alta posición, elegidos con preferencia entre los asiduos del Jockey Club,

(Continúa en la pág. 22)

En verano puede apreciarse mucho más que en invierno el grado de libertad que ha alcanzado la mujer moderna

Por

ANA ROSA DEL VALLE

LLEGA el buen tiempo, y con el buen tiempo, la mujer, que durante las veladas invernales apenas si se acordó de que la libertad es una de sus más recientes y preciadas conquistas, se siente asaltada por terribles urgencias. Hay que salir a la calle. Hay que deshacerse de pieles y de terciopelos Hay que hacer ¡uf! una o dos veces y, sobre todo, hay que ponerse a pensar en lo que se hará durante la temporada.

Creo que fué en EL HOGAR donde leí, cierta vez, que al hombre le cuesta mucho más dinero aligerar de ropas a una mujer en verano que vestirla en invierno. Esa opinión, que naturalmente, era masculina, tiene, aparte de la ironía, un fondo de verdad. Yo soy una muchacha independiente, que trabaja y que subviene a todas sus necesidades con lo que gana. En consecuencia, puedo corroborar el aserto que acabo de transcribir. Una mujer es mucho más cara en verano que en invierno, no solamente para el hombre, sino para ella misma. ¿Y saben ustedes por qué? Pues por la sencilla razón de que la libertad de la mujer es muchísimo más efectiva en verano que en invierno.



La mujer moderna se siente aun un poco asombrada de poder salir, de poder ir y venir sola por donde se le antoje. Una especie de resabio de las centurias de esclavitud que pesan sobre ella detienenla frente al juguete nuevo de la libertad, no bien el sol empieza a ser tibio. Comprende entonces hasta dónde es de maravilloso su actual papel en la complicada trama social, y, haciendo a un lado los últimos entumecimientos invernales, se echa a esas calles de Dios, ansiosa de crêpes de China y de mongoles fantásticos. Los tacos carretel de sus zapatos se saben de memoria el asfalto de Florida y las aceras de Corrientes. La cabritilla de sus guantes está cansada del mármol de los *Tea Rooms* de moda, y del cristal en que los copetines encierran su traicionera frescura. Sabe que puede ser sirena en Mar del Plata o ninfa en los bosques de la serranía cordobesa. La seguridad del libre albedrío se enseñorea de sus cinco sentidos y, aspirando golosamente el aire cálido del verano que tanto se apresuró esta vez, se dispone a hacer sus preparativos para dar acabadas muestras de la libertad que le regaló el maravilloso siglo en que vivimos.

Hace poco exponía yo estas ideas ante un amigo mío a quien estimo quizá más de la cuenta. El discurso me salió de lo más bien. Pero hete aquí que mi amigo, en lugar de asentir efusivamente, se sonrió con desdén y, extrayendo un libro de su biblioteca (estábamos en casa de sus padres, pues nuestras familias tienen una vieja relación), me dijo, disponiéndose a leer:

—Hace ya unos cuantos años un señor Gracián dijo, en español, lo siguiente:

"— Aguardad, mujeres — dijo Ardenio. — ¿Dónde" están? ¿Cuáles son, que yo no las distingo de los "hombres? ¿Tú, no me dijiste, ¡oh Critilo!, que los "hombres eran los fuertes y las mujeres las flacas? "¿Ellos hablan recio y ellas delicado? ¿Ellos vestían "bastón y capa y ellas basquiñas? Yo hallo que todo "es al contrario, porque, o todos son ya mujeres, o "los hombres son los flacos y afeminados, ellas las "poderosas; ellos tragan saliva sin osar hablar y "ellas hablan tan alto que aun los sordos las oyen; "ellas andan el mundo y todos se les sujetan: tú me "has engañado.

"— Tienes razón — dijo, suspirando, Critilo, — que "ya los hombres son menos que mujeres; más puede "una lagrimilla femenil que toda la sangre que de"rramó el valor; más alcanza el favor de una mujer "que todos los méritos del saber; no hay vivir con "ellas ni sin ellas; nunca más estimadas que hoy, "todo lo tienen y todo lo pierden..."

A mi amigo le temblaba la voz cuando terminó de leer. Yo, un poco confusa, le pregunté:

—Y eso, ¿a qué viene?...

—Pues a que lo de la libertad a que te acabas de referir, me parece una tontería. Las mujeres han sido libres durante todo el tiempo que este pícaro mundo viene dando vueltas. Han hecho siempre lo que les ha dado la gana. Y si ahora hablan de libertad no es porque no la hayan tenido antes, sino, simplemente, porque quieren veranear. Convengo en que la paladina opinión del amigo a quien estimo mas de la cuenta, me dejó perpleja. A lo mejor estaba en lo cierto. Y era cuestión de hilar fino antes de emitir opiniones definitivas acerca de algo tan delicado.

Fué entonces cuando se me ocurrió escribir este artículo, en la seguridad de que, como otras veces, las hospitalarias páginas de EL HOGAR lo acogerían. Y aquí estoy ahora, tratando de demostrar por qué la mujer es más libre en verano que en invierno, y, sobre todo, por qué es más libre ahora que antes.

Una de las condiciones de la libertad que a mí se me antojan primarias, es el placer que se siente en la soledad. Y bien: el invierno no sirve para eso. La estación de las heladas y de las neblinas resultará encantadora para ir al Colón con un magnífico tapado de "petit-gris", o para lucir, en una soirée, el corte impecable de un modelo exclusivo de París. El invierno requiere, pues, compañía. Y la mujer, ser por excelencia emotivo, se desvive durante los meses de junio, julio y agosto por ser esclava de alguien o de algo, por acurrucarse en los lugares tibios, por entornar puertas y bajar celosías, por oír versos o arreglar flores en jarrones enormes.

La libertad de la época de Gracián no era, en consecuencia, sino una libertad literaria desde el punto de vista ostensible. Podrá ser cierto que la mujer ha imperado siempre en el corazón de los hombres. Así lo dicen ellos, por lo menos. Pero no se puede negar que antes imperaba de un modo menos cómodo que hoy, pues aun en el rigor del verano seguía encerrada en su casa, y no daba un paso fuera de ella sin la venia de su marido.

¿Y hoy?.. Hoy el verano es para la mujer síntesis clara de la libertad. No bien el aire tibio de octubre empieza a revivir las ramas de los árboles, la mujer sabe que puede disponer de ella como se le antoje. Y se prepara inmediatamente a lucir la tostada libertad de los brazos y la ágil desnudez de las piernas en el balneario predilecto, o a que las rosas de sus mejillas se enciendan y su respiración se acelere gozosamente en la ascensión de la serranía bienoliente a hierbas generosas y tónica del benévolo sol.

Del pasado de reclusión en que no había dama que se estimara en algo que no se creyera en el deber de treparse a una silla a la sola vista de un inocente ratoncillo, a estos tiempos gloriosos en que una muchacha sola se puede ir al Balneario Municipal a darse un buen baño, y a tomar sol sin que nadie se meta con ella, hay tanta distancia que la comparación resulta casi absurda. Más aún: de los meses transidos que acaban de transcurrir entre estufas y mantas a estos días límpidos y ya ardorosos en que el aire es el mejor regalo, media el abismo que va del encierro a la libertad. Hace días no más ansiábamos el [illegible] del hombre para ir de compras o para entrar, menudas entre nuestras gruesas y calientes pieles a los suntuosos salones de té .. Hoy... hoy, francamente, preferimos empuñar nosotras mismas el volante del auto y largarnos a una endemoniada velocidad no importa adónde...

Y ahí está sintetizado mi pensamiento: el invierno es cautiverio, el verano, fuga.

Pensaba terminar mi artículo en las palabras anteriores, pues he aquí que llega a casa mi amigo a quien estimo más de la cuenta, y me pregunta qué es lo que estoy haciendo. Le doy las cuartillas, las lee, y sacando un librejo del bolsillo me dice muy serio:

—Todo esto que acabas de escribir se- (Continúa en la pág. 20)



Cinco astros de la moda

Por

MARY KNIGHT

CARLOS FEDERICO WORTH

DE no haber sido por un joven abogado inglés, ¿quién sabe si París hubiera sido algún día la capital del reino de la moda? Hoy, tal vez, las mujeres andarían vestidas como en el tiempo de la reina Victoria. Abandonando la atmósfera pesada del estudio legal, para poner en práctica el deseo de enseñar a las mujeres cómo vestirse verdaderamente bien, el joven abogado dejó Londres, y, en París, desde un rinconcito de la Rue de la Paix, se inició en sus nuevas andanzas.

Carlos Federico Worth, uno de los nombres más famosos en el mundo de la "alta costura", nació en el Lincolnshire en el año 1825. Su padre era abogado y quería que el hijo siguiera su profesión, pero en lugar de estudiar leyes y códigos el muchacho dibujaba drapeados y estudiaba arte decorativo. A la muerte del padre, la madre le consiguió un empleo en una de las grandes tiendas de modas, lo que hizo las delicias de Carlos Federico Worth: ¡no más leyes! La carrera que él soñaba había empezado. Bien pronto dejó Inglaterra y se fué a Francia, donde inició una verdadera revolución en la moda femenina; hoy, sus nietos continúan su obra.

El ex abogado Worth fué el primer modisto que comprendió que los que hacen trajes también deben fabricar los géneros, y que cada mujer debe vestir según su tipo. Este renacimiento del gusto marca la primera etapa de la moda "Segundo Imperio". El estilo de sus primeros modelos llamó la atención de la emperatriz Eugenia, que fué luego su más hermosa y fiel clienta. La única vez que no estuvieron de acuerdo fué cuando se habló de las crinolinas; la emperatriz había dibujado el modelo, Worth lo rechazó como una monstruosidad, pero Eugenia insistió y ganó, y fué la única mujer que consiguiera obligar al gran artista a doblegar su voluntad de acero. Otras grandes damas que siguieron los pasos de Eugenia de Montijo fueron Isabel de Austria, Margarita de Saboya, madame de Castiglione, madame de Pourtalés y todas las estrellas del mundo teatral. Pero la preferencia constante de Eugenia fué la que consiguió para Worth el título de "Modisto de Corte".

Carlos Federico Worth

Carlos Federico Worth fué el primero en emplear "mannequins vivants" para lucir sus modelos, y con tanto éxito que entre todos los admiradores que pidieron la mano de la primera "mannequin", el mismo Worth fué el que obtuvo la preferencia. En 1850 el primer hombre que entró en la moda femenina se instaló en dos piecitas de la Rue de la Paix, y de allí no se movió más, pero fué tal el impulso que supo dar a su negocio que hoy la firma ocupa dos enormes edificios y emplea a más de mil obreros.

Sus nietos, Juan Carlos y Jaime, dicen: "Pertenecemos a la tercera generación de los Worth, y pronto nos reemplazará la cuarta (Roger Worth, hijo de Jacques, tiene veintidós años y ya está en los negocios), y debemos recordar que nuestro abuelo hizo su fama únicamente gracias a su genio creador y a su actividad en el trabajo. Vino a París con veinticinco francos en el bolsillo... y, abarcando con una mirada rápida todo lo que nos rodeaba, añadió: —¡Ahí tiene usted lo que compró con veinticinco francos! Hoy fabricamos los materiales, géneros, adornos, etc., y creamos los modelos; luego, nuestros "mannequins", muestran en todas partes cómo se llevan nuestras creaciones. Las grandes damas nos consultan, reinas y princesas obedecen a nuestras órdenes, y las elegantes vienen de todos los países del mundo para pedir nuestro consejo. Desgraciadamente el hecho de ser uno de los reyes de la moda, trae más preocupaciones y más trastornos de los que pueda tener el más atareado político; quiere decir ser al mismo tiempo dictador de la moda y esclavo de los caprichos femeninos. A veces es doloroso ver mujeres hermosas y elegantes aceptar los modelos más absurdos y ridículos y llevarlos... Por suerte ha pasado la época de los contrasentidos y las mujeres han vuelto a la feminidad."

GABRIELLE CHANEL

HAY quien nace célebre, hay quien gana la celebridad luchando, y hay otros que la llevan impuesta como un destino. No hay otro medio de explicar cómo algunos de los astros de la alta costura llegaron a su reinado.

Chanel, la orgullosa Chanel, la predestinada al éxito, lo consiguió con luchas infinitas y gran firmeza de voluntad: yendo adelante *a pesar de todo*. El haber nacido en Auvernia, en el corazón de Francia, es un factor primordial en su vida. La tradición francesa dice que los nacidos en esa provincia consiguen cumplir con todo lo que se proponen. El ministro Laval es también nacido en Auvernia: el dato me parece venir al caso.

La pequeña *Cocó* Chanel, como la llamaban en su pueblo dice: "Siempre supe lo que quería, y de no poderlo conseguir en seguida no abandonaba mi idea: más bien esperaba."

Vino a París poco antes de la guerra, con poco dinero y con muchas ideas; se inició en una pequeña tienda de modas, en un barrio apartado de París, hizo unos cuantos sombreros, los expuso y pidió por ellos un precio cuatro veces más caro del que cualquiera "parisienne" estuviera acostumbrada a pagar. Ni un céntimo de rebaja: mademoiselle Gabrielle Chanel establecía su primero, último y único precio: "Tome o deje", era su lema. Pero la calidad se impuso y las clientas de calidad compraron. El segundo paso fué la creación de trajes que hicieran juego con los sombreros.., y el precio también hizo juego con ellos. Chanel hizo los primeros trajes de sport, empleando tejidos de jersey. Luego vino la guerra, pero también en esos días había gente con dinero, y toda la energía de "Cocó" Chanel fué dedicada a las ricas; hasta llegó a dibujar y a imponer modelos especiales, muy caros, para llevar exclusivamente en los sótanos donde las elegantes se refugiaban en cuanto se recibía la señal de que un bombardeo aéreo iba a empezar... ¡No dejaba de ser una elegancia necesaria!... Se imponía, y Chanel la impuso. Sus primeros años de trabajo pagaron sus deudas y el alquiler de su negocio — una sola pieza. — Hoy su establecimiento ocupa cinco edificios en la Rue Cambon. Mme. Chanel odia la publicidad, adora la música y las perlas legítimas, hace todo según sus ideas y es de una energía formidable.



Gabrielle Chanel

La princesa Bibesco ha dicho de ella: "Chanel ha impuesto a las mujeres ricas los detalles de la pobreza: les ha hecho llevar el tricot, la indumentaria del pobre; y a las que poseían joyas maravillosas las ha adornado de alhajas falsas."

Es que, según Cocó, la mujer debe dejarse guiar por un experto, seguir su consejo al pie de la letra y nunca contradecirlo.

PAUL POIRET

EN cuanto pudo hablar pidió a su padre "crayon et papier" (cron-papesí) en su media lengua, para dibujar.

Este gran artista nació en el centro de París, en 1876, lo que le ayudó a estudiar y comprender el alma de su ciudad. Su libro, publicado hace poco en idioma inglés, se titula: "Mis primeros cincuenta años".

En él, Poiret nos cuenta: "Siempre he soñado géneros y trapos..., la toilette de la mujer me apasiona y me entusiasma; yo mismo me considero un dandy, y si alguna vez me olvidé de lavarme nunca me olvidé de cambiarme el cuello." Cuando era muchacho, el padre lo empleó, para que trabajara en algo, en una fábrica de paraguas donde le tocaba pasar el día abriendo paraguas, pegando parches con un pincel pringado de goma negra, tapando los agujeros del género y remendándolos de mala gana; y fué tan sólo después de mucha lucha que pudo escaparse de la fábrica y huir de ese oficio desagradable que lo fatigaba y le partía el alma.

Pero no todo debía ser disgusto... Paul tenía tres hermanas que lo querían enormemente, y que le regalaron el primer "mannequin" de madera (de 80 centímetros de estatura), sobre el cual Paul Poiret, el genio de la moda, drapeó los primeros retazos de seda, de raso, de muselina, mezclados con pedacitos de fundas de paraguas, escamoteados en la fábrica..., y su corazón por primera vez latió con toda la emoción del éxtasis.

El estudio del arte que adoraba le permitió hacer unos cuantos croquis, e ir un día a ver a madame Cheruit para mostrarle sus figurines. A ella gustaron, se quedó entusiasmada, los pagó veinte francos cada uno y le encargó otros... Él creyó morirse de contento.

En el año 1896, M. Doucet le ofreció un empleo por todo el día, además de comprarle todos sus croquis y dibujos. Así entró de lleno en la carrera de la moda ese gran artista que poco después debía llamar la atención del mundo elegante. Su primer modelo fué un saquito rojo adornado de paño, festoneado en el escote, abrochado con seis botones de esmalte gris y con solapas de crêpe de Chine del mismo color; del saquito se hicieron cuatrocientas copias en todos los colores imaginables, y la base de la prosperidad estaba echada.



Paul Poiret

La madre de Paul Poiret, viendo inútiles todos los esfuerzos para sofrenar las ambiciones de su hijo, le prestó cincuenta mil francos para que se instalara por su cuenta. Antes de tomar esta decisión, Poiret se había dirigido a Worth, e, impaciente y entusiasmado con sus progresos le había revelado su secreto, pidiéndole fondos prestados y ofreciéndole interesarlo en su nuevo negocio. Su pedido no fué escuchado y su oferta fué rechazada.

"En un mes — dice él — fuí célebre y todo París se había parado, por lo menos una vez, ante la vidriera que desde entonces se tornó famosa."

Luego pasó a locales más lujosos, más grandes y fué inmensamente popular. En su tienda chic, tuvo la visita de Mrs. Asquith y de otras grandes personalidades de Londres y de toda Europa; vistió a las más famosas estrellas del teatro, a las aristócratas de toda la tierra, y reunió un caudal tan interesante de datos sobre esas personalidades que quiso escribir sus memorias.

Luego, vendió su negocio y su nombre, pero el encantamiento de las telas y la fiesta de los colores continúan ejerciendo sobre él su embrujo poderoso y dominador. "He vendido mi nombre—dijo;—así ahora uso mi cara y mi número de teléfono; nada más. Es suficiente; no puedo soportar la idea de vestir a la muchedumbre... Visto muy pocas personas, reservándome el derecho de rechazar las clientas que no deseo vestir.. Tengo todavía en mi imaginación muchas ideas, muchos trajes.... y tal vez algún día añada un segundo tomo a "Mis primeros cincuenta años."

LUCIEN LELONG

HACE mucho Lucien Lelong, y su padre antes que él, creaba modelos en el histórico Hôtel Directoire, de la Avenue Matignon. Algo de ese encanto perdura en los trajes de Lelong, quien, lejos de dibujar vestidos estilizados, fué el primero y el más enérgico en oponerse en el momento en que la moda parecía tornarse grotesca y volver a las reminiscencias del Segundo Imperio. Lelong dijo: "¡Yo protesto!", y hoy esa palabra se ha hecho célebre.



Lucien Lelong

Su padre le enseñó a manejar y a combinar telas preciosas con aristocrática soltura y elegante despreocupación; nadie diría al verlo que Lelong es un creador de modas; su cuerpo de atleta nos lleva más bien a imaginarlo en un campo de deportes; es alto y bien constituído, y nunca supondríamos en él un intérprete delicado de la belleza femenina. Pero se trata de un modisto de la pre y post guerra, y su hijita parece querer seguir los pasos del pa- *(Continúa en la pág. 63)*

EL PRINCIPE DE GALES CONOCE LAS TRAGEDIAS DE LA VIDA

Por EDWIN T. WOODHALL

UNO de los más antiguos recuerdos de trenes del príncipe de Gales debe ser el del viaje que realizó con su bisabuela desde Balmoral a Escocia ocupando el tren real.

Aquel gran acontecimiento se vió deslucido por una tragedia. El príncipe se enteró de ella por la indiscreción de la servidumbre. Produjo, como es natural, una fuerte impresión en su mente juvenil, y muchos meses después aún hablaba del accidente.

En junio de 1918, William Fenwick, conductor del tren regio, subió al ténder de su máquina para enderezar el alambre telefónico de comunicación que se había enredado. En ese momento se iba a pasar frente a una estación de tránsito, cerca de Aberdeen, en la cual el tren no se detendría.

Absorbido por su tarea, Fenwick no reparó en la proximidad de un puente bastante bajo, y su cabeza pegó contra la maciza armazón de hierro. Fué tan brutal el golpe que quedó instantáneamente muerto. Los ocupantes del tren real nada supieron del desastre hasta llegar a Perth.

Testigos presenciales aseguraron que la pena de la reina Victoria fué grande al enterarse de la muerte del conductor, e inmediatamente redactó de su puño y letra un mensaje telegráfico de condolencia para la infortunada viuda. Más adelante la reina mandó levantar un mausoleo sobre la tumba del maquinista y destinó una suma de dinero para costear su cuidado, a perpetuidad, en el pequeño cementerio de Dovecotland, condado de Perth.

Tal vez la muerte del infeliz Fenwick fué la primera oportunidad en que el príncipe conoció a la Eterna Intrusa. La segunda debió ser el fallecimiento de la reina Victoria, que lo afectó extraordinariamente. Durante un tiempo se mantuvo muy seriecito, callado y pensativo. Cuando no estaba jugando con sus hermanos, se sentaba en un gran sillón antiguo, y apelotonándose con las piernecitas recogidas debajo del cuerpo, se mantenía silencioso durante una hora, más o menos, y sólo se movía o hablaba si alguna de sus "nurses" le dirigía la palabra o si lo molestaban los niños menores.

Indudablemente, la muerte de la anciana debió impresionarlo mucho, pero con la elasticidad propia de la juventud pronto tornó a recobrar su alegría.

Desde el fallecimiento de la reina, y debido a la ausencia de su padre y su madre, en jira por la India, el príncipe fué colocado bajo el cuidado y la tutela del rey Eduardo y la reina Alejandra.

El rey Eduardo amaba a los niños y detestaba los rígidos formalismos y etiqueta de la corte, y le agradaba vivir rodeado de buenos camaradas. Poco tiempo después de ascender al trono desterró la férrea etiqueta tan cara a la reina Victoria, y comenzó a hacerse el nombre de ser el soberano más democrático de Europa.

En todas sus relaciones con su nieto mayor, Eduardo VII evitó los sermones sobre los deberes y dignidades del príncipe, y se contentó con charlar con él sobre las ambiciones más normales de un muchacho de tierna edad. Al príncipe le era dado, en consecuencia, discutir con el rey la conveniencia y desventajas que tendría el honorable oficio de maquinista para el heredero del trono. Se asegura que llegó a existir cierta divergencia entre el abuelo y el nieto, abogando el uno por el oficio mecánico ya citado, y el otro por el de agente de policía. Todo, empero, lo que rodeaba al niño tendía a inclinarlo hacia la carrera militar. Cuando visitaba Londres, el palacio de Buckingham, York House o Saint James, se encontraba con el espectáculo imponente de la brigada de la guardia de su majestad. En más de una ocasión debió erguirse con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, conmovido hasta lo más profundo por las notas vibrantes y claras de un clarín, por el repicar de las herraduras sobre el empedrado, por la brillante cabalgata y por la silenciosa ceremonia de relevar la guardia de un rey. Su tía, la princesa Victoria, lo llevó también a ver los torneos militares, y no cabe dudar que mientras sus padres permanecieron ausentes en la India, el príncipe Eduardo se convirtió de un pequeño y molesto niño en un fuerte jovenzuelo que comenzaba a desarrollar casi a diario las diversas características de su abuelo el rey Eduardo, con quien pasaba casi todo su tiempo.



Los tres hermanos, Eduardo, Alberto y María, en 1909.



El príncipe niño a los siete años de edad.



El príncipe de Gales con su hermanito en brazos.

Al regreso de la princesa y el príncipe de Gales, volvió a completarse el grupo familiar, pero a pedido expreso del rey se permitió al niño quedarse con él y la reina Alejandra.

A esta altura de su vida, el príncipe Eduardo era un niño un tanto reconcentrado, pero de aspecto sano, con un aire de tranquila dignidad que sentaba bien a su rostro hermoso. Se le consideró lo suficientemente maduro para colocarlo bajo la férula de un tutor, aunque el matrimonio real se mostró poco inclinado a otorgar su consentimiento para que así se hiciera. El príncipe de Gales, empero, estaba firmemente convencido de la conveniencia de adoptar esa medida, y aunque era padre bondadoso se mostró severo e implacable cuando se trató del cumplimiento de un deber. Así, pues, cuando el príncipe cumplió siete años, fué colocado bajo la tutoría de H. P. Hansell, ya fallecido. Era un caballero cortés y dotado de un gran don de gentes. Probablemente al principio de sus relaciones se le habrá aparecido al príncipe como una especie de ogro, pero con el transcurso del tiempo llegó a apreciarlo cumplidamente.

Las primeras letras las cursó el príncipe en York House. Allí, en una de las habitaciones que dan frente hacia el histórico White hall, estudió gramática, historia, geografía, aritmética y rudimentos de español, alemán y francés.

Empezaba a estudiar a las 9.30 de la mañana, se interrumpía a mediodía para almorzar y volvía a tomar los libros a las 14 hasta las 17 horas. El viernes terminaba a mediodía y comenzaba el descanso de fin de semana hasta el lunes. En la mañana del sábado, de 10 a 11 horas, aprendía equitación en la escuela de las tierras del palacio Buckingham, consagrando el resto del día al juego, y, a veces, a visitar a sus abuelos reales. Los domingos hacía prácticas religiosas en Malborough House.

El profesor Hansell dijo de él: "Es un niño muy inteligente y naturalmente vivo. Posee una visión clarísima que, me atrevo a profetizarlo, resultará de inestimable valor de la gran actuación que le depara el destino."

¡Y, así el niño fué convirtiéndose en hombre!

Demostraba gran facilidad para el estudio de idiomas. En la actualidad esa condición le resulta grandemente ventajosa al viajar el príncipe por países extranjeros, embajador de su raza y capacitado para hablar el idioma del país que visita. Esta inclinación a los estudios filológicos recibió toda la aprobación de la familia real. El rey Eduardo lo llevaba a su biblioteca, y sentándose cómodamente al lado del fuego le refería leyendas y cuentos del folklore, y en el habla de aquellos países cuyo idioma estudiaba.

De cuando en cuando, distinguidos visitantes de naciones extranjeras conversaban con él y elogiaban la correcta y fácil pronunciación del niño.

Además de hacerlo trabajar se le inducía a jugar y a dedicarse a los deportes que le servirían para desarrollarse físicamente.

El tennis fué el primer (Continúa en la pág. 68)

El Colorido en los Modelos para Deporte

5 (Abajo.) Zapatos en cuero de antílope, ambos con adornos en marrón. Para vestidos de deporte.

6 (Abajo.) Cartera de mano en paja blanca y cuero rojo. Pañuelo en seda roja con puntos en blanco.

1 Modelo de dos piezas, blusa y falda, en blanco con adornos en rojo. La falda se distingue por sus plegados, que le dan un aspecto atractivo de juventud y de gracia. Blusa con mangas largas y adornos similares en el cuello y puños. Cinturón rojo, lo mismo que los cuatro botones que se ven. Sombrero amplio de paja, con cinta también en rojo.

2 He aquí uno de esos modelos que en París no por su simpleza dejan de ser atractivos. El hábil ensanchamiento de la falda en su parte inferior le proporciona ya algo de distinción. Los rectángulos irregulares vistos en la parte delantera, así como el amplio pañuelo, dicen bien de la sencillez de este modelo de gran uso en la capital francesa.

3 La amplitud de hombros, hecha para proporcionar a la cintura una mayor apariencia de delicadeza, y el bon to contraste de colorido, constituyen las principales características de este modelo parisiense en seda y satin. El cuello ceñido puede ser abierto y usado en forma de V. Falda en rojo y blanco con plegados regulares.

4 Plegados sobre la falda, finalizando en forma de V, lo mismo que el cuello. Línea graciosa en la bata, con mangas cortas que finalizan igualmente en V, en rojo y blanco. Estos finales de la manga no son más que el pañuelo del cuello usado bajo la bata y cuyas puntas aparecen en los brazos, lo mismo que sobre el pecho, donde pueden ser vistas anudadas.





Un retrato

(CUENTO)

Por

Guy de Maupassant

CALLE, Milial!—dijo alguien junto a mí. Miré al individuo a quien se me señalaba, porque hacía mucho tiempo que yo tenía ganas de conocer a aquel don Juan. Ya no era joven. Tenía el pelo gris, de ese gris turbio y parecido a las gorras de pelo con que se cubren los habitantes de ciertos pueblos del Norte. Su barba, larga y muy fina, le caía sobre el pecho y tenía también semejanza con aquella misma piel. Hablaba con una mujer, inclinado hacia ella, en voz baja y mirándola con ojos dulces. Su mirada era acariciadora y tierna. Estaba yo al tanto de su vida, o por lo menos de lo que de ella se conocía. Había sido amado locamente muchas veces, y su nombre se había mezclado a gran número de historias dramáticas y conmovedoras. Se le consideraba como hombre muy seductor, casi irresistible. Cuando pregunté a algunas mujeres que hacían su mayor elogio, para averiguar de dónde le venía aquel poder, después de reflexionar un punto, me respondían siempre:

—No sé..., tiene cierto atractivo, cierto encanto.

Y en rigor de verdad, aquel hombre no era hermoso, y hasta carecía de la elegancia especial de la que suponemos dotados a los conquistadores de corazones femeninos. Preguntábame yo dónde estaría oculta su seducción. ¿Acaso provenía de una fuerza moral? Jamás se me había citado una frase suya. Nunca oí alabar su inteligencia. ¿En sus ojos? Tal vez. ¿En la voz? La voz de algunos seres tiene un tono sensual, exquisito. Algo como el sabor delicioso de algunos manjares. Se siente hambre de escucharles y el acento de sus palabras tiene algo de una golosina.

A un amigo que pasaba en aquel instante, le pregunté:

—¿Conoces tú a Milial?

—Sí.

—Pues, preséntamelo.

Un minuto después cambiábamos un apretón de manos y conversábamos amistosamente. Lo que él decía, aunque no contenía nada superior, era agradable. Aquella voz era dulce, acariciadora, pero yo había oído otras que impresionaban más.

Se le escuchaba con placer, como con placer se escucha el murmullo de una fuente. Para seguir el curso de su conversación, no era preciso ninguna extraordinaria tensión del pensamiento, ni aquélla inspiraba gran curiosidad; no mantenía vivo el interés; al contrario, era tranquila, reposada. No despertaban sus palabras ni el afán de argüirle, ni la entusiasta aprobación. Tan fácil era replicarle como atenderle.

La respuesta venía lógicamente, como si lo que él había dicho arrancase las frases de la boca.

La impresión que me produjo fué la de figurarme, aunque sólo le conocía desde un cuarto de hora antes, que todo en él me era conocido y familiar; su gesto, sus palabras, sus ideas; después de algunos instantes de conversación, me parecía un amigo íntimo. Entre nosotros ya había una confianza tan espontánea y tan grande, que le hubiera contado esos detalles de la vida íntima que se refieren solamente a los más antiguos camaradas.

Indudablemente, allí había un misterio. Esas barreras, levantadas entre los seres humanos, y que sólo el tiempo, la simpatía y la identidad absoluta de gustos, de cultura y relaciones constantes, hacen caer poco a poco, parecían no existir entre él y yo, y sin duda entre él y todos aquellos hombres y mujeres a quienes la casualidad ponía en su camino.

Al cabo de media hora nos separamos, prometiéndonos vernos con frecuencia. Antes de despedirse me invitó a almorzar con él dos días después.

Mas sucedió que, habiéndome olvidado de la hora de la cita, llegué a su casa demasiado pronto, cuando él no había vuelto aún. Un criado, correcto y silencioso, abrió un bello salón, algo sombrío, íntimo, recogido. Me encontraba allí tan a mi gusto como en mi propia casa. Muchas veces he podido observar la influencia que el aspecto de las habitaciones ejerce sobre el espíritu. Piezas hay en las que se siente uno idiota, otras que inspiran extraordinario deseo de hablar; unas, entristecen, a pesar de su claridad y blancura; otras, alegran el alma, por más que estén vestidas de obscuros colores. Nuestros ojos, al igual que nuestro corazón, tienen sus odios y sus amores, y nos los imponen furtivamente, y sin que nos demos cuenta de ello, influyen en nuestro carácter. La armonía de los muebles, de las paredes, el estilo del conjunto, obran instantáneamente sobre nuestro espíritu, como obran sobre la naturaleza física el perfume de los bosques y el aire del mar o de las montañas. Me senté sobre un diván de mullidos cojines, y me sentí de repente hundido, preso dulcemente entre los suaves almohadones de pluma, forrados de seda, como si la forma y el volumen de mi cuerpo tuviesen allí su molde preparado desde mucho tiempo antes. Después, dirigí la vista en torno... En aquella estancia no había nada de relumbrón. Objetos modestos, muebles sencillos, a la par que raros, tapices de Oriente, que no parecían provenir del Louvre, sino del interior de un harén, y frente a mí un retrato de mujer. Era éste de regulares dimensiones, de medio cuerpo. Aquella mujer tenía en las manos un libro. Era joven, llevaba la cabeza descubierta, el peinado bajo, formando dos ondas que le cubrían la frente. Su sonrisa, triste. Ya por tener la cabeza descubierta, o bien por la actitud natural de aquella mujer, lo cierto es que nunca me pareció retrato alguno tan en su propia casa como el que contemplaba en aquellos momentos. Era en un todo diferente a los muchos que había visto y que copian trajes vistosos, peinados extravagantes y la afectación estudiada de la mujer que piensa en el pintor que está enfrente o en las personas que después han de contemplar el retrato. Unas, de pie, con aires de reina que seguramente no han conservado en su vida. Otras, deseando agradar con su gestecillo coquetón. Y todas tienen ya una flor, ya un pliegue del vestido o del labio, que se conoce puesto por el pintor para el efecto. Que lleven sombrero, o cubran su cabeza con encaje o la lleven descubierta, desde luego se ve algo artificioso o rebuscado. ¿Qué será esto? Lo ignoramos, puesto que no las hemos conocido; pero se adivina. Parece como que están en visita con gente a quien desean agradar, mostrándole todas sus bellezas, y su estudiada actitud, ya modesta, ya altanera.

¿Qué decir de la mujer que contemplaba ahora? Estaba en su casa y estaba sola, sí; porque sonreía como se sonríe cuando se piensa solitariamente en alguna cosa triste y dulce a la vez, y no como se sonríe cuando hay alguno mirando. Estaba tan sola y tan en su casa, que formaba en torno el vacío absoluto. Ella la habitaba y la llenaba. Podía entrar mucha gente y hablar y reír y aun cantar. Ella estaría siempre sola con su sonrisa y daría vida a todo aquello con su mirada, con aquella mirada especial que caía sobre mí, fija, acariciadora, sin verme. Todos los retratos saben que son contemplados, y nos miran con ojos que ven, que se mueven, que nos siguen desde que entramos en la habitación hasta que salimos de ella. Aquél no veía nada, por más que su mirada se clavase en la mía en línea recta. Me acordaba del hermoso verso de Baudelaire:

"Tus ojos, que atraen como los de un retrato."

Me atraían, en efecto, con fuerza irresistible. Aquellos ojos pintados que habían pestañeado, que acaso pestañeaban aún, acusaban en mí una turbación poderosa, inmensa...

¡Oh! ¡Qué encanto adormecedor como suave brisa, seductor como el crepúsculo rosa y azul, y melancólico como la noche que le sigue, salía de aquel cuadro sombrío y de aquellos ojos impenetrables! Aquellos ojos creados por unas cuantas hábiles pinceladas, ocupan el misterio de lo que a un tiempo parece ser y no ser; de lo que puede expresar la mirada de una mujer, de lo que hace germinar el amor...

Abrióse la puerta y entró Milial. Excusó su tardanza, al paso que yo excusé el haber anticipado la hora de mi visita. Después, no pude menos de decirle:

—¿Sería indiscreción preguntaros quién es esta mujer?

Y me respondió:

—Es mi madre. Murió muy joven.

¡Entonces comprendí de dónde venía la inexplicable seducción de aquel hombre!

La página para la casa

PRÁCTICO



Para cuando se hacen conservas y se necesiten ollas especiales, puede adoptarse este sistema para evitar que la tapa suba. La tira colocada sobre ella se ha hecho de un aro sacado de un tarro de dulce.

PICADURAS Y MORDEDURAS

Las picaduras de los insectos y las mordeduras de los animales, tan frecuentes en verano, pueden inocular enfermedades infecciosas.

Si las picaduras son profundas, se comprimen los bordes para hacer salir la sangre que se haya envenenado; después se aplican fricciones de alcohol, unas pinceladas de yodo o unas gotas de amoníaco.

Las picaduras superficiales desaparecen con un simple lavado antiséptico.

Las mordeduras leves que no entrañan substancias o gérmenes infecciosos, se curan lavándolas con agua hervida o con alcohol, aplicando a continuación una capa de algodón hidrófilo empapado en cualquier desinfectante, sostenido por una venda.

Las mordeduras de animales rabiosos, víboras, etc., requieren un tratamiento enérgico y decisivo: abrirlas, si es preciso, para hacer salir sangre, lavarlas abundantemente con algún desinfectante enérgico y luego cauterizarlas.

Las vacunas especiales usadas para estos casos deben ser aplicadas por el médico.

CHARLAS SOBRE URBANIDAD

CONVIENE SABER QUE:



El agasajo más conveniente que puede hacerse en honor de una pareja de recién casados que está por emprender un viaje, es una reunión por la tarde; ya sea un té, en el que se haga o no música.

Si la fiesta es para personas que tengan gran amistad con los recién casados, bastará con llamar por teléfono; pero, de lo contrario, cuando se desea que asistan personas para quienes se tienen más cumplidos, deben hacerse las invitaciones por escrito.

MARUJA.

CONVIENE SABER QUE:

Para blanquear las manos se emplea la siguiente pasta con excelente resultado:

Se hacen cocer dos papas harinosas y blancas, se las pela y se las comprime hasta convertirlas en pasta, y luego se le agrega un poco de leche.

—Cuando las hormigas invaden un aparador, se coloca en este una esponja húmeda espolvoreada con azúcar. Al cabo de una hora las hormigas habrán llenado la esponja, metiéndose en los orificios. Entonces se echa la esponja en agua hirviendo. Repítase varias veces la operación y las hormigas acabarán por no volver al mueble.

—Cuando se esté cociendo algún manjar en el horno y éste esté demasiado caliente, en vez de dejar la puerta abierta para enfriarlo, es mejor meter dentro una vasija con agua fría, y el vapor que se desprende será suficiente para evitar que se queme lo que se está cocinando.

—Las cadenas de oro se limpian echándolas en una vasija que contenga agua y jabón con mucha espuma y frotándolas con un cepillo, para quitar la suciedad adonde no se pueda llegar con los dedos.

—Algunas gotas de esencia de espliego mezcladas al agua que se destina a lavar los pisos de las habitaciones, dan sensación de frescura y un perfume penetrante.

—Para dar flexibilidad al cuero muy reseco, debe humedecerse ligeramente pasándole por encima una esponja empapada en agua, y antes de que esté seco se le da una mano de aceite de ballena.

—Para lavar las puertas, ventanas y zócalos pintados, empléese un paño humedecido en agua caliente que quitará las manchas y evitará que la pintura pierda su brillo.

—Para prolongar la vida de las flores hay que saberlas cortar a su debido tiempo y además conseguirlas de buena clase y que hayan sido bien cuidadas. Al cortar las flores debe tenerse la precaución de emplear un cuchillo bien afilado. Después de cortarlas deben colocarse en floreros o recipientes anchos y espaciosos.

Sencillo y elegante conjunto de un comedor para campo. A pesar de su estilo rústico, no por ello deja de ser bonito y armonioso.

BENEFICIOS DEL SOL

Vivir en contacto con la naturaleza, expuestos al aire y al sol, es contribuir eficazmente a prolongar la vida.

Los niños y los jóvenes, así como todos los seres que se hallan en período de crecimiento, la necesitan más que otros.

De ahí que se críen tan sanos los hijos de pobres que viven semidesnudos, pero constantemente al aire y en plena luz, y que no suceda otro tanto con los hijos de personas pudientes con quienes se extreman cuidados y atenciones, pero que se les tiene medio recluídos a la sombra, impidiéndoles gozar de los beneficios de los rayos solares.

Los baños de aire y de sol forman parte del tratamiento de algunas enfermedades; pero sin necesidad de estar enfermos es bueno tomarlos habitualmente, dando paseos por el campo, plazas, parques o jardines, porque, unidos al ejercicio moderado, a la vez que son más agradables, resultan también más saludables.

CONSEJOS

Bebe y come moderada y sencillamente. Prefiere el agua al alcohol, consume frutas y alimentos sanos; afirmarán tu salud y aumentarán tu energía para el trabajo.

Respira siempre aire puro y fresco, que es condición necesaria para la buena salud y el mejor preservativo contra las enfermedades de las vías respiratorias.

No permanezcas inactivo. El movimiento es la vida. El ejercicio al aire libre es el mejor contrapeso del trabajo sedentario.

No uses vestidos demasiado abrigados ni ceñidos, porque entorpecen el funcionamiento regular de tus órganos.

Cuida esmeradamente tu piel, combate el frío con el ejercicio y toma muy a menudo baños generales, así robustecerás la salud del cuerpo y te evitarás muchos sufrimientos.

La salud es la ley suprema de la vida.

LA SONRISA

El modo de sonreír constituye un arte.

Es necesario evitar la sonrisa forzada, necia, pretenciosa. No obstante, puede ponerse en ella un poco de malicia. ¿Acaso la sonrisa traviesa no es hechicera?

La inocencia, la melancolía y la bondad tienen también su sonrisa.

No sonriáis a propósito de todo.

Acordaos de que sonriendo descubrís mucho de vuestra intimidad.

Las comedias de EL HOGAR

PAVOS REALES

Un acto de ALEJANDRO RUIZ GUIÑAZU

La actriz Iris Marga y el actor Florindo Ferrario, de la sala de la Wagneriana, se prestaron gentilmente para la interpretación gráfica de esta comedia.

HOTEL sobre el lago Thun. Clarísima noche de agosto. Sobre la terraza, sentados, conversan un hombre y una mujer. Ella es muy joven, bonita, de ojos grandes y vivaces. Él, de rostro moreno y modales distinguidos. Ambos visten traje de noche.

Él. — Es increíble. Nunca he vivido una "season" semejante. La pobre está irremediablemente atacada de parálisis.

Ella. — ¡Oh!... creo que exageras un poco. La situación no es tan grave...

Él. — Sin embargo, tú me dices siempre que prefieres la playa a la montaña.

Ella. — Es cierto. Estos panoramas son grandiosos, de una hermosura incomparable, pero demasiado inmóviles para mí. Por eso me encuentro más a gusto junto al mar. Allí hay más movimiento, más vida...

Él.—¿Cómo es que no protestas entonces contra los Alpes y todo lo demás que nos rodea?

Ella. — ¡Caramba!... Hace sólo ocho días que estoy aquí. Espera a que hayan pasado otros ocho, y entonces comenzarás a oír mis quejas.

Él. — ¿Y quién será el primero que sirva de blanco?

Ella. — ¡Oh! La concurrencia del hotel, por supuesto.

Él. — ¿Tan mala la encuentras?

Ella. — No mala, sino detestable.

Él.—Eres tú quien exagera ahora.

Ella. — *(Vivamente.)* ¿Que exagero? No, Ted. Tengo más de media docena de ejemplares escogidos. *(Examina con atención la concurrencia.)* Pero... parece que no estuviesen por aquí esta noche. Y lo siento de veras porque hubieras terminado por darme la razón.

Él. — Mi opinión no cuenta en este caso. Es tu padre y no yo quien dirá la última palabra en el asunto. Él es muy aficionado a la montaña, ¿verdad?

Ella. — Muy aficionado, pero yo sé cómo arreglármelas ..

Él. — Pareces estar muy segura de conseguir lo que deseas.

Ella. — *(Bajando la voz en tono confidencial.)* Tengo mucha experiencia sobre este punto. Cuando llega la ocasión, papá se rejuvenece de pronto ante mis ojos. De la noche a la mañana, su reumatismo ha desaparecido mágicamente, nadie juega al golf mejor que él, así como tampoco ningún hombre de su edad es capaz de caminar con la agilidad con que él lo hace. Naturalmente que para decirle todas estas cosas, me pongo un vestido celeste, que es su color favorito, y mientras le rodeo el cuello con un brazo, le comunico mis impresiones sobre su salud y estado físico. Después viene el mal tiempo que echa a perder los paseos, o el frío que impide el baño de mar, o...

Él. — ¿O la concurrencia que hace imposible la vida en el hotel?

Ella. — *(Muy seria.)* Tal cual, "o la concurrencia que hace imposible la vida en el hotel".

Él. — ¿Sabes una cosa, May?

Ella. — ¿Qué?

Él. — Que eres encantadora...

Ella. — *(Con ironía.)* Me lo han dicho tantas veces... Pero nunca he sabido el porqué, y esto me fastidia, créeme.

Él. — Pues yo tampoco te lo diré ahora.

Ella. — ¿Ahora no? ¿Y otro día?

Él. — La mujer debe saber que es hermosa, pero nada más. El porqué de su belleza pertenece a los hombres.

Ella.—¿Me incluyes entonces entre las que deben saberse hermosas?

Él. — Por supuesto.

Ella. — Gracias; eres muy amable... Además, esto es para mí una novedad, te lo aseguro.

Él. — También aseguras a tu padre que a los sesenta años parece un hombre de cuarenta, y sin embargo...

Ella. — ¿No lo crees?

Él.—*(Sonriendo.)* No se puede creer en lo inverosímil, May.

Ella.—Te repito que soy sincera, palabra de honor.

Él. — Entonces te aconsejo que trates de olvidar lo que ahora sabes. Será el mejor modo de conservar intacto tu encanto.

Ella. — ¿De veras?

Él. — ¡Oh! No lo dudes. La verdadera belleza es siempre espontánea. La otra, la de oropel, puede deslumbrarnos, pero sólo un instante. Los hombres se aproximan al pavo real para contemplar su plumaje. Lo admiran una vez, quizá dos, quizá también tres veces, pero luego ya no vuelven.

Ella. — ¿Y tú has conocido muchos pavos reales, Ted?

Él. — Los suficientes como para haber aprendido a distinguirlos.

Ella.—Entonces dime: ¿crees que alguien pueda llegar a confundirme con alguno de ellos?

Él — Si así fuese, ya te lo hubiera advertido.

Ella. — Fíjate bien, tal vez te equivoques. Jamás un hombre me ha hecho el amor, y, en cambio, tantos me han invitado a jugar al golf o al bridge, o a tomar un cocktail..

Él. — *(Riendo.)* ¡Qué ideas tienes, May! Tal vez se mueran por ti muchos hombres de quienes nada sospechas. En cuestiones de amor, hay siempre sorpresas notables. Además, eres tan joven, tan joven... Piensa que apenas has pasado los veinte años.

Ella. — Tú sólo tienes treinta.

Él. — Yo comencé a vivir demasiado joven, May, y esto es una desgracia, por lo menos un peligro. Tal vez dentro de otros treinta años me haya cansado de la vida.

Ella.—*(Con súbita tristeza.)* Yo quisiera también correr ese peligro, Ted; quizá de ese modo consiguiese olvidar ciertas cosas... ¿No crees que la verdadera desgracia está en tener que vivir disimulando un sentimiento que no hace más que avivarse cada día? En mi vida no he amado más que

(Continúa en la pág. 57)



Él. — ¡Oh! No lo dudes. La verdadera belleza es siempre espontánea. La otra, la de oropel, puede deslumbrarnos, pero sólo un instante. Los hombres se aproximan al pavo real para contemplar su plumaje. Lo admiran una vez, quizá dos, quizá también tres veces, pero luego ya no vuelven.

Ella.—¿Qué te perdone y que te olvide? ¿De qué me estás hablando, Ted?
Él. — No finjas, May. Tú me comprendes perfectamente.

Él. — Yo comencé a vivir demasiado joven, May, y esto es una desgracia; por lo menos, un peligro. Tal vez dentro de otros treinta años me haya cansado de la vida.
Ella. — Yo quisiera también correr ese peligro, Ted; quizá de ese modo consiguiese olvidar ciertas cosas...

FOTOS PADILLA

AVENTURAS DEL PERRO BONZO POR G. STUDDY



UNA AVENTURA EN MAR DEL PLATA

Las "geishas" desaparecen de la sociedad japonesa


Una casa de té, en Tokío.

UN interesante artículo firmado por Roko Hirayama, que publica el diario de Tokío titulado *Kaizo*, trata del tema que nos sirve de epígrafe.

El sindicato de geishas de Tokío y Osaka se prepara a entablar abierta lucha contra la competencia que para ellas significa la introducción de mucamas en los cafés. No creemos en el triunfo absoluto de las nombradas camareras, nuevas geishas de 1932. Las geishas permanecerán siempre siendo geishas, como las mucamas y camareras no dejarán nunca de serlo. Algo parecido ocurrió diez y siete años atrás. En tal momento se vió surgir un nuevo tipo de mujer, las llamadas "joyu" o actrices. Traían el encanto de la novedad y crearon una nueva estética japonesa.

Gran revuelo causó en el mundo de las "geishas", temerosas de ser suplantadas por las actrices. Pero no pasó nada.

Más tarde hizo su aparición un nuevo género de "geishas". Eran mujeres entregadas simplemente a la galantería, sin poseer las graciosas habilidades tradicionales de la geisha en el canto y en la danza. El resultado fué un triunfo para éstas, que salieron victoriosas de la lucha.

Actualmente, la concurrencia de camareras de café niponas, es un grave peligro para ellas.

Dichas jóvenes se adaptan enteramente a las exigencias de la vida moderna, precisamente cuando los clientes adquieren, día a día, los gustos y los hábitos de Occidente.

Aun en las famosas "casa de té", tan antiguas y tradicionales del Japón, bailan tangos y fox-trots, renovando sin cesar los discos de jazz. Exigen oír las canciones de moda, las más actuales y de reciente creación.


Una geisha.

Los tiempos han cambiado fundamentalmente.

Diez años atrás se penetraba en las casas de té, en Tokío, llevando algunos amigos que venían de Osaka expresamente para escuchar las exquisitas canciones de la famosa Mme. Kanematson, geisha de mucho renombre.

Sé de muchos contertulios que pasaron noches enteras oyendo cantar a la célebre geisha Foujimoura de Nipponbashi, que actualmente tiene setenta años...

Hoy, la casi totalidad de la juventud japonesa menosprecia los antiguos hábitos y desdeña la música llena de nostalgias que las delicadas geishas dejan "oír" hasta que la aurora descorre las sombras de la noche. Pertenece al siglo de la "velocidad" y de lo "positivo".

Gasta su dinero en el café, va al "dancing" donde encuentra cuarenta o cincuenta bailarinas profesionales. Se persigue el placer sin detenerse a paladear cosas sutiles y espirituales.

Por eso el Sindicato de geishas de Tokío emprendió una inteligente lucha contra esa ocurrencia: ha decidido crear una escuela de geishas, donde expertos profesores enseñarán a las jóvenes la moda del momento; la adaptación de canciones clásicas al ritmo del jazz; nociones generales de música y de cantos de Occidente.

El "samisen", la ligera guitarra de tres cuerdas típicamente tradicional entre las geishas, tocará en adelante aires procedentes de América y de Europa.

La crisis económica acentúa más el conflicto. En las casas de té el concurrente habitual tiene que pagar quince yens — es decir, ciento ochenta francos — para escuchar las canciones de su geisha favorita, mientras que en los cafés de Guinza—el gran boulevard de Tokío — no gasta sino el valor del cognac o del whisky que consume, más la pequeña propina que deja a voluntad.

La consecuencia de tal estado de cosas es que la concurrencia afluye cada vez en mayor proporción a los cafés, donde hay menos ceremonia y más libertad para divertirse a gusto.

Las casas de té se vieron precisadas a rebajar los precios, pero ni aun este sacrificio ha podido devolverles su antiguo prestigio.

La geisha de estos días es tan encantadora como la de ayer, pero la vida moderna es una eterna tentación para los hombres, especialmente para los jóvenes.

Ocurre igual con el viejo y clásico teatro Kabouki, vencido ante la competencia y rivalidad del cine.

Todo lo invade el modernismo: pensad que el ochenta por ciento de los japoneses se visten hoy a la europea y que los cines cuentan anualmente con más de cien millones de espectadores...

Los espectáculos artísticos y refinados, ofrecidos por las geishas y el Kabouki, están completamente fuera de moda. Se les abandona por anticuados.

En verano puede apreciarse mucho más que en invierno el grado...

— (Continuación de la pág. 11) —

rá verdad, pero mejor sería que no lo fuera. Mira, yo creo que la libertad femenina de nuestros días, esta libertad a que te refieres en tu artículo es perjudicial para ustedes. En abono de mis palabras te voy a leer unos párrafos de Alejandro Dumas, hijo, con la condición de que me prometas cerrar con ellos tu artículo.

— Prometido.

— Pues, oye.—Y volviendo unas cuantas hojas leyó: *Dicen algunos que los orientales han resuelto un gran problema encerrando a las mujeres. ¡Qué error! Los orientales se han librado del sentimiento sometiéndose a la sensación. El sentimiento eleva y la sensación humilla. Creen haber reducido al enemigo y no han hecho sino concentrarle; en vez de dejar que la tempestad se desate libremente, la han encerrado con ellos. De este modo, mueren fatalmente, gravemente, estúpidamente. Ignoran los orientales, como lo ignoramos también nosotros, que el único modo de hacer a la mujer inofensiva sería hacerla libre. Para dominarla socialmente, bastaría con dejarla suelta. Su esclavitud es su garantía, su potencia, su genio... ¡Mujeres libres, mujeres muertas!...*

Yo reí un poco forzadamente. Y esa noche, cuando mi amigo a quien estimo más de la cuenta vino a visitarme, tuve jaqueca, como en los tiempos viejos, y no salí a recibirlo.

La confidencia

Por AUGUSTO CORTINA

Estábamos los dos en la penumbra,
era en la primavera, silenciosa
sonreía la noche y se borraban
los adustos contornos de las cosas.

Sentíamos, ¿recuerdas?, un extraño
deseo de llorar, y una indecible
angustia, y un anhelo de infinito,
y una embriaguez de sueños imposibles.

Entonces en mi pecho reclinaste
la frente con levísimo desmayo,
y oyó mi corazón: "Voy a decirte
una verdad que nunca he confesado."

¡El secreto! ¡El secreto! Abrí los ojos
ansiosamente, con los labios trémulos
intenté sonreír, te así las manos
y esperé desmayar bajo el secreto.

Fué un instante no más; tuviste miedo,
miedo indecible de mi sed intensa;
dijiste con rubor: "¡Si es una broma!"
Y, entre risas, murió la confidencia.

Consejos del Médico

La depresión por el calor

Sin duda, en nuestro país, la estación cálida es la más hermosa; sin embargo, el organismo en esta época sufre la acción de la temperatura reinante: El apetito disminuye, las digestiones se hacen laboriosas y lentas, el espíritu se deprime, un desgano enorme apodérase de uno y el rendimiento intelectual y físico se reduce.

Agréguese a todo esto, la fácil descomposición de las substancias alimenticias y el abuso de líquidos casi siempre perjudiciales.

Para evitar estos inconvenientes, conviene alimentarse sencillamente y no recargar el estómago con comidas copiosas y pesadas, dando preferencia a las frutas y verduras frescas.

Complemento inmejorable en las épocas cálidas, es tomar por la mañana y por la noche, dos cucharaditas de Ovomaltina en una taza de leche caliente. Dado el gran poder nutritivo del producto, no solo mejora el estado depresivo, sino que contribuye a reparar las energías, sin necesidad de ingerir muchos alimentos.

Si se prefiere, puede tomarse la Ovomaltina con leche fría, pero habrá que batirla para que se disuelva bien.

Adquiérase en farmacias serias para evitar las imitaciones.

Dr. S. M. Tel

CONTRACT-BRIDGE

Por E. V. SHEPHARD



Hace pocos meses, respondiendo al clamor de los aficionados, se resolvió establecer una reglamentación oficial para el juego del "bridge".

Una comisión compuesta por los más destacados profesionales y comentaristas del juego fijó las bases de lo que podría denominarse "Método Oficial".

E. V. Shephard, llamado "el maestro de maestros", fué uno de los miembros de la citada comisión. Su autoridad en materia de "bridge" es grande, considerándosele uno de los "cuatro ases mundiales" del juego. Se asegura que ha educado y preparado mayor número de profesores que ningún otro jugador.

Shephard es, además, el más prestigioso divulgador del juego. En tal carácter ha escrito artículos de interés especialmente para "El Hogar".

INMEDIATA DECLARACION DE LA FUERZA COMPLETA

ASÍ como el declarante inicia el remate con una declaración de uno, dos o tres para que su compañero sepa qué fuerza de ayuda aseguraría game, el muerto debe tratar en su primera ayuda o cambio hacerle claro al declarante inicial si el límite seguro del remate será marcar parte del score, game o slam. La siguiente mano ilustra este punto:

NORTE
p. K-J-10-8-4
c. A-Q-3
t. 8-3
d. A-Q-J

OESTE
p. 9-2
c. 7-6-4-2
t. Q-J-10-6
d. K-10-8

ESTE
p. 7-5
c. K-J-10-9
t. K-7-4
d. 9-6-5-2

SUD
p. A-Q-6-3
c. 8-5
t. A-9-5-2
d. 7-4-3

Sud hizo una declaración inicial mínima de 1 pique, con 8 puntos (4 bazas probables).

Oeste y Este tenían entre los dos solamente 1 ½ bazas seguras; hicieron una en corazones cuando Sud hizo la finesse con la Q del muerto y una sola en tréboles. Pero este no es el punto en discusión.

El primer problema es considerar que debiera hacer Norte con su mano, en la cual contaba 16 puntos (8 bazas probables) de ayuda para la declaración de Sud.

Es bastante seguro contar las bazas hasta diez; pero pasando éstas, por lo general ocurre una duplicación de valores o mala combinación de cartas que hace que las bazas estimadas excedan a aquellas que se ganan en realidad. Norte sabía esto, de manera que no subió a su compañero hasta 6 piques, como lo indicaban sus 8 bazas probables; subió el contrato hasta 5 piques, expresando con ello lo siguiente: "Compañero, aún una declaración de fuerza mínima en su mano debiera darnos 5 piques, quizá 6. Si usted tiene una sola baza probable excedente de lo estipulado para una declaración inicial, declare 6 piques; pase, si ha declarado con valores mínimos." Por supuesto que Sud había hecho una declaración inicial muy débil y tuvo que pasar, pero si el rey de corazones hubiese estado en la mano de Oeste podría haber hecho petit-slam. Por otra parte, si Este hubiese tenido el rey de diamantes que faltaba, solamente podría haber hecho 4.

Es importante la regla de declarar inmediatamente toda la fuerza de ayuda. Si su compañero es tímido y usted, teniendo 5 bazas probables, sube su declaración inicial de 1 corazón en una sola baza, cuando él también tiene 5 probables, podrá perder game porque su compañero no sube el contrato nuevamente, impidiéndole a usted declarar 4 corazones. Pero si usted sube inmediatamente a su compañero a 3 corazones, con toda probabilidad que, aunque sea tímido, se aventurará a declarar game con sus 5 bazas propias.

ELIGIENDO ENTRE TRIUNFOS Y SIN TRIUNFOS

LAS modas cambian en la declaración como en los trajes. Hubo una época de declaración directa, cuando una declaración inicial de un palo indicaba una preferencia por jugar la mano en esa declaración. Unicamente que se tuviese un palo muy fuerte, era costumbre declarar sin triunfos con fuerza en tres palos, sin tomar en cuenta lo que pudiera tener el cuarto.

Luego vino una moda exagerada de declarar siempre un palo en preferencia a sin triunfos, únicamente en el caso que estuviesen defendidos los cuatro palos; por supuesto que la falta de un palo declarable requería la declaración de sin triunfos teniendo tres palos defendidos, aunque el cuarto no lo estuviese.

Un pequeño retroceso de la popularidad ahora decreta que se puede declarar sin triunfos aunque se tenga un palo declarable. Posiblemente un sistema no es un ápice

mejor que el otro, pero la costumbre decide lo que espera encontrar el jugador en la declaración inicial de su compañero.

PALOS DECLARABLES

SIEMPRE que la mano tenga por lo menos 5 bazas probables, incluyendo no menos de 2 ½ bazas seguras, los siguientes palos son considerados declarables:

A-10-X-X
K-Q-X-X
K-J-10-X
Q-X-X-X-X
J-10-X-X X
X-X-X-X-X-X

A veces puede justificar la declaración de cualquier palo de cinco cartas la gran fuerza en palos de tres cartas. ¿Quién no declararía 1 corazón con la mano siguiente?

MANO Nº 1

p. A-K-J
c. 8-6-5-3-2
t. 6-3
d. A-K-J

Por falta de palo declarable debe declararse sin triunfos en las dos manos siguientes:

MANO Nº 2	MANO Nº 3
p. A-Q-3	p. 10-7-6-4
c. K-J-4	c. J-8-5-4
t. K-9-7	t. A-K-9
d. 9-6-4-2	d. A-K

Teniendo un palo fallo, un semifallo bajo o un doble fallo bajo, se recomienda la declaración de un palo en preferencia a sin triunfos. Declare 1 pique con las siguientes manos:

MANO Nº 4	MANO Nº 5
p. Q-9-8-4-2	p. A-Q-7-4
c.	c. K-J-10-8
t. K-J-6-5	t. 3
d. A-K-7-3	d. K-10-9-6

MANO Nº 6

p. A-10-7-4
c. K-J-8-5
t. A-Q-6
d. 6-4

En la actualidad la manía de la "distribución" está muy en boga. Algunos de sus principios no son mejores que aquellos reemplazados... si tan buenos. Entre otras cosas, recomienda a los jugadores declarar sin triunfos en una división de palos 4-3-3-3, antes que declarar su único palo de 4 cartas, por ejemplo: declarar 1 sin triunfos con la mano Nº 7 aunque un palo esté completamente sin defensa.

MANO Nº 7

p. A-Q-10-6
c. 9-5-3
t. K-J-4
d. A-10-2

Por supuesto que dos palos declarables con un palo sin defensa prohiben la declaración de sin triunfos. Se debe declarar 1 corazón con la mano Nº 8.

MANO Nº 8

p. 6-4
c. K-Q-10-7
t. A-K-5-3
d. K-9-6

La verdad sobre la Dama de las Camelias

(Continuación de la pág. 10)

lo cual significaba una patente de buen tono.

Casi analfabeta, apenas si sabía poner el nombre, pero poco importaba el detalle, ante su magnificencia y buen gusto en el vestir.

Debe hacérsele esta justicia: tuvo la preocupación de educarse, y lo consiguió en parte.

¿Fué, acaso, durante sus relaciones con Musset? El punto permanece tan obscuro como la verdad misma sobre esa relación con el delicado poeta.

No pudo olvidar jamás el rincón normando donde pasó su miserable infancia, y de vez en cuando solía visitarlo con el propósito acaso de asombrar con sus brillantes y sus lujosas "toilettes" a los mismos que la vieron partir miserable y cubierta de harapos.

María du Plessis, entra en la vida de Eduardo Perregaux, quien más tarde le da su nombre.

La deja el día en que se ve arruinado, pero como aspira ella profundamente al título de condesa, se lo promete para más adelante.

Ya comienzan a manifestarse en la joven los terribles síntomas pulmonares y corre a Bagnères para seguir un régimen curativo. Encuentra allí al conde Strakelbey, poderoso octogenario, tan rico como generoso.

Inicia en tal época la cortesana su mayor período de esplendor: deslumbra con sus valiosas joyas, costosos trajes; servidumbre principesca y un tren de vida que pasma a los contemporáneos. Un delirio de derroche parece impulsarla en fantástica carrera, sin que pueda anotarse en su favor el menor gesto de generosidad, la mínima inclinación a un acto cualquiera de caridad. Arrojaba el dinero a montones, en alhajas, en flores, en fiestas fastuosas, en vestirse y adornarse.

En su vida — concluye Suzanne Normand — no hay ni bondad ni amor. El idilio de Dumas no fué otra cosa que un capricho. No hay preocupación de arte, pues María du Plessis no se destaca por ningún talento particular. No canta, ni toca música, ni baila.

Se limita a ser hermosa y a financiar debidamente su belleza. Es el prototipo de la mujer galante.

Después de cortar relaciones con Dumas hijo, vuelve a sentir su ambición de nobleza y se casa en Londres con Perregaux, pobre pero con el deseado título. Siéntese feliz de poder sellar con una corona condal su carruaje, su platería y sus artículos domésticos. Pero la tuberculosis continúa su obra destructora, mientras la ruina amenaza también a la pródiga. Los antiguos amigos la abandonan, y únicamente llegan a su puerta constante e invariablemente sus múltiples acreedores.

Para aturdirse, se sumerge más en el vicio, lo que precipita el inevitable fin.

Muere a los veintitrés años, pobre y abandonada por todos, ella, cuya sonrisa se disputaban los grandes y cuyo paso hacía palidecer de envidia a tantas mujeres.

Se le atribuyen estas palabras en su lecho de muerte: "¡Qué hubiera sido de mí si los hubiera amado!"

Amarga reflexión la de esta moribunda, cuya vida de mariposa despierta aún muchas simpatías y llena de emoción a tantos corazones románticos que lloran el triste destino de la Dama de las Camelias.

Mi querido, señor...

(Continuación de la pág. 5)

sus labios. Estaba enfadada, pero era imposible estarlo mucho. El joven estaba sinceramente indignado, y no parecía darse cuenta de lo absurdo de esa indignación. Fuera de toda lógica, María reconoció que era terriblemente simpático...

—¡Espantoso! —dijo con afabilidad, poniendo la carta a un lado.

—Debe usted saber —informó severamente Barry Benedick, —que estoy escribiendo un "Manual para el uso del inglés", y dirijo "¿Qué errores contiene esta carta?", sección que me ha encargado un gran sindicato de diarios.

Notando la perplejidad que se marcaba entre sus cejas, él explicó:

—Habrá usted visto en algún diario o revista "¿Qué errores contiene este dibujo"? La bandera enarbolada en el tejado vuela hacia un lado, y el humo que sale de la chimenea hacia otro. Pues algo por el estilo. Bien; mi sección consiste en una carta diaria que contiene los errores comunes de puntuación, gramática y retórica... ¿Es interesante, verdad? Además me ofrezco a evacuar todas las consultas de los lectores referentes al uso correcto del inglés. Es para este trabajo que necesito una secretaria.

—Interesantísimo —exclamó María. y sus ojos azules no podían disimular la sorpresa que todo eso le causaba.

—¿Verdad?... —preguntó Barry con infantil vehemencia. —¿Podría usted contestar esas cartas por mí?

En seguida le puso dos o tres ejemplos que María resolvió satisfactoriamente, a juzgar por el entusiasmo que demostró el joven filólogo.

—Creo que usted es la secretaria ideal para mí—dijo—pero hay, justamente una cosa.

—¿Sí?...

—Necesito alguien permanente. Alguien a quien su vida social y doméstica no llegue a interponerse al trabajo. Mi última secretaria —y siento decirlo —consideraba su empleo como un paréntesis antes del matrimonio. Distraía diez minutos de cada hora en componerse la cara, por temor a que su novio la sorprendiese con la nariz brillante. Un día él entró a la oficina, y desde entonces ella dedicaba una hora diaria en hablarle por teléfono. Cuando no lo hacía, permanecía sentada, absorta, y con tan poca inteligencia en su cara como debe tener un reloj cuando se para. Sentía deseos de sacudirla para hacerla reaccionar. Espero, pues, que no sea usted de esa clase de mujeres fáciles de enamorarse...

—¡Ah, no! —aseguró María gentilmente. —Me curé de ese mal, como de las paperas, hace mucho tiempo. Soy una esposa feliz y permanente...

—Mi última secretaria —observó él sobriamente, —me abandonó precisamente el día en que yo firmaba mi contrato con ese sindicato a que me he referido.

—Fué una desconsideración por parte de ella...

—Así lo pensé. Después de todo, el trabajo es más importante que la novela. ¿No piensa usted lo mismo?

María lo miró con desfachatez en la cara, y dijo:

—Estoy segura que usted considera así su trabajo.

—Es usted entonces la joven de mis sueños —declaró él con entusiasmo.—La perfecta secretaria. Con su ayuda haré de mi sección "¿Qué errores contiene esta carta?" una maravilla. Y haré de mi "Manual para el uso del inglés" un precioso libro de consulta para el escolar y para el hogar. ¡Hurra!

Cuando María se dirigía hacia su casa, una extraña música, perceptible sólo para ella, sonaba en sus oídos. No era porque al fin había conseguido un empleo, no porque su nuevo patrón le había ofrecido doble del sueldo del esperado. No; era otra cosa... Algo que hacía vibrar de extraña manera su alma y su cuerpo.

Estaba aún enfadada con Barry Benedick por su pedantería y por el desprecio con que trató su carta. Pero a pesar de estar enojada con él, reconoció que le gustaba.

—Creo —dijo, suspirando, —que me estoy enamorando de ese hombre.

E inmediatamente a esta idea sucedió cierto pánico. Porque ella sabía que bajo falsas apariencias había conseguido un empleo para el cual carecía de condiciones. Estaba segura de que a Barry Benedick le absorbía demasiado su trabajo para que ella pudiera interesarle en otra forma que como una mera secretaria. Y además ella había declarado ser una esposa permanente y feliz...

Su primera semana de trabajo fué una experiencia dura y ansiosa. A cada instante creía cometer el error que la arrastrara a la desgracia. Y luchó desesperadamente para que ello no ocurriese.

Como descubriera que las notas de Barry para su "Manual" estaban en un gran desorden, lo persuadió para que la dejase arreglarlas, y luego pasar a máquina los capítulos ya terminados.

Aprendió así cosas que antes ignoraba por completo. Supo qué era un neologismo y la diferencia entre un gerundio y un falso participio. Pero cuando su patrón la puso a la tarea de contestar las cartas de sus numerosos consultores, vióse obligada a inventar toda clase de ardides y astucias para disimular su ignorancia. Pero ella notó que Barry era un hombre fácil de ser llevado. Su intolerancia se reducía a los errores gramaticales.

María hacía prodigios para conservar su empleo, pero sentía que la espada de Damocles estaba siempre pendiente sobre su cabeza.

El aspecto más desconsolador del asunto era que Barry Benedick no demostraba el menor interés personal por ella. Ni aun cuando por primera vez se quitó el sombrero en su presencia, y sus rebeldes bucles rojos se escaparon triunfalmente de la prisión en que se hallaban, él pareció no advertirlo. Ni más ni menos que si hubiese quitado la tapa a la máquina de escribir.

Con la vaga esperanza de que fuera susceptible a las pequeñas atenciones femeninas, ella trajo un día flores a la oficina. Eran preciosas, y cualquier tonto lo hubiese notado, pero él sólo se dió cuenta dos días después, y esto para preguntar indiferentemente:

—¿Quién puso esas cosas allí?

María pensó que si deseaba hacer algún progreso debía dedicar más atención a su "toilette", y así gastó la mitad de su sueldo de la semana en comprar un nuevo sombrero.

—Llegué un poco retrasada esta mañana —dijo ella temiendo que Barry no se diese cuenta de su compra —pero vi el sombrero más ideal en una vidriera y...

Fué entonces que su patrón la llamó por primera vez: "Mi querida joven..." Había algo muy tierno y protector en su voz, y María sintió que la sangre subía a su cara y que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Mi querida joven —dijo. —Un sombrero ideal es el que no puede superarse. El "más" que usted agrega no tiene sentido...

—Bien, pero de todas maneras —

ella insistió—creo que es único. ¿No cree usted lo mismo?...

—Mi querida joven... No hay grados para lo que es ideal o único. Por favor haga una nota referente a esas dos expresiones y titúlela "Coloquialismos prohibidos".

Y esto fué todo lo que logró con su nuevo sombrero.

Estaba furiosa, pero cuando más tarde volvióse afable hacia ella para informarla de que había sido invitado por una sociedad filológica para dar una conferencia, todo su enojo desapareció. Después de todo su criticismo era tan impersonal como todo lo que a él se refería. En cierta manera le gustaba el entusiasmo absorbente de Barry, que le hacía olvidar todo menos su trabajo.

Cuando le hablaba en esa forma, ella se sorprendía al encontrar que le prestaba más atención a él que a sus palabras; a su cara perfectamente afeitada, a sus cabellos negros y alisados y al característico perfume, mezcla de tabaco y Agua de Colonia, que emanaba su persona.

—Eres tan irremediablemente buen mozo, querido—pensaba María mientras su lápiz continuaba marcando signos en el anotador.—Positivamente es criminal. Y tú no tienes la más mínima idea de ello. Estoy segura de que recibiste tantos besos cuando eras chico, que no has permitido que ninguna mujer te bese desde entonces ni has sido capaz de aguantar a ninguna que no hablase como un libro...

Era inútil, pues, tratar de conmoverlo... Inútil, ciertamente, y mucho más para una mujer casada, ya que él era más recto que un signo de admiración...

Ya que la "joven de sus sueños" no era más que una perfecta secretaria, María resolvió, con pena, resignarse a su destino y tratar de ser sólo eso.

María tuvo una o dos iniciativas que contaron con la aprobación de Barry y que redundaron en su beneficio.

Aumentó su sueldo, como no podía menos de hacer, pero continuó tan impersonal como antes, demostró aceptar su colaboración con tan poco espíritu de camaradería, que ella tuvo el deseo de arrojarle el dinero a la cara.

Sin embargo, logró contenerse, y siguió en su papel de perfecta secretaria.

Un día le propuso ofrecer sus servicios a una "broadcasting". Sus "charlas" sobre el inglés perfecto serían muy útiles, ya que ellas permitirían señalar defectos de pronunciación, muy difícil de hacer en los diarios.

—Mi querida joven — protestó Barry casi indignado. — Yo soy un filólogo y no un entretenimiento público...

—Pero piense qué inmenso auditorio tendría... y qué misión tan noble la suya...

María fué la encargada de ponerse de acuerdo con una "broadcasting" para las audiciones. Barry demostró poseer una voz muy apropiada y sus "charlas" tuvieron un gran éxito, porque las salpicaba con cierto buen humor que atraía mucho a los oyentes. Eran ágiles, sencillas, y no había en ellas ni asomo de superioridad o de pedantería...

—Nada—observaba María,—pero la voz del hombre demuestra su encanto...

Y sacudiendo sus rizos se preparaba a contestar los cientos de cartas que cientos de mujeres, ávidas de cultura, dirigían a Barry porque habían sido cautivadas por el encanto de esa voz...

Ella sacudía ahora muy a menudo su cabeza. Es que Barry la hacía enojar por lo menos doce veces al día con su continuo "mi querida joven..." y con negarse a firmar toda carta que tuviese el más mínimo error...

En cierta forma era feliz: sentía haberse hecho necesaria al hombre que amaba. Ella contestaba toda su correspondencia, y se requería que la consulta fuera muy difícil para que el primitivo signo de perplejidad se marcase entre las pestañas de María.

Tenía para él atenciones exquisitas y suplía con habilidad y discreción todos los olvidos y descuidos de ese hombre tan ocupado. María estaba segura que él jamás podría prescindir de ella.

—Señora Joyce: debo decirle algo que me sería muy difícil expresar...

María lo vió parado frente a ella y preocupado como nunca lo viera antes. Por un instante su respiración se cortó y la esperanza llenó su corazón. Pero las subsiguientes palabras de Barry la hicieron reaccionar de inmediato.

—No voy a necesitar sus servicios en lo sucesivo...

—¿Quiere usted decir...—su voz era opaca,—quiere usted decir... que estoy despedida?...

La cara de Barry enrojeció. Dejó las pruebas que había estado corrigiendo sobre el escritorio y, nerviosamente, pasó los dedos por entre sus alisados cabellos.

—Querida señora Joyce: créame que lo siento mucho. Debe usted creerme cuando le digo que no soy insensible a todo lo que usted ha hecho por mí... Le daré un mes de sueldo extra por...

—Pero, ¿por qué?... — preguntó María.—¿Qué he hecho?...

Él constituía en ese momento la exacta reproducción del embarazo. Sus dedos jugaban nerviosamente con el dije que pendía de la cadena de su reloj; su mirada erraba desde los rizos de María hasta el anillo que ella tenía en el segundo dedo de su mano izquierda.

—Por favor, no haga esta entrevista más penosa de lo que es ya para mí—rogó Barry.—Le he dicho que siento muchísimo tener que dejarla ir...

—Y entonces, ¿por qué?... — preguntó María casi con desesperación...

—Mi querida señora... No puedo decirle por qué debo privarme de sus servicios... Pero estoy obligado a hacerlo... Esto es todo lo que puedo decir... Le ruego me pase a máquina esa carta que le di después del almuerzo... Luego le daré un cheque y usted se irá...

María enrojeció de cólera. Sus ojos brillaban como dos carbones encendidos, y sus sienes parecía que iban a estallar. De pronto reaccionó, y sin mirar siquiera a Barry, fué a sentarse frente a la máquina de escribir. Puso en ella un papel e hizo girar varias veces inútilmente el rodillo. Sus dedos golpeaban furiosamente las teclas. Eso parecía aliviarla. A esas letras confiaba todos sus resentimientos, todos los agravios acumulados en los últimos meses.

Transcurridos algunos minutos, su enojo disminuyó, y el sonido de las teclas, al principio desafiante, fué adquiriendo un ritmo más pausado y regular. Su mirada, velada por las lágrimas, vagaba distraída por los renglones escritos en el papel.

"Mi querido señor: Yo no soy su QUERIDA señora. Si usted me llama otra vez así GRI)taré... Yo no soy tampoco su querida SEÑORA SEYMOUR, yo no soy su querida NIDA... WQAJS'&%M?... Sí, señor; si usted no hubiese sido tan tonto para negarse a emplear una soltera, yo no me habría visto en la necesidad de mentirle. Mi querido señor: usted no sirve siquiera para comer cuando tiene hambre... Pienso que tiene tinta en lugar de sangre en las venas... Usted será un filólogo, será el Sherlock Holmes de la gramática, pero para mí usted no vale nada... QWE&(O/%$... Señor y señora Barry Benedick... María Joyce Benedick... Barry y María Joyce... Querido Barry... Barry adorado..."

Al llegar a este punto, la composición estrafalaria de María fué interrumpida por un llamado telefónico. Miró a hurtadillas a Barry y cruzó la oficina para ir a atender el teléfono.

—Un club de automóviles desea saber—informó María con cierta acritud—si debe decirse "Vaya despacio" o "Dirija despacio"...

—Un punto muy interesante... Contésteles que mañana informaré por el diario.

María volvió a tomar el tubo del teléfono y empleó algunos instantes en hacer comprender a su interlocutor que estas cuestiones no podían resolverse sin previos estudios, y que al día siguiente tendría una respuesta.

Regresó a la oficina, y sintió que le decían:

—Señorita Seymour...

Se sobresaltó... Barry Benedick estaba parado frente a ella. Parecía estar loco. Tenía en sus manos, que temblaban, una hoja de papel... María se irguió con dignidad y fiereza.

—¡Oh! ¿Usted no se habrá atrevido?...

Pero ella estaba ya segura que él había leído todo el contenido incoherente de ese papel en que había volcado su indignación y su pena.

—¡Usted no tenía el derecho de leerlo!... — gritó tratando de alcanzar la carta.—No estaba dirigido a usted...

—Estoy seguro que me estaba dedicado...

De pronto la tomó entre sus brazos y la besó ruidosamente en los labios.

—¡Querida pelirroja! ¿Por qué creías que te despedí?... Era que te amaba locamente, y como te creía casada no podía soportarte un día más en la oficina...

Ella, en tanto, luchaba para recuperar su carta.

—No—dijo Barry—no la tendrás... ¡Es la carta más perfecta, la carta más ideal que se ha escrito jamás!...

Ella lo miró, pero en su mirada había malicia y reproche...

—Barry Benedick—dijo,—positivamente usted ha descuidado mucho los superlativos.

Las fiestas de fin de año



Una de las mesas juveniles en el Club de Flores, durante le cena de fin de año, que constituyó una fiesta de lucidas proporciones.



La mesa de honor del Club de Flores, presidida por el contraalmirante Ricardo Hermelo, que ha adornado su cabeza con su pintoresco gorro de dormir.



Algunos de los concurrentes al Club Devoto, donde se realizó una interesante reunión social para despedir el año.



El ingeniero Julio Dacharry y señora, con algunos invitados, en la cena de fin de año a bordo del "Atlantic".



Otro núcleo de concurrentes a la fiesta que con fines de caridad se llevó a cabo a bordo del "Atlantic" en la noche del 31 de diciembre.

...TOS DE PADILLA

Carta abierta

SEÑOR Tirso Lorenzo: He leído su artículo sobre la Academia Argentina de Letras; lo he leído dos veces, tres veces, cuatro veces..., y, ¡ay de mí!, no he logrado entenderlo a usted, porque como al "criollismo" le llama usted "partícula de dicción"... (¡partícula de dicción!), y se duele usted de injusticias que nadie comete, y dice usted cositas mayores de edad como si fueran recién nacidas, y a veces párrafo a párrafo se contradice, o lo parece, resulta que yo, acostumbrada a leerle tan bueno y seriecito en sus siempre interesantes artículos, me hallo ante un galimatías del cual no sé a qué echar culpas. ¿Será el pan dulce de fin de año?

— Atrabancado estáis, Tirso amigo, — diríale Don Quijote.

Y para que mi natural entusiasmo al batirme por una causa justa, no me arrolle a mí también a una cascada de palabras sin sentido claro y preciso, vamos a ir por partes. ¿Me lo permite usted? Muchas gracias.

Ante todo, esa tentativa de chiste "municipal" del primer párrafo no me ha hecho reír ni haciéndome cosquillas..., y yo, de puro prudente, le pediría no insistir en inspirar a la Academia cobrar multa a los infractores del lenguaje, porque si lo tomara en serio... ¡Ay, señor Tirso!..., vamos a tener que pagar mucho... y en estos tiempos... francamente...

Dice usted: "La Academia comete la injusticia de desconocer que en la prensa argentina se cuida generalmente el estilo..." Pero, ¡qué susceptible está usted!... ¿Cómo anda su hígado, señor Tirso? La Academia no comete injusticia en nadie, no tiene espíritu combativo, no tiene prevención contra nada, es usted, son otros, quienes por puro espíritu de aldea combaten aquello que muchas veces no entienden, otras veces ignoran y muchas más, está, a fin de cuentas, muy de acuerdo a sus más íntimas convicciones. Su queja, su protesta o su defensa, es prevención, nada más que prevención contra cosas y acaso contra personas que sólo merecen apoyo, cariño y respeto. Es una susceptibilidad de sangre rápida, de patriotismo casero y estrecho, que recela de lo propio grande y bueno, y se ensoberbece con lo adquirido trivial y deleznable. ¡Solamente entre nosotros ocurre esto!

Y sigue usted: "La Academia comete la injusticia también de olvidar que es la prensa nacional la que con mayor eficacia mantiene en América la integridad y pureza del idioma contra todos los peligros que lo acechan, y que es precisamente en las popularizadas columnas de crítica enjundiosa de algunas revistas nacionales donde algunos de los académicos actuales han aprendido a enmendar y purificar su estilo." ¡Pero, señor Tirso, pone usted a la prensa como modelo sin mácula y no es así! Muy natural por otra parte que ella cuide el idioma, pero con todo, nuestro infatigable Pescatore, pesca abundantemente en la prensa más seria del país: "La Prensa" (hoy mismo este diario usa *nimio* como sinónimo de pequeño, insignificante), "La Nación" "El Mundo", "La Razón". ¿Y cuáles son los actuales académicos que han aprendido a purificar su estilo en las revistas?, ¿Y cuáles revistas son las que tienen una tribuna de crítica realmente enjundiosa? EL HOGAR, y después no me nombra usted ni una. Y si somos muchos en reconocer erudito al crítico de EL HOGAR, convengamos en que una golondrina no hace verano, Pescatore di Perle, hay uno solo, y porque sea de ustedes la singular ventura de tenerle en casa, y porque EL HOGAR haya sido verdadero hogar para muchas actuales autoridades literarias, ¿da usted a toda la prensa cédula de perfecta y título de maestra de académicos?

A pesar de esto, muy mal haría la prensa en considerarse víctima de una injusticia, cuando la Academia no la olvida, por el contrario, se dirige a ella encareciéndole ayuda y colaboración en la eliminación de errores y vicios. Cuando se encarece la colaboración de alguien para algo, es porque consideramos al "alguien" capaz de ese "algo", ¿no es así?

Ahora pasemos a los "criollismos". Usted los cree amenazados, quiere defenderlos y dice en un párrafo "el criollismo enriquece de color local nuestro decir corriente, la buena literatura sabe emplearlo con justeza", en verdad, aquí los defiende; en otro dice: "El cosmopolitismo imponiendo una confusión de voces determina en América el temido peligro que amenaza invadir los dominios del lenguaje culto. Pero tal peligro que emana de los vicios de dicción local (criollismos) no va entre nosotros más allá de la amenaza enunciada", aquí reconoce al "criollismo" como peligro aunque lo deja en edad de amenaza; luego dice: "el criollismo no entraña en sí con tal carácter mayor peligro ni mayor daño", aquí vuelve a hacer innocuo al criollismo... A este paso los criollismos van a tener que refugiarse en la Academia para salvarse de su amor de usted, un tanto brusco y desconcertante, como el de esas niñas que de tanto querer a los "bebes" los muerden y los estropean. No, señor Tirso, la Academia no amenaza, no desdeña, *no le tira a matar* al criollismo, no, no, y no, entiéndalo bien, entiéndanlo todos, la Academia y los académicos saben que el criollismo no es un mal cuando por criollismo se entiende lo que debe ser, vale decir, el término creado por el pueblo para nombrar algo que no tiene la nación de origen, o que expresa una idea o un sentimiento en forma pintoresca y nueva. La Real Academia Española siempre ha solicitado y ha incorporado a su diccionario cientos de criollismos de otros tantos lugares. Los más grandes hablistas han creído siempre que es necesario refrescar la lengua en las corrientes populares, incorporando de ahí vocablos que enriquecen y coloran el idioma. "Pero lo que en nosotros triunfa — dice Calixto Oyuela — es la manía del neologismo sin ton ni son. *No hay por qué rechazar, en homenaje a un purismo meticuloso, las palabras nuevas necesarias o útiles*, con tal que observen en su formación, composición o derivación, las leyes y hábitos del idioma... Pero, ¿qué ventajas reportan palabras superfluas y mal conformadas como: solucionar, por resolver; desapercibido, por inadvertido; rol, por papel; enceguecer, por cegar; prender, por encender; munirse, por proveerse; dicernir, por otorgar; revisación por revisión; apurar, por apresurarse; transar, por transigir, y tantas otras que, en abigarrado montón ruedan sin tregua por las columnas de nuestros periódicos, por las páginas de nuestros libros y por los discursos de nuestros oradores?"

En todas partes hay jerga; eso no hace daño al idioma, pero aquí no existe el pueblo depositario del lenguaje como en España o Francia. Aquí no tenemos el pueblo que Pereda y Galdós han aprovechado en sus obras, aquí no hay corrientes populares definidas, aquí tenemos el "cocoliche", y por eso se impone hacer con más cuidado la selección de los meneados "criollismos".

Sabio me parece oponer al peligro por pequeño que sea, un dique a tiempo. ¿No vale más prevenir que remediar? Nadie niega que hablamos castellano, pero si se notan defectos que pueden degenerar en bastardías, la vigilancia, o más vigilancia para evitar la catástrofe, no está ni estará de más. ¿Acaso se suprime la policía de un pueblo porque en ese pueblo no haya ladrones?

Y para demostrar a usted, señor Tirso, que a fin de cuentas, está usted muy de acuerdo con la Academia Argentina de Letras, le ruego lea "El espíritu nacional en la lengua y en la literatura", pág. 165 de los Anales de la Academia de Filosofía y Letras de que es autor Calixto Oyuela. Por él sabrá usted, que el presidente de la Academia Argentina de Letras es un criollo de cuerpo entero, enemigo como el que más, del purismo monótono seco y estéril; que no aspira a la petrificación del idioma, sino que defiende la expresión natural y fácil del pensamiento viendo más peligro en el escritor inhábil, que en la espontánea corriente popular, en donde no niega ni negó nunca, se rejuvenece constantemente el idioma.

Son conceptos vertidos hace más de veinte años, siempre nuevos por su valor y justeza, repetidos en diversas ocasiones, siempre en bien de este hermoso castellano que nos gloriamos de hablar, y en favor del estudio de su gramática, sin apoyo de la cual, todo edificio literario se mueve y al fin cae, "sin necesidad de empujarlo".

¿Por qué no creer que la Academia esté animada por el mismo espíritu?

Diciembre 28 de 1931.

FELICIDAD JURADO.

Exposición del "Camuatí"

Por

PILAR DE LUSARRETA

LA asociación de artistas "Camuatí" acaba de organizar una exposición de pintura abierta al público en dos salas de la Casa Clayton. Está compuesta de unas cincuenta obras, de artistas casi todos ellos conocidos de nuestro público. Siguiendo la nomenclatura del catálogo comenzaré por el envío de Gaspar Besares Soraire, consistente en dos obras, una al temple y otra al óleo. Ambas escenas de baile, ambas, con la característica de colorido brillante y espíritu humorístico que caracterizan el arte folklórico de Besares, lo bastante personal para neutralizar con su estilo las objeciones de perspectiva y dibujo que podrían oponérsele. Horacio Betbeze tiene un paisaje al óleo titulado "Misterio", Roberto Cascarini dos paisajes de Tandil un poco triviales como concepción, puramente visuales, armónicos de color aunque en conjunto débiles de factura. Miguel Castillo Saavedra tiene un cuadro de figura y una naturaleza muerta. Carentes del sentido del color, sus obras resultan de una lamentable pobreza de tonos, diluídos en grises barrosos y sin transparencia, que no logran las sugestiones que ese procedimiento otorga a Victorica y dió a Carriere. Logra dar transparencia a los cristales. La composición es pretensiosa. Cerutti Rassat tiene una naturaleza muerta, acuarela. Costa Cambiaso otro cuadro de este mismo género.

E. G. de Curuchet no manda obras inéditas; creo haber visto hace poco sus dos obras, un poco rebuscadas, un poco recargadas y no siempre felices en la composición y entonación, realizadas, sin embargo, con una minuciosa conciencia de lo que es la pintura. Me complazco en señalar, como trozo bien logrado, el jarrón chino de una de ellas. Víctor A. Cincione tiene dos paisajes urbanos.

Isaías J. Cotone, dos pequeños óleos; es de alabar su perspectiva. De proporciones reducidas y baja coloración, la monocopia de Lola Chevalier; Eduardo C. Chechi tiene un pequeño cuadro, "Caléndulas", seco en el sentido espiritual. Ni el color ni el motivo parecen haber asido debidamente al ejecutante; es un cuadro frío y pesado; no obstante lo reducido de sus dimensiones, le falta ambiente y luz. Elisa Dufour, vuelve a presentarse con un paisaje a la acuarela. Está la obra manchada a la ligera, pero premeditadamente manchada así; no hay la espontaneidad de un trabajo ligero como quiere ser el paisaje: hay que prevenir a la señorita Dufour contra el amaneramiento a que induce la repetición de un acierto. Luis de León está representado por un "Rincón colonial", obra interesante. Serviliano Goller envía paisajes suburbanos.

En nada desmiente la acuarela de Lola de Lusarreta "Caquis y paltas" las cualidades de frescura, limpieza y colorido vibrante que caracterizan a su autora. Son de alabar las sombras de este cuadro y la soltura con que trata una cortina plegada, al fondo del mismo. Su "Dibujo", obra apacible, de minuciosa y sobria factura, tiene cierta influencia moderna indefinible o que al menos no puedo fijar con precisión.

Horacio Martínez Ferrer tiene un paisaje cordobés y una naturaleza muerta.

"Flores" y "Barcas" se titulan las obras de Juan Maffioli, esta última agradablemente entonada.

Eugenio Menghi, paisajista convencional, sigue sin desviarse realizando según su concepto artístico.

Un concepto especial es el que prima en la manera que el Pilgrin trata la acuarela, en leves pinceladas azulinas y grises sin consistencia pictórica ni artística definida ni personal.

Afortunadamente nos hallamos ahora frente a un robusto pintor de paisajes, Pascual Ayllón, cuya monocopia tiene una gracia especial. Pascual Ayllón logra, pese a sus entonaciones bajas y un poco mezcladas, dar un especial atractivo a sus obras, atractivo consistente, sin duda, a que el misterioso don, la "divina" revelación del sentimiento no le es desconocida.

Ninguno de los dos cuadros con que Adán Pedemonte figura en la exposición que me ocupa añaden nada a sus cualidades. Más ásperamente obscuro que otro alguno, entonado en dorados sin brillo es su "Flores de ceibo", obra de composición penosa y buscada y en que la falta de ambiente hace rotundos los contornos.

"Flores al pastel" y "Bodegón" se titulan los cuadros de Juan E. Picabea. Ni uno ni otro marcan evolución espiritual ni pictórica en su autor. Hay cierto estaticismo en las flores. Pese a su defectos, prefiero, por el conjunto, la naturaleza muerta. Es, sin embargo, un cuadro en que no se han resuelto las dificultades acaso por falta de decisión para encararlas. De frescura grata y sincera espontaneidad están saturados los dos dibujos a pluma de Enrique Policastro.

Notable por el parecido, "La cabeza de Besares Soraire" ejecutada al pastel por Antonio Grahan Rivas; adolece de cierta rotundidad de contornos y le falta una pizca de atmósfera para completarse.

Bas Scarfielo, Palmira Scraposi, Roberto Rossi y otros conocidos pintores exponen también en "Camuatí".

Las hermanas Leonor y Sotera Terry tienen en la exposición que me ocupa cuatro interesantes obras, algunas de ellas ya expuestas en otra ocasión. Son dignas de mencionarse las tituladas "La enana Chepa" y "Reflejos".

Del tiempo viejo

Tradiciones Ecuatorianas

Por VIATOR



Templo de la Merced, en Guayaquil.

CUANDO antaño en Guayaquil un joven de prendas recomendables se empeñaba en casarse a despecho de la vocación religiosa de la niña, que sólo aceptaba el matrimonio por complacer a sus padres, había siempre alguno que aconsejara al ciego enamorado:

— Mire, amigo, que si la muchacha tira al convento, es mejor que usted desista de sus propósitos; así saldrán los dos favorecidos. No se exponga *a que le suceda lo que al pobre Quintanilla.*

Era don Alfonso de Quintanilla un honrado vecino del Callao, que hacía el comercio entre ese puerto y Lima. Su vida deslizábase tranquila, y aunque no acumulara gran fortuna, tenía sus buenos pesitos honestamente ahorrados.

Quintanilla era solo en el mundo, y aburrido de su aislamiento, resolvió un día buscar mujer, proyecto aparentemente sencillo, pero grave para el buen hombre, teniendo en cuenta sus pretensiones, puesto que debía su compañera ser de buena cuna, honrada, trabajadora y creyente como él.

Varias veces se imaginó encontrarla, fracasando en su empeño, hasta que ya desalentado vió una dama, que todas las mañanas pasaba por su puerta hacia la vecina iglesia, siempre sencilla y recatada. Siguióla hasta descubrir dónde vivía, y pudo acercarse sin dar a conocer sus propósitos.

Habitaba la niña en los suburbios, reducida a una pobreza extrema, con su madre que trabajaba para atender al sustento de ambas. Llamábase Antonia Lucía Maldonado y Verdugo, guayaquileña, cuyo padre murió defendiendo a la ciudad contra los corsarios holandeses, y no aviniéndose la viuda a vivir de la caridad pública, en una población en que había tenido cierta posición social, se trasladó al Callao para ocultar su miseria.

La señora se dió cuenta de las pretensiones del nuevo amigo y vió con alegría asegurado el porvenir de su hija, de modo que apenas insinuó el galán su pedido, fué aceptado sin consultar a la muchacha, que sólo supo de lo que se trataba al comunicarle que estaba comprometida con el caballero visitante.

Antonia, bajando los ojos, contestó que aceptaba la resolución materna como hija sumisa, aunque más le hubiera agradado profesar en un convento.

— Nuestra casa olerá a convento, Antonia — prometió Quintanilla.

La boda se efectuó sin ostentación, y del templo se trasladaron al nuevo domicilio, la madre, Antonia y su marido, acompañados de unos cuantos amigos. Una vez retirados los de fuera, no sin desear antes mil felicidades a los cónyuges, quienes después de dejar instalada en su alcoba a la señora, se dirigieron a la sencilla cámara nupcial.

Al pretender acercarse a la bella Antonia, para decirle palabras de amor, se sintió Quintanilla invadido repentinamente por un copioso sudor frío, se paralizaron sus labios, y cayó desplomado sobre la cama presa de un violento acceso de fiebre.

. . . .

YA entrada la mañana recobró el conocimiento y se sintió tan sano y tan bueno como de costumbre, quedándose atónito al ver que su esposa había pasado la noche arrodillada a sus pies, sin quitarse el traje nupcial.

— ¿Qué ha tenido, señor Quintanilla?

— ¡Dios lo sabe, señora!, pero me parece haber estado muerto. — Y, como si temiera que por momentos se repitiese el singular fenómeno, tomó el sombrero y abandonó precipitadamente la habitación.

Detrás del mostrador de su tienda pasó Quintanilla todo el día siguiente atendiendo a sus asuntos comerciales, sin volver a casa sino para tomar un frugal almuerzo, preocupado por el extraño suceso de la víspera.

— Lo que he tenido debe haber sido algo muy grave — cavilaba. — ¿Cómo es que Antonia no llamó al médico, ni a persona alguna, en su auxilio? ¿Por qué no ha hablado a nadie del asunto?

Llegó nuevamente la hora del reposo y, con desgano, Quintanilla invitó a su compañera a retirarse, poseído de miedo y desconfianza. ¡Justo presentimiento! Al correr el cerrojo sintió la misma sensación anterior; quiso pedir socorro, pero la lengua estaba paralizada, perdió el conocimiento y fué a caer sobre un sofá.

La mañana le trajo de nuevo el bienestar. Dos noches más se repitió el extraño suceso, hasta que en la quinta tuvo una inspiración salvadora: *Puso un santo cristo sobre la almohada, diciendo a su mujer: "Aquí tienes a tu verdadero esposo"* y... no volvieron a repetirse los ataques.

La vida de la guayaquileña Antonia Lucía del Espíritu Santo, fundadora del monasterio de Nazarenas de Lima, a que se refiere esta crónica, fué escrita por su íntima amiga y sucesora, sor Josefa de la Providencia, en 1793.

Se asegura que sor Antonia se conservó del todo ajena al matrimonio, y que su esposo, convencido de que tal era la voluntad del Señor, manifestó su propósito de entrar en el convento de los Descalzos de San Francisco, para que Antonia pudiese recogerse en otro monasterio, pero Quintanilla no pudo realizar su pensamiento porque lo sorprendió la muerte.

Entonces la joven se entregó con toda libertad a la fundación de un claustro de estricta observancia, que fué con el tiempo el famoso de Nazarenas de Lima, donde reposan sus restos, tenidos en gran veneración.

. . . .



Vista panorámica de Guayaquil, antes del incendio que la destruyó en 1865.

EN 1846 llegó a Guayaquil en un velero procedente del Sur, un joven francés, que frisaba en los treinta y cinco años. Su gallarda figura y sus maneras distinguidas le abrieron muy pronto camino en la mejor sociedad. Era señaladamente atrayente cuando describía [illegible] hombres que había visto y la grandiosidad de los monumentos que viera en diversos países. En sus viajes había recorrido todas las grandes capitales de Europa, visitado las pirámides de Egipto, las pagodas de la India, las torres de porcelana y las casas de papel del Japón. Conocía La Habana, Méjico, Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago y Lima.

Su esmerada cultura le permitía hablar correctamente, además del propio idioma, el inglés, el español y el alemán, y mostraba tener conocimientos de música, pintura y escultura. Poseía una hermosa voz de barítono, bailaba a maravilla, era un buen jinete y diestro en el manejo de las armas. Además estaba familiarizado con la agricultura y el intercambio comercial.

Había traído consigo un cargamento de productos del Sur y un buen surtido de loza y cristalería europea, que colocó al por mayor entre los comerciantes del ramo, ofreciendo a los mismos hacerles venir nuevas remesas en condiciones favorables de pago.

Año y medio hacía que el joven extranjero ocupaba un pequeño departamento de una casa del malecón, amueblado con lujo y buen gusto, en el que recibía a sus amigos, cuando empezó a decirse que estaba prendado de la belleza de una de las señoritas de la mejor sociedad, en la que había logrado ingresar merced a sus prendas personales. Se agregaba, y luego fué notorio, que era correspondido por la niña, y no causó sorpresa cuando se supo que el compromiso se había formalizado, y que sólo se esperaban los documentos que el novio pidiera a Francia, para acallar escrúpulos de la mamá de su prometida, aunque todos creían que el caballero francés fuera incapaz de cometer una felonía. Como tardaran en llegar los papeles, sin duda a causa de lo tardío de las comunicaciones entre Europa y el Nuevo Mundo, y el futuro esposo denotara cierta contrariedad, resolvióse, para no herir su delicadeza, que la ceremonia nupcial se realizara en fecha próxima, aunque no llegara la información solicitada.

(Continúa en la pág. 58)


VERITAS



ANTAÑO Y HOGAÑO

Petrona Beláustegui de Elizalde

Doña Petrona Beláustegui de Elizalde nació en Buenos Aires el 29 de junio de 1801 y casó con el coronel Rufino de Elizalde el año 1821. Fueron sus hijos: Rufino, de tan brillante actuación en nuestro país, que casó con Manuela Leal; Francisco, con Magdalena Ramos Mexía; Elena, con Emilio Giménez; Elvira, con Máximo Landívar; José, con Máxima Oyuela; Germán, Pedro e Ignacia, que casó con Juan Antonio Argerich. Entre su numerosa descendencia figura la bisnieta, señora Mercedes Jacobé de Cullen Crisol, esposa del señor Rafael Cullen Crisol.



Mercedes Jacobé de Cullen Crisol

FOTO WITCOMB

EN EL GOLF CLUB ARGENTINO





Algunos de los invitados del doctor Julio A. Robirosa y señora Mercedes Ocampo Paz, en la cena que se realizó en la terraza del Golf Club Argentino a beneficio de la "Pouponnière del Bajo Belgrano", que constituyó una de las grandes fiestas con que se clausuró el año 1931.



Mesa ocupada por las señoras Carmen Rodríguez Larreta de Gándara, Alcira Quirno Costa de Riglos, Lucrecia Salas de Peña, Elvira Santamarina de Lezica Alvear, María Luisa Zuberbuhler de Ayerza, señores Julio A. Roca, Eduardo A. Tornquist, Jorge Robirosa y otros.

Aspecto que ofrecía la terraza del Golf Club Argentino durante la cena de beneficencia que se realizó en la última noche del año. En el centro de la terraza se destinó un espacio para el baile.





Señoras de Tiditoln y su hija, señorita María Navarro Cesto y los señores Joss y Valle, en la cena de beneficencia del Golf Club Argentino, haciendo honor al copetín previo.

Mesa ocupada por la señora Isabel Duggan de Hope y sus invitados: Estela y Silvia Duggan, Irene Harrington, Jill Ehlert, Cynthia Hope, Tily Mulhall, señores Vicente O'Farrell, Eduardo Hope, Alan y Daniel Duggan, Vicente González Pardo, Federico Webster y Miguel Gallegos.



Señoritas Matilde y Emilia Frías Ayerza, Susana de Achával, Rosa María De Bary Tornquist, Amelia Saguier, Elisa Novaro Méndez, Isabel Cárdenas, Adela Agote Ayerza, Edelmira Naón, y los señores César Cano, Manuel Méndez, Federico Harilaos, Ernesto Marcó del Pont, Jorge Sánchez Terrero, Carlos Acevedo, Santiago Bengolea, etc.



Emilio Bianchi di Cárcano, Elena Cárdenas de Bianchi di Cárcano, Nicolás di Cárcano, Carmen Newton de di Cárcano, Luciana Soto Acebal, María Antonieta di Cárcano y Rodolfo Giménez Bustamante, aguardando con optimismo la llegada del año nuevo y... del mozo que servirá la mesa.

FOTOS DE PADILLA

A ORILLAS DEL ATLANTICO



FOTO STRORA

Las cuatro siluetas femeninas, que constituyen un adorno en la aridez del paisaje, destacan la grandiosidad de la roca que surge en la orilla misma del océano como un inmenso monolito. La Naturaleza ofrece así extraños contrastes: sobre la extensión casi ilimitada del mar y de la playa, presenta extraños monumentos que rompen la monotonía del cuadro y que son motivo de la permanente curiosidad de los turistas.

La mujer de antes y sus hermanas del siglo XX

Por EDUARDO VAZQUEZ



Las clásicas plantitas en la reja. Plantitas que florecían pimpollos para el ojal del amado elegante y puntual.

PRECEPTOS sociales de viejo cuño encorvaron las espaldas de nuestras abuelas a la sombra de los patios solariegos. Halo de perfumes de naranjos y madreselvas en la reja, palabras de ella y él que no podían ser cuchicheos por la distancia que los separaba.

Con estas solas consideraciones, frente a una nota gráfica bien documentada, me detengo a pensar. La palabra "antes" se agiganta en el cerebro. Cuando alguien de cutis apergaminado, de sonrisa despareja, de boca ahuecada, dice "antes", hay la seguridad de que la vida "ahora" se nos viene encima con la velocidad de un rayo.

Las mujeres de antes no se permitían el lujo enfermizo de estar nerviosas... Ni cuando el novio llegaba con tres minutos de retraso. La palabra amable de bienvenida era patrimonio de aquel estado de alma. Las "pataditas" caprichosas estaban desterradas del código de la buena educación. Las muchachas se contentaban con suspirar. Tres horas de toilette, sin rouge y sin rimmel, las predisponía al reposo. Los "papillotes" eran como jueguito de palabras cruzadas. Con la diferencia que en aquéllos el trabajo era exclusivamente de la cabeza para arriba. Los dedos hábiles enredaban las hebras, hasta hacer con ellas perfectos palacios sin posibles derrumbes. Las "bananas" metálicas aseguraban el cimiento.

La cintura avispa, las caderas sobresalidas, los ruedos lamiendo el patio, la espera del candidato se hacía lánguida como el atardecer.

Pero en toda esta mansedumbre de estanque, algo doloroso ataba a las muchachas. El marido, el novio y el hermano trabajando a sol y sombra para mantener con decoro el hogar.

Sólo alguna arriesgaba la ayuda económica, encorvada la espalda en la máquina de coser. La vida, en su eterno correr, trajo la adaptación de las costumbres a las necesidades del siglo. Y la mujer se fué creando un alma barullenta. Alma con rebeldías, con deseos y con perfecta "personería jurídica".



— ¡Pídale usted permiso a mi mamá!...



Mientras llegaba la hora de "pelar la pava" en la ventana, la novia ponía una cara de circunstancias.

En las calles de Buenos Aires las tropezamos con el paso apresurado, con la mirada febril. En las puertas de los negocios se cuelan despreocupadas y firmes. Con más cintura, con menos ropa, con el gorrito ceñido a la cabeza y la mitad de la melena coqueta y graciosa.

Nos salen al paso en los mostradores, idóneas, para atrapar clientela, oradoras improvisadas en pro de la mercadería, vislumbrando detrás del derroche de palabras un seguro tanto por ciento.

Son ellas las que nos salen al encuentro cuando pedimos una comunicación telefónica a los Ferrocarriles del Estado, al Correo, a la Intendencia, al estudio del señor X o al consultorio del doctor Tal. Le exigen al hombre un lugar en el tranvía, en el ómnibus y hasta en el auto colectivo, donde hacen alarde de seriedad y dominio recorriendo la ciudad de punta a punta con cinco desconocidos.

Como si un deseo de independencia se adueñara de toda ella, los días de fiesta revolotea por las canchas de tennis,

(Continúa en la pág. 57)



— Este pantalón es excelente, señor; llévelo con confianza... — Y en la frase de la vendedora va implícito el tanto por ciento.



Dos siluetas ultramodernas que han adoptado el paso marcial y decidido que ahora se estila entre el bello sexo.

FOTOS LOUZÁN



Las máquinas del taller trabajan sin descanso, y frente a ellas las mujeres modernas, convertidas también en mecanismos sin corazón.

LAS ACTRICES BONITAS



DIBUJO DE LINO PALACIO

CLARA BOW

Nació el 29 de julio de 1905 en Brooklyn (Estados Unidos). Su verdadero nombre es Clara Gordon Bow; tiene los ojos negros, el cabello rojo, y mide un metro cincuenta y ocho centímetros de estatura. Se inició en la vida artística luego de haber triunfado en un concurso de belleza. Comenzó desempeñando un papel modesto en la revista de Elmer Clifton "Barcos Hundidos". Hija de un camarero de un modesto restaurante, se trasladó con él a California, realizando el viaje en segunda clase. Su triunfo en el mundo de la pantalla no fué fácil. Está casada con Rex Bell desde el 3 de diciembre de 1931.



Carlota Naón y Tomás de Ezcurra, cuyo enlace quedó bendecido recientemente.



María Luisa Solé y Alberto del Carril Peña, que hace pocas semanas contrajeron nupcias.



Raquel de Yriondo, el día de su casamiento con Nicolás Dodero.

FOTOGRAFÍAS DE F. PÉREZ

LOS ENLACES

NUESTRO GRAN MUNDO



FOTOGRAFÍA Y COMPOSICIÓN DE LERNER

MARÍA CARMEN GUTIÉRREZ MARTÍNEZ DE HOZ

CURIOSIDADES, RAREZAS Y EXTRAVAGANCIAS



FOTO DAILY MIRROR

Algunas de las señoritas que participaron de la tradicional fiesta "Merrie England", que se realiza anualmente en Londres y que alcanza extraordinario lucimiento. En la presente fotografía aparece un núcleo de niñas que tuvo a su cargo uno de los números de baile que integraron el programa.



Una compañía cinematográfica filmó varias escenas en las que sólo aparecen los pies de estos danzarines, que son Santos Casani y Gene Mence, muy conocidos en el mundo coreográfico. Bailan, como se ve, sobre un cristal que se refleja en un espejo, por medio del cual pueden ser vistas, en sus menores detalles, las alternativas de la danza

FOTO SPORT GENERAL



He aquí al team femenino de tiro con rifle, que representó a la Universidad de California en el campeonato interno de los Estados Unidos. El tiro con rifle ha constituído en estos últimos años uno de los deportes de mayor aceptación entre las estudiantes americanas.

FOTO UNDERWOOD



FOTO UNDERWOOD

El vestido que aparece luciendo en la presente fotografía la señorita Adriana Lee está cubierto con lentejuelas de acuerdo a la última moda. El número de éstas utilizadas en el modelo alcanzó a la suma de trescientas mil, que debieron ser colocadas a mano. Junto a la señorita Lee está el modisto americano J. Holt, creador del vestido.



En la presente fotografía aparece la deportista inglesa miss P. Davis comprobando el poder de sus músculos con un aparato especial creado por el profesor de cultura física, Mr. Monnard, especialista suizo en masaje y huesos, cuyas teorías han llamado mucho la atención.

FOTO KEYSTONE



En las fiestas organizadas para celebrar la terminación del año en el "Albert Hall", de Londres, miss Patricia O'Hara preparó con anticipación este modelo de vestido futurista, con el cual se fotografió hace poco y que ha sido creado por uno de los pintores más en boga.

FOTO SPORT GENERAL



EL CHIC FEMENINO

Elegante modelo de pijama de playa, en jersey de lana gris y azul, que ha sido presentado en las playas francesas durante la última temporada balnearia, y cuya parte superior está formada por el propio traje de baño.

FOTO LUIGI DÍAZ

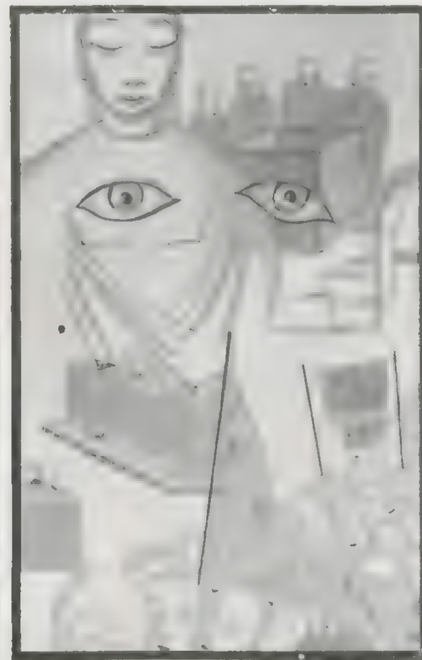
LA MUJER QUE PINTA SUS SUEÑOS



Este cuadro representa el primer sueño de la señora Jaffe, y fué ejecutado a los tres años. Había soñado con un postre, y como su madre le prohibiera gustarlo, soñó que unos mineros trepaban y se lo traían.



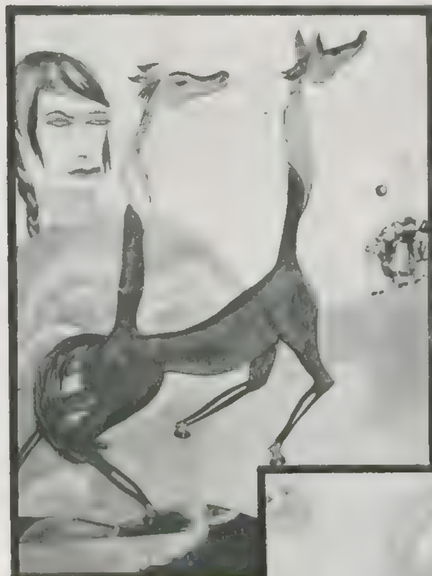
La señora Elsbeth Jaffe tiene siempre sueños extraños e inquietantes. Cerrar los ojos y llenarse su cerebro de visiones, es la misma cosa. Pero lo más grave es que luego, al despertar, la señora Jaffe pinta los disparates que ha soñado. Y para no perder la costumbre, lo hace bajo la acción de un hondo sueño hipnótico.



La lectura de un libro que hacía referencia a la China y al proceso de cuatro condenados, se tradujo en esta curiosa estampa. Los ojos de la justicia aparecen dominando el conjunto lleno de sugerencias.



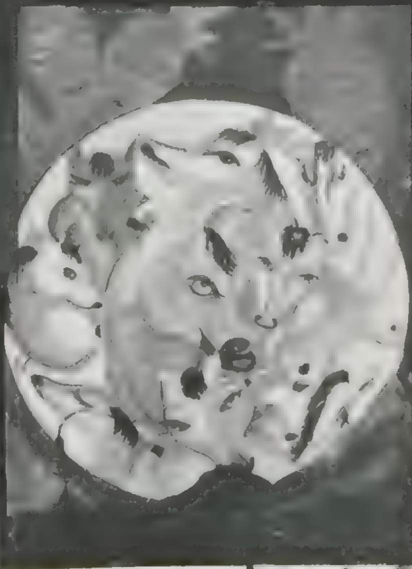
Aquí está la señora Jaffe en plena labor, con los ojos cerrados. Tiene al alcance de la mano los útiles de labor, y rara vez se equivoca en la elección de los colores que utiliza. Traza sus pinceladas sin mirar una sola vez el papel, y aun cuando es evidente que el diseño es imperfecto, revela un incomprensible dominio.



En este sueño la señora Jaffe vió una jirafa con dos cabezas; había concurrido al jardín zoológico y quedó impresionada con ese animal, al que le agregó otro cuello. La propia señora Jaffe, entonces una niña, es la que aparece en el diseño con expresión adusta.

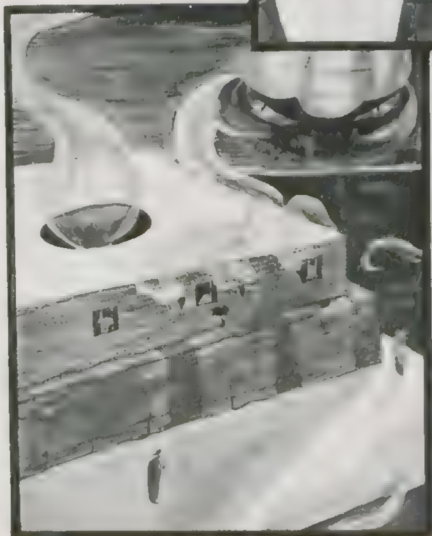


Por mucho que se esforzó para explicar este sueño, la señora Jaffe no llegó a fijar nada concreto. Debió ser una mezcla de sucesos superpuestos y por lo tanto incoherentes. De nuevo ella aparece con un extraño traje, en actitud impávida.



Una vez vió una luna luminosa a la que rodeaban estrellas que dormían. En el interior de la luna, caballejos fantásticos giraban en una desconcertante confusión. También el disco cruzaba por el espacio como un meteoro, esparciendo luz.

Esta fué una pesadilla que la atormentó durante una noche de tormenta. Ella estaba presa y sobre la pared de su celda aparecían estos monstruos, que sostenían un diálogo de ensordecedores rugidos. Uno de ellos, el del centro, concluyó por comérsela viva...



Esta vez fué su sueño una visión fantástica; una inmensa construcción en cuyo interior ardía un fuego que al convertirse en humo se epilogaba en un par de ojos que brillaban en el cielo ennegrecido. Toda esa mole volaba en el espacio como un meteoro.



Esta visión fué motivo de un sueño. También le fué sugerida por la lectura de un libro, y en su desvarío concretó en la forma que puede verse el panorama de un paisaje africano, con canales navegables y dos torres, con árboles.

En Berlín vive una mujer llamada Elsbeth Jaffe, que ha tenido la virtud de atraer sobre su persona la curiosidad de algunos hombres de ciencia y de no pocos artistas. La señora Jaffe, según ella misma lo explica, interpreta sus sueños por medio de una pintura asaz primitiva y deficiente. Tal vez porque ejecuta sus cuadros en un estado de sueño, como si su mano obedeciera a un secreto mandato de su conciencia es que sus trabajos adolecen de fundamentales defectos de técnica.

Elsbeth Jaffe ha sido interrogada en distintas oportunidades por los periodistas, y a todos ha respondido lo siguiente:

—Cuando cumplí tres años comencé a pintar. Desde la primera oportunidad, pinté el sueño que había tenido la noche anterior. Transcurrieron algunos años, hasta que cumplí los diez, en que no sentí necesidad alguna de tomar los pinceles. Lo hago desde entonces cada vez que un sueño me acomete. Al despertar experimento el fuerte deseo de trasladar a la tela la visión que ha ocupado mi mente durante la noche. Trabajo automáticamente, pues mientras pinto con una mano con la otra puedo hacer cualquier movimiento, y hasta converso con las personas que están a mi lado. Pero yo duermo: mis ojos están cerrados, y es así cómo reproduzco en detalle el cuadro que el pincel va trazando en la tela. Me han preguntado muchas veces cuál es el significado de mis cuadros. Yo misma no lo sé. Todos los que han querido estudiarlos o analizarlos, han invadido un campo que escapa a la percepción humana. Trabajo en estado de sueño hipnótico, y sin embargo es como si un extraño me dictara lo que tengo que hacer. De ahí que sea yo la primera sorprendida al terminar mi trabajo.

Con todo, el "arte sonambúlico" de la señora Jaffe no deja de ser una evidencia de absoluta incapacidad pictórica, dicho sea esto con todo el respeto que nos merecen los primitivistas de vanguardia.



FOTO PARAMOUNT

PHILLIPS HOLMES

Nació en Grands Rapids (Estados Unidos) el 22 de julio de 1909. Tiene un metro y ochenta centímetros de estatura, los ojos azules y el cabello rubio. Es hijo de Taylor Holmes, actor teatral y cinematográfico de mucha fama. Recibió la primera educación en su villa natal, luego en Nueva York y por último en Inglaterra, de donde pasó a París, a los efectos de perfeccionarse en el idioma. En 1928 se trasladó a Princenton, donde el director Tuttle lo inició en la pantalla con la película "Varsity".

ELLOS...

EL REVEILLON DEL PLAZA



Aspecto que presentaba el comedor del Plaza Hotel durante la cena que se realizó con motivo de la terminación del año, y que, como en otras oportunidades análogas, congregó a un gran número de familias.



Preside este conjunto animoso y alegre el ex juez doctor Isaac Arriola, a quien acompañan su señora Flavia Newkirk, el doctor Bonastre y señora, las señoritas de Massó, Bonastre, Boullosa y dos jóvenes cadetes de la Escuela Naval.



El doctor Benito Villanueva ensaya un bostezo de media noche; lo acompañan en su mesa Emilio Dupuy de Lome, su señora Consuelo Moreno y los señores Rodolfo P. Peracca, Joao Max Eiseley y otras distinguidas personas.



Otro aspecto del gran salón comedor del Plaza Hotel en la última noche del año. Es la hora de los brindis, según se advierte en la segunda mesa de la derecha; en la mesa primera, un señor mira su reloj, que tiene sobre la palma de la mano, a la espera, sin duda, de las doce de la noche. A la izquierda, un caballero ensaya sus aptitudes filarmónicas con un pito, tarea que imita su vecina.



Con una gravedad que contrasta con los adornos, las señoritas de Tormey y Kenny y los jóvenes que integran la mesa se disponen a recibir el nuevo año con la resignada paciencia de los concurrentes a estas grandes reuniones, donde se come bien y despacio.



Mesa ocupada por el señor Octavio Cesario y señora, Jerónimo V. Tormey y señora, Matilde Neyra Elordi, Walter Villegas y señora Lila Barbosa Moyano, Agustín Albors y señora Adela González Bonorino, Mary Tormey de Gaban y Margarita Tormey de Heavy.

FOTOS LOUZAN

Características que hoy predominan en la moda

Por BIJOU



PARA ninguna de nuestras lectoras constituye ya un secreto la encantadora verdad de que en la moda actual se advierte el singular buen gusto de los creadores que persiguen el ideal de que la línea de las elegancias femeninas se mantenga dentro de la graciosa tendencia que hoy predomina. De ahí que tampoco sea un secreto para ellas el hecho de que las colecciones actuales atesoran un sinfín de maravillas susceptibles de cumplir ampliamente la finalidad para las que fueron creadas; realzan la belleza natural de la mujer, proporcionando al mismo tiempo una grata satisfacción a su coquetería.

Y es así cómo no debe extrañarnos el triunfo de los recortes y calados, que conjuntamente con las chaquetas cortas y los abrigos largos ocupan un lugar preferente en las colecciones. Los saquitos se llevan por lo general con faldas o vestidos enteros, combinando distintos tonos. Así, por ejemplo, las chaquetas de jersey rojo se usarán sobre vestidos blancos. Algunos modelos ostentan mangas que parten del canesú enterizo, mientras que otras vienen completamente desprovistas de ellas. Al lado de éstas se lucen los cinturones de metal y azabache poniendo una nota de destacado chic.

El resurgimiento de la blusa, una nota poética y romántica de la moda, la veremos ostentar en los trajes de tarde y noche. Para éstos se indican también los encajes espesos en oro, que vuelven a ocupar su sitio desterrando a los plateados. Estos encajes combinan admirablemente con terciopelo o muselina. También los puños han recobrado su importancia primitiva y constituyen el principio de un cambio fundamental que sufrirán las mangas; se prolongan casi llegando al codo y van muy adornados.

Los canesúes, por su parte, amenazan también con una renovación total en las colecciones, imponiéndose desde ya para la realización de elegancias económicas. Es así cómo veremos sobre vestidos de seda canesúes de encaje o de bordado haciendo "pendant" con los puños.

Los tintes nuevos que aparecen en el firmamento de la moda, se inspiran en los que predominaron en el año 1840; distinguiéndose el azul vivo, el rosa, el "garganta de paloma" y el castaño que a ve- *(Continúa en la pág. 57)*

Secretos de Belleza de Hollywood

"MÁS AMPLIACIONES . . . UN CUTIS SUAVE ES ESENCIAL . . . JABÓN LUX DE TOCADOR ES MARAVILLOSO"

Películas parlantes y de color necesitan más ampliaciones que antes.

"Para ese cutis suave tan esencial, encuentro que el Jabón "LUX" de Tocador es maravilloso" dice la favorita del cine, Jean Arthur.





Las estrellas del cine saben que es imposible disimular las imperfecciones del cutis, cuando las luces fuertes y penetrantes brillan por todos lados. Solamente un cutis hermoso puede triunfar.

Ellas tienen que tener la precaución de no usar un jabón que dañe la suavidad perfecta de su cutis.

El jabón que usan nueve de cada diez estrellas del cine, es jabón "LUX" de tocador, porque han comprobado por experiencia que la espuma rica y abundante hermosea el cutis, conservándolo suave y sin defectos.

Vd. descubrirá en este famoso jabón el maravilloso poder para dar la más exquisita suavidad a *su* cutis y lo adoptará para siempre.





He aquí el método de Ruth Chatterton para conservar hermoso su cutis.

"Un cutis hermoso es una ayuda para una estrella, pero para las películas parlantes, con tantas ampliaciones, es verdaderamente una necesidad. Siempre uso jabón "LUX" de Tocador, porque conserva mi cutis tan suave que aún las luces fuertes no muestran ningún defecto.

Nancy Carrol dice:
Jabón "LUX" de Tocador es una gran ayuda para conservar el cutis suave sin defectos, tan necesario para el lente implacable de la cámara.

Nueve de cada diez estrellas de cine usan

JABÓN LUX de TOCADOR



35 ctvs. la pastilla

LT. 62-8

LEVER HNOS. LTDA. - BUENOS AIRES

NOTAS SOCIALES DEL INTERIOR



FOTO BEJARANO

CACHEUTA

Concurrentes a la demostración ofrecida al doctor Ricardo Guido Lavalle, ministro de la Suprema Corte, por los magistrados de Mendoza.



FOTO MARTIN

TUCUMAN

Concurrentes a la fiesta que se llevó a cabo en el Savoy Hotel, organizada por el Centro de Empleados de Comercio.



FOTO WITCOMB

TRES ARROYOS

Señorita Berta Reyes, que recientemente contrajo enlace on el doctor Delfor C. J. Re



VILLA ALLENDE

Núcleo de niñas y jóvenes que concurrieron al baile ofrecido en la residencia de la familia Martínez Paz Debeza.



CORDOBA

Señorita Elisa Martínez Debeza y señor Enrique Martínez Paz (hijo), cuyo enla fué bendecido recientemente en la capital cordobesa.



CORRIENTES

Durante un intervalo del baile ofrecido en el Club Social, organizado para celebrar la terminación del año



CORRIENTES

Doctor Contte y señora, capitán Larvaro Díaz y señora, en una de las mesas de la cena que se realizó en los salones del Club Social



FOTO CÓRDOBA

CORRIENTES

Mesa ocupada por las señoritas de Solari Caseaux, Billinghurst, Bragain, Sosa Peroni y otros invitados.

Repertorio bibliográfico

Anuario del arte prehistórico y etnográfico, editado por ERBERT KUHN, Berlín. Número especial en que colaboran Henri Breuil, París; Joyce, Londres, Walter Lehmann, Berlín, Hugo Obermauer, Madrid, y otros hombres de ciencia. Contiene interesantes estudios de la materia y numerosas ilustraciones.

Cursos y Conferencias, revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Número de agosto. Colaboraciones de Federico Pinedo, Angel Cabrera, Nicolás Repetto, José González Galé, Juan Mantovani y Aníbal Ponce.

Nosotras, revista literaria, de Caracas (Venezuela). Núm. 8. Agosto de 1931.

Revue Internationale d'Architecture, fundada por el Congreso Internacional de Arquitectos de Budapest. Primer número. Su propósito es informar de los acontecimientos arquitectónicos de todo el mundo. Contiene profusión de interesantes grabados.

Elite. Revista semanal ilustrada, de Caracas (Venezuela). Núm. 310.

Automovilismo, revista deportiva. Número correspondiente al mes de septiembre, 1931.

Polonia Económica y Cultural, publicación mensual. Número 5.

Anales de la Unión Industrial Argentina. Número 753. Septiembre de 1931. Buenos Aires.

Variedades, revista semanal ilustrada de Lima (Perú). Núm. 1228.

Nosotros. Número 268, con colaboraciones de Luis Echávarri, Jacinto Cárdenas, Juan Rómulo Fernández, Arturo Mejía Nieto, Francisco Contreras, Luis María Diaz Carvalho, Marta Serantes, David Vigodsky, y otros.

Historia Actual, por FÉLIX R. ESCOBIO. Discurso radiotelefónico. Talleres Gráficos de L. J. Rosso, Buenos Aires.

Publicaciones de "La Farsa", publicación semanal de Madrid. Editorial Estampa.

La reina castiza, farsa y licencia, original de RAMÓN DEL VALLE INCLÁN. En tres jornadas y en verso. Dibujos de Merlo.

¡Qué trabaje Rita!, disparate cómico en tres actos y en prosa, original de ANTONIO ESTREMERA y RAFAEL GARCÍA VALDÉS. Dibujos de M. Prieto.

El perro del hortelano, comedia en tres actos, de LOPE DE VEGA. Refundición por Manuel y Antonio Machado.

Las pobrecitas mujeres, comedia en tres actos, de LUIS DE VARGAS. Dibujos de Gutiérrez Navas.

Nervio, revista de ciencias, arte y letras. Nº 5. Septiembre de 1931.

Pebeta, revista semanal ilustrada, de Balnearia. Octubre 15 de 1931.

El Auto Uruguayo, órgano oficial del Centro Protección Chauffeurs, de Montevideo. Número 165.

Anales Gráficos, órgano oficial del Instituto Argentino de Artes Gráficas. Número 9, del año veintidós. Septiembre de 1931.

Letras, revista de Arte y Ciencias. Número 9, correspondiente a octubre de 1931. Colaboraciones de Max Daireaux, A. Cambours Ocampo, Félix M. Pelayo, Antonio Miguel Podestá, José Luis Lanuza, T. Hiroux Funes, Arturo Cerretani, Sigfrido A. Radaelli, etc., etc. Magníficas ilustraciones.

El Auto Argentino, revista técnico literaria y de ilustración gremial y deportiva. Nº 238. Buenos Aires.

Fiat Revista, editada por la S. A. Fiat Argentina. Núm. 21. Septiembre de 1931.

Energina, editada y distribuída por Shell-Mex Uruguay Ltd. Número 28, octubre de 1931.

Revista y Boletín de Información de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja, publicación mensual. Octubre de 1931.

Nosotros. Número 269. Colaboraciones de Augusto Bunge, Fernández Moreno, Atilio Dabini, Fermín Estrella Gutiérrez, C. Villalobos Domínguez, Michael Innes, Jacinto A. Figueredo, Francisco Romero y Marta Serantes.

Pebeta, revista semanal ilustrada. Número 331. Balnearia, Octubre 29 de 1931.

Tradiciones Ecuatorianas

(Continuación de la pág. 29)

Cumplido el plazo, tuvo lugar el enlace con toda solemnidad en la iglesia de la Merced, a mediodía, según la costumbre de la época, con la concurrencia propia de la elevada condición de los contrayentes. Todo el séquito se encaminó luego a la casa de la novia, donde a instancias de la dueña de casa se había preparado alojamiento a la gentil pareja.

Pasados los abrazos y felicitaciones de parientes y amigos, mientras una de las damas ejecutaba en el piano algunos aires populares, los concurrentes se acercaban a las mesas adornadas con flores, y los criados servían champaña para brindar por las ventura de los desposados. En cierto momento la novia se dirigió a sus habitaciones para cambiarse de traje y el flamante marido la siguió, desprendiéndose de un grupo de amigos con quienes conversaba.

En el salón donde se había improvisado un animado baile alguien propuso una cuadrilla que debían iniciar los novios, en cuya busca fueron. Como no los encontrasen, la dueña de casa, con alguna sorpresa, dijo que hacía una hora que los había visto pasar a las piezas interiores, donde seguramente estaban admirando los obsequios recibidos.

Recorrió la mamá el departamento de los recién casados, y grande fué su asombro al encontrar en el dormitorio a su hija que lloraba en silencio, sentada en un sillón, llevando aún el vestido de novia.

—¿Qué tienes, hija mía? — le preguntó, inquieta. — ¿Dónde está tu marido?

Sin levantar la vista, la niña contestó, desolada:

—¡Madre mía..., se fué... para no volver jamás! — Y agregó: — No me preguntes nada porque es un secreto que nunca revelarán mis labios.

Ni los concurrentes a la boda que tuvo tan misterioso epílogo, ni persona alguna logró penetrar el misterio de la extraña desaparición del extranjero, horas después de haber dado su nombre ante el altar a la aristocrática dama guayaquileña.

No se supo nunca nada más de él. La infeliz esposa hizo en adelante vida retirada en casa de sus padres; no se dejaba ver más que por dos o tres amigas íntimas a quienes había prevenido que cesaría de recibirlas si llegaban a interrogarla acerca de aquel suceso.

Pasaron muchos años, y ya en edad madura, refrescaban cierto día las amigas sus recuerdos de juventud, cuando una de ellas le dijo bruscamente:

—Lo único que yo desearía saber es si aún vive tu esposo.

—Ya murió — fué la respuesta lacónica.

¿Cómo lo supo?... Secreto que llevó al sepulcro la desventurada.

Informaciones de provincias


FOTO TERNENGO

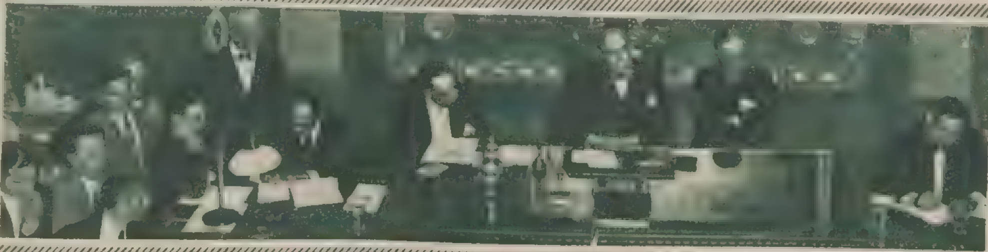
CORDOBA

Delegación de médicos porteños que permanecieron algunos días en esta ciudad y que visitaron diversos puntos de las sierras.


FOTO TERNENGO

CORDOBA

Grupo de niñas que tuvieron a su cargo la venta de rifas durante las fiestas celebradas a beneficio del Club Belgrano.


FOTO MARTIN

TUCUMAN

El interventor nacional, doctor Horacio Calderón, y sus ministros, presidiendo la asamblea legislativa para elegir las nuevas autoridades de ambas Cámaras.


FOTO MARTIN

TUCUMAN

Grupo de familias de la colectividad alemana que celebraron brillantemente la noche de Navidad en el Club Alemán.


FOTO QUIROGA

CORRIENTES

Grupo de maestras normales nacionales que acaban de egresar de la Escuela Normal de esta ciudad, en el curso escolar de 1931.


FOTO VIA

SAN LUIS

Grupo de niñas que atendieron uno de los quioscos durante la kermesse realizada la noche de Navidad.


FOTO VIA

CONCORDIA

El jefe de la oficina de correos de esta ciudad entrerriana, rodeado por sus empleados, quienes le agasajaron con motivo de su traslado a Corrientes.

SAN LUIS

Niños que hicieron su primera comunión en la iglesia matriz de esta localidad, aprovechando las festividades de año nuevo.



JUJUY

El interventor nacional, doctor José Lucas Penna, y una parte del público que asistió a la entrega de los diplomas de las maestras egresadas en 1929 y 1930 de la E. Normal.


FOTO QUIROGA

CORRIENTES

Nuevos profesores normales de ciencias matemáticas egresados de la Escuela Normal de Profesores "José M. Estrada".

El amor en un ventisquero

(Continuación de la pág. 8)

— ¿Eh? — masculló Enrique, desbordando con desaprobación.

— ¿Me promete no llamarme nunca por él si se lo digo? Es Inés, un nombre espantoso para mujer... ¡Yo... oh!

Esta vez el coupé abandonó el camino. Patinó violentamente hacia un costado y se clavó de cabeza en un ventisquero. Enrique sabía que sin la ayuda por lo menos de tres caballos o quizá cinco, no había manera de salir de allí.

¡Inés! ¡Qué mancha! ¡Y aquella... aquella joven era la que había persuadido a un hombre a que...

Súbitamente rompió en una carcajada amarga de vencido.

— Yo lo hice ir demasiado ligero — dijo una voz en sus oídos. — ¡Oh, qué compromiso! ¿Y qué les ha pasado a las luces?

— Están brillando espléndidamente en medio del ventisquero — replicó Enrique con maligna amabilidad; y por pura fórmula puso al auto en marcha atrás y aceleró el motor. Pero se quedaron donde estaban. Enrique paró el motor.

Los rodeaba el distrito de Suffolk. La hora era algo pasada la medianoche y estaban bajo una enorme tormenta de nieve que iba sepultando al auto. A su lado se encontraban Janet, Inés Rillson, y seguramente, en alguna parte, en la obscuridad, el hombre con quien ella había iniciado la fuga.

— ¿Y ahora qué? — preguntó Janet, con sorprendente serenidad, que él atribuía a su naturaleza insensible. — Si aún podemos abrir la puerta y salir, me parece que será lo mejor —agregó,—mientras que, del modo que está nevando, si nos quedamos aquí más tiempo, tendremos que abrirnos un camino por el techo.

De pronto Enrique perdió la paciencia.

— ¡Yo tengo que estar en Skellingham esta noche! ¡Y ya se me ha hecho tarde!

Ella era toda ansiedad

— Papá le prestará un auto.

— Pero estamos a millas de su casa.

— Podemos caminar a pie.

Ella decía esto con tal sinceridad, que Enrique casi alza el puño para pegarle. Pero se dominó.

— ¡Por supuesto!

Enrique abrió la puerta del auto con dificultad.

— Ruperto—dijo ella—regresará probablemente aquí.

Enrique reflexionó que Ruperto no tenía por qué encontrarlos como ellos no lo deseasen. Con la nieve y la obscuridad, no sería fácil dar con ellos.

Descendieron del auto y llegaron penosamente a la carretera.

Confío en que hallará el camino — dijo ella. — Lo mejor es que nos mantengamos juntos.

Janet se tomó del brazo de Enrique, quien permitió el contacto con repugnancia.

Comenzaron a caminar.

— Si seguimos esta carretera unas dos millas poco más o menos, llegaremos al sendero que conduce a mi casa; luego habrá otras dos millas.

Enrique hizo aritmética mental. En otras condiciones, un hombre podría caminar cuatro millas en una hora. pero bajo las presentes sólo haría dos. Serían las tres de la madrugada.

— Me siento terriblemente preocupada — dijo Janet Inés, a poco de andar en la obscuridad. — Yo lo he metido a usted en esto... y no sé cómo podré demostrarle mi gratitud.

Su brazo asió fuertemente el de Enrique, aproximándose más a su lado. Y Enrique pensó que estaba tratando de conquistarlo. Su cuerpo era suave: el hecho le preocupaba. Pensó en Inés, aquella Inés que le esperaba en Skellingham. ¿Qué diría de todo aquello?

— ¿Qué les podremos decir a los viejos? — observó Janet Inés. — ¿Se le ocurre algo?

— ¿Qué?

La voz de Enrique era severa.

— ¿No ve que yo me fuí ocultamente? Ruperto estaba esperándome en el jardín. Yo había escondido el baúl... ¡Oh, me había olvidado del baúl! ¡Quedó en su auto!

Enrique reflexionó que debía haber recordado aquel detalle.

— ¡No se me había ocurrido!... Tiene toda mi ropa dentro! — exclamó. — ¿Cómo voy a presentarme mañana de mañana, a la hora del desayuno, con un traje de fiesta?

— ¿Pero es que está usted en traje de fiesta ahora? — tartamudeó Enrique.

— Precisamente.

— Pero sus zapatos...

— De fiesta también, mas, por favor, no se preocupe. No me helaré..., si sigo caminando muy ligero. Lo que me preocupa es que no tengo ropa, que toda quedó en su auto...

— Entonces... usted no va... no va a...

¡Era lo que Enrique había temido! Ella no pensaba confesar a sus padres su fuga.

— Usted sabe — continuó ella — que si se hubiese tratado de otro hombre que no fuese Ruperto, le contaría a todo el mundo lo que sucedió. Pero papá tiene a Ruperto por un bobalicón tan...

— ¿Bobalicón?...

— ... me desagradaría disgustarlo ahora que me siento más sensata.

Por lo contrario, Enrique reflexionó que en ese instante le interesaban mucho más los pies de Janet, cubiertos hasta el tobillo de nieve, y protegidos solamente por un milímetro de suela y unas medias de seda finísimas, que su reprensible resolución de no decirle la verdad al general Rillson.

Se mordió la lengua a tiempo para impedir que su pensamiento se expresase en palabras.

— He perdido un zapato — dijo Janet.

Él buscó en la nieve y lo encontró. Un fragmento empapado. Janet se apoyó contra él mientras se lo ponía. Pero Enrique se mantuvo sereno, estremeciéndose interiormente.

Y en ese momento aparecieron las luces de un auto.

— ¡Ruperto!... — susurró Janet, arrastrando a Enrique hacia un costado del camino. Pero el cerco era alto y espeso y estaba cubierto de nieve, y era imposible atravesarlo.

Enrique se sintió en una situación ridícula. Aquella muchacha lo había comprometido en una aventura denigrante. ¿Qué le diría él a Ruperto? Tendría que escuchar y soportar sus denuestos.

— ¡Yo no puedo, no quiero hablar con él otra vez! — exclamó Janet.

Enrique reanudó en vano sus esfuerzos por encontrar una abertura en el cerco, y no hizo comentarios. No veía cómo Janet podría justificar aquella situación.

Las luces se hicieron más definidas, dos ojos sin pestañear que los miraban fijamente, acusadores, vengadores. Estaba ahora más perceptible al impenetrable aspecto del cerco.

— ¿Qué voy a hacer ahora? — exclamó Janet presa de pánico súbito.

La voiturette se detuvo a diez pasos de ellos. Ruperto, que parecía más corpulento que nunca, saltó y corrió hacia donde ellos se hallaban.

— ¿Qué jueguito es éste? — dijo entre dientes.

Enrique se sintió aun más inquieto de lo que había previsto.

— Yo no voy — dijo Janet. — No, Ruperto.

Él la tomó de un zrazo.

— Tú estuviste de acuerdo con es-

to y vas a cumplir tu palabra.

Janet trató de desasirse. Enrique se limpió la cara cubierta de nieve. Aquel hombre no tenía necesidad de agarrarla así..., no tenía derecho...

—¡Eh!... me parece que...— comenzó a intereceder.

—Usted se calla—le aconsejó Ruperto.

Enrique enrojeció, a pesar del frío.

—Lo que necesitas—continuó Ruperto, volviendo su atención a Janet—es un puño de hierro. ¿Crees que puedes jugar conmigo como se te antoje? Te has equivocado. Yo te quiero, tú lo sabes. Serás feliz conmigo porque sé cómo manejarte. Un puño de hierro es lo que necesitas. Vamos, sube al auto antes de que tenga que subirte yo a la fuerza...

Enrique estaba sobresaltado, considerablemente sobresaltado por el tono lastimero de la voz de Janet Inés.

—¡Oh, no, no!... Lamento mucho haber prometido. ¡Pero olvídate y déjame ir, Ruperto, por favor!

—¡Debiste haber pensado eso antes! ¿Qué papel haría yo si llegase a casa sin ti, después que di orden de que te esperasen?

Aquella actitud le pareció reprobable a Enrique.

—¿No ve que no quiere ir con usted? — prorrumpió Enrique — ¡Déjela!

—No se meta usted en esto.

Ruperto alzó a Janet en los brozos. Ella gritó, con voz ahogada de terror.

Al mismo tiempo, Enrique golpeó a Ruperto con fuerza, diciéndole:

—Usted no podrá impedir que me meta. La suelta o yo..., yo...

Ruperto la soltó.

—Desde que he conocido a Enrique, jamás demostró con palabras o hechos condiciones de pugilista; y no puedo, por tal circunstancia ahora estimar la importancia de su ataque contra aquel hombre. Conozco el relato, que me parece exagerado, por el propio Enrique. Cuando yo le dije: "Explícame exactamente lo que hiciste", me contestó:

—Comencé a golpearlo furiosamente.

Puedo darme una idea vaga de la pelea. Tenían poca o ninguna luz; por campo de batalla, la carretera desierta, cubierta de nieve; por espectadores a Janet Inés, que debe haberse sentido excesivamente deprimida y nada confiada en cuanto al resultado del combate.

Enrique se llevó, desde el comienzo, la peor parte, y admite que no presentía otro resultado.

Es verdad, estaba furioso y resuelto, pero así también su contrincante, cuyo estado de ánimo es de imaginarse. Ruperto era evidentemente un hombre que no estaba acostumbrado a salirse con la suya; un hombre para quien el triunfo era muy caro. Había decidido llevar a Janet a Londres y casarse con ella lo antes posible, y aquel tipo se había entremetido; ¡y en qué forma! ¡Aniquilarlo!, clamaban todos los instintos de Ruperto, y seguir con el programa establecido y resuelto. Pero Enrique resultó más difícil de aniquilar que lo que había supuesto Ruperto. Aguantó reciamente el castigo. Ruperto lo aplastó tres veces la nariz durante los diez primeros segundos, y Enrique cayó al suelo. Pero se levantó de nuevo y regresó al combate con los puños crispados. Respondió con un par de buenos golpes a Ruperto, acertados más por suerte que por destreza, y oyó quejarse a Ruperto. Un sonido, me aseguró Enrique, que le causó una extraña y hasta entonces desconocida satisfacción.

Luego, cuando comenzaba a encontrar placer en la pelea, recibió un golpe desagradable en la mandíbula que lo hizo caer de nuevo. Sus sentidos estaban confusos. Le pareció que oía la voz de Janet, que gritaba. Se levantó, pero esta vez más despacio.

—¿Quiere más, no?—bramó Ruperto, con una nueva embestida a su mandíbula.

La nieve revoleaba. Janet Inés estaba impotente, retorciéndose los dedos de inquietud, y pensando en un medio de separarlos. Estaba con la mente puesta en Enrique cuando cayó éste por tercera y última vez.

Parecía que el golpe le hubiese separado la cabeza del tronco; quedó tendido de costado, jadeante, los ojos cerrados. Todo giraba a su alrededor, y parecía oír a Janet Inés, que decía:

—...¡Vaya si lo conozco! ¿Qué te crees? ¡Déjalo solo! ¡Es mío!

—¿Qué nueva mentira — pensó Enrique en su aturdimiento — está diciendo ahora?

Ruperto argüía vacilante. Janet Inés se encaró con él de nuevo.

—¡Lo amo!, ¡a ti te odio!—dijo.

—¡Lo amo, lo amo!

En ese momento estaba arrodillada al lado de Enrique, con su cabeza en las rodillas, besándolo ansiosamente. Enrique sentía el calor de de sus labios. Aquel contacto lo hizo recobrar el sentido. Trató de incorporarse.

—Pero... pero no comprendo... —repuso Ruperto.

—¡Mejor que lo sepa! — le contestó vivamente Janet.—¡He estado enamorada de él durante años! Creí que nunca lo hallaría. ¡Ha venido a mí, y, gracias a Dios, a tiempo!... ¡Pensar que si la cuesta no nos hubiese hecho detener!... ¡Oh, vete, Ruperto, vete! Casi lo has matado... ¿No estás satisfecho aún?

Ruperto murmuró entre dientes:

—No puedo dejarte aquí; no podía suponer...

—¡Vete! — insistió Janet. — Nosotros podemos ir caminando hasta casa. No queda lejos ahora. Él está mejor...

—Yo..., yo estoy bien — repuso Enrique.

Janet tenía aún su cabeza abrasada, pero no volvió a besarlo.

Ruperto se subió despaciosamente a la voiturette y se alejó. Las luces de su auto desaparecieron en la tormenta, y Enrique y Janet se encontraron nuevamente solos en la obscuridad. Enrique se incorporó y tuvo que apoyarse en ella durante unos minutos.

—¡Oh, Dios mío!—susurró Janet.

—¿Qué es lo que le ha dicho? — preguntó Enrique airadamente.

—Usted..., usted oyó..., seguramente.

—¡Hum! — murmuró Enrique, convenciéndose a sí mismo, que todo es lícito en la guerra y en el amor, y que no debía ser demasiado severo con ella.

Advirtió que el hecho de haber luchado en su defensa estaba cambiando su opinión.

—Tenía que inventar algún pretexto — afirmó Janet, y se interrumpió de pronto.

—¿Qué pasa?—preguntó Enrique.

—Nada.

—Sí; algo le ocurre.

—No.

—Sí.

Enrique se alarmó. ¿Qué le ocurría a Janet?

Su voz le denunciaba. Estaba realmente sorprendido por ello.

—Iba usted a decir algo... — le preguntó.

—Solamente que...

—¿Solamente qué cosa?

—Que... que ese pretexto no lo inventé.

Enrique sintió que se ahogaba.

—Pero es que nunca me ha visto antes de ahora.

—Yo no le dije que lo hubiese visto. Le dije que había estado enamorada de usted hace años. Que creía que nunca lo encontraría. Eso es cierto. Compréndame... En mi interior..., en mis pensamientos se-

(Continúa en la pág. 54)

(Emociones de España)

Lo que fué la raza para Julio Antonio

Por GERMAN GOMEZ DE LA MATA



FOTOS RUIZ VERNACCI

Mausoleo donde puede advertirse el verdadero carácter del malogrado escultor, carácter que no era muy español precisamente

DESDE que consagró Madrid una sala entera en su Museo de Arte Moderno a la obra de Julio Antonio, nos ha hecho muchas veces meditar la gloria póstuma de este gran artista malogrado, ya que hubo de morir al filo de la edad a que sucumben los favoritos de los dioses. Y ante sus *Bustos de la raza*, colección de interpretaciones españolas, nos preguntamos siempre qué clase de escultor supuso quien nos dejara de su talento tales muestras.

Según la mayoría — en el presente caso, gregaria multitud a la zaga de críticos dogmatizantes, — Julio Antonio constituyó un estatuario cabal de nuestra época, con todas las características de España; pero algunos, que no opinamos como la mayoría casi nunca, nos sentimos también ahora disconformes. Permítasenos, pues, formular nuestra apreciación sincera, al margen de banalidades exactas o inexactas, y razonar nuestro criterio de modestos disidentes.

Por lo pronto, entendemos que Julio Antonio falleció sin tiempo de manifestarse un estatuario cabal. Se manifestó, sí, un gran artista malogrado, y lo hemos dicho; mas lo que se malogra no puede, claro está, denotar plenitud. *Ipso facto*, estimamos incompleta la admirable labor del hombre admirable que parecería demasiado joven para completarla. Con ello, amén de rendir tributo a la justicia, respetamos una memoria ilustre y ponemos de relieve el altísimo concepto que nos inspiraba el arte del difunto, porque le deducíamos capaz de superar lo que hizo hasta su muerte, aunque muy bello, susceptible de superación. Juzgarlo de otro modo, implica creer agotado a los treinta y tantos años y sobreviviéndose a los cuarenta y tantos al numen que lo hizo. Nosotros preferimos juzgarlo una magnífica promesa prescrita, ¡ay!, a la hora de un óbito cruelmente prematuro.

Tipo de Avila de los Caballeros, escultura de Julio Antonio

FOTO PORTUGAL

Tampoco se nos antoja Julio Antonio un carácter de nuestra época, y su arte, menos todavía, por fortuna. En arte, corresponde a no importa qué época lo bueno, bueno conforme nos parece el arte de Julio Antonio. De datarlo algo, lo encontraríamos a estas fechas anticuado, sin que a ninguna fecha lo encuentre nadie así. Se trata de escultura eterna, ennoblecida por antigua estirpe que no la resta al cabo sello propio, y ni la escultura de los egipcios faraónicos, ni la de los griegos clásicos, ni la de los italianos renacentistas, *verbi gratia*, tres variedades dentro de una misma eternidad, llegarán jamás a envejecer.

¿Por qué habrán visto la crítica y la turba en Julio Antonio un escultor típico de España, definición que acaso le empequeñezca un poco al fin? Sin duda, a causa de los *Bustos de la raza*, tan traídos y llevados. No negaremos que se denoten fundamentalmente españoles varios tipos de semejante serie. La manera de reproducirlos, empero, pregona una mentalidad ampliamente levantina que parte de costas españolas hacia la Hélade, quedándose en tierras del Lacio. Observad las afinidades del autor de estos bustos con el Donatello y comparadlos luego con estatuas de honda raigambre hispánica, a las cuales nada los une. Mediterráneo sí se acusa aquél, mediterráneo de una Cataluña cuyos distintivos étnicos transponen las fronteras al Norte y toman rumbo al Este sobre el mar azul.

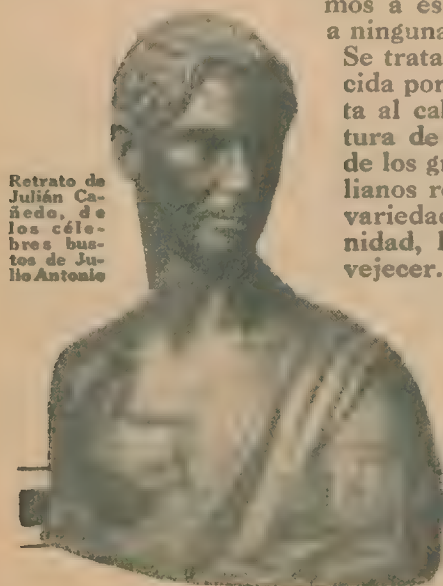
Transcurridos los años de entusiasmo irreflexivo, puesto que sigue mereciendo máxima trascendencia la figura que lo provocó, conviene concretar lo que fué la raza para Julio Antonio. Quizá un mero pretexto, no una fatalidad, no una pasión. La contemplaba al margen, sin percibirla a fondo, el artista latino de marca provenzal y tendencias toscanas. Por eso atenuaba unos rasgos harto duros la euritmia de una estética que formaron los atenienses decadentes y modificaron los apóstoles del Renacimiento. Su alma extraña y refinada limaba la aspereza del espíritu autóctono, bien escueto, pervirtiéndolo de cierta guisa.

No equivale lo anterior a argüir que se equivocara el prodigioso catalán cuando quiso representar el desgarro y la fibra nacionales. Los representó, en suma, con arreglo a unos cánones suyos, y basta, además de asistirle su derecho. Son representaciones nacionales respondiendo a una norma internacional.

Escojamos de ejemplos los retratos de María la Gitana, del novicio, de un labriego castellano, de Julián Cañedo, y les descubriremos una gracia exótica, la gracia que les imprime alguien influído de exóticos hechizos. Y se nos evidenciará mejor su exotismo indiscutible a través del mausoleo donde el cadáver de un adolescente ostenta blanduras escultóricas que hablan de Florencia, mientras la madre erguida junto a él evoca bizantinas vírgenes.

Sin embargo, la estatuaria de Julio Antonio, racial o no, se patentiza hermosa, y la belleza pertenece a cualquier patria.

¡Loada, entonces, sea la raza que le suministró motivo para creaciones bellas; loadas sean asimismo las bellas creaciones que el artista produjo, y maldita la Segadora de existencias que, al tronchar una excepcional en flor, le impediría producir otras obras de arte!



Retrato de Julián Cañedo, de los célebres bustos de Julio Antonio



Retrato de la popular María la Gitana



Un novicio, otro de sus célebres bustos

LA NUEVA VOITURETTE DE LUXE FORD

Un automóvil que será su orgullo

PROFUNDA satisfacción le producirá la radiante belleza del nuevo FORD—y esta satisfacción irá en constante aumento al comprobar su funcionamiento eficaz y preciso. Desde el alto radiador hasta el extremo de su guardabarro trasero se descubre un rasgo continuo de hermosura — un armonioso conjunto de elegancia y colorido que hasta ahora se consideraba como exclusivo de un automóvil costoso. Con el nuevo grado de esmero, cuidado y precisión que se aplica ahora a la producción en gran escala, se ha logrado el mejor éxito.

En cualquier parte de su mecanismo, se encuentran diversos ejemplos de exactitud en la fabricación y montaje de piezas mecánicas vitales. La precisión en algunas de ellas se ha llevado hasta 25 milésimos de milímetro. Esta admirable precisión, a la par que la sencillez de su diseño y alta calidad de los materiales, explica la economía y larga duración del FORD y el servicio plenamente satisfactorio que rinde a millones de personas en el mundo entero.

Con el mismo esmero se atiende a la terminación exterior y es así que este automóvil puede mantener por largo tiempo su aspecto brillante y atractivo. La pintura "piroxiline" que se usa en la carrocería, y el esmalte de los guardabarros no se alteran ni con el calor ni con el frío. Un sello más de belleza exterior lo constituye el uso del acero inoxidable en sus partes metálicas brillantes.

Hay otras características, tales como los amortiguadores hidráulicos "Houdaille" de doble acción y el parabrisas de cristal de seguridad "Triplex" que contribuyen a dar al FORD un valor muy superior a su precio. Consideradas en conjunto estas características, se justifica ampliamente la afirmación de que el FORD será su orgullo dondequiera que vaya y que viajará en él millares de kilómetros con plena confianza y seguridad.



FORD MOTOR COMPANY

El amor en un ventisquero

(Continuación de la pág. 51)

cretos..., en mis sueños, he sentido eso por alguien... que vendría algún día...

La mente de Enrique se turbó.

—Pero... es imposible que ese sea yo...

—Sí; me parece que es usted.

—¡Una hora!... Ese es todo el tiempo que hemos estado juntos!—protestó Enrique.

Y reflexionó. ¿Por qué la tenía en sus brazos? Suéltala, idiota, Janet te va a interpretar equivocadamente.

—Una hora larga—dijo ella.—Usted ha hecho en tan corto tiempo más por mí que cualquier otra persona en toda una vida.

—¡Dios mío!...—exclamó Enrique.—Yo...

—No hablaré más sobre este asunto hasta que lo haga usted..., si lo hace—observó Enrique.

Janet levantó el rostro y lo besó en la boca inesperadamente.

—Y ahora está terminado ese asunto—dijo Janet, suspirando con alivio.

Se desprendió de sus brazos suavemente.

Enrique la dejó separarse, advirtiendo que no la había soltado desde la primera vez que la había tomado.

¿Estaba loco?... ¿Se olvidaba de Inés, que lo esperaba en Skellingham? ¡Inés, a quien amaba! ¡Loco! La tentación de esta mujercita... Esta adorable mujercita...

¿Adorable? ¿Era eso lo que pensaba de ella?

Tomó el brazo de Janet y comenzaron a caminar. Ella lo acompañaba dócilmente. Los efectos de los golpes de Ruperto, no lo molestaban. La hora de la noche; el recuerdo de aquella Inés que lo esperaba en Skellingham, no estaban en su mente.

Era la diabólica emoción que le había producido aquella muchacha, lo que concentraba su atención.

Ella le había suplicado que la ayudase, se había confiado sin reservas a su caballerosidad, y le había dicho que estaba dispuesta a amarlo. Y lo había besado también ..; aquella muchacha, aquel producto viviente del modernismo; aquella insensible, engañadora de padres, de hombres. Aquella...

Enrique oyó que Janet se quejaba.

—Y ahora, ¿qué?—preguntó.

—No es nada—respondió.

Sin embargo, había lágrimas en su rostro. Enrique se detuvo e insistió:

—¿Qué es lo que le pasa?—le dijo imperiosamente.

—Son los zapatos otra vez—confesó Janet humildemente.

Enrique se sintió compasivo.

—Yo..., yo..., bruto de mí..., me había olvidado—se dijo.

Estaba arrodillado, tocando sus pies. Janet había perdido ambos zapatos, y sus medias estaban destrozadas.

Atento a sus propios pensamientos, la había hecho caminar sin consideración. Y ella no se había quejado. ¿Quién era el egoísta y el insensible ahora?

—Estamos cerca del sendero—dijo Janet.—Yo puedo seguir así. Usted tiene que llegar a donde iba. Es ya muy tarde.

Enrique se quitó su bufanda de lana y la envolvió en los pies de Janet.

—Nunca me perdonaré—murmuró.

Y la levantó en los brazos.

Janet era más liviana de lo que creía.

—¡Usted no me puede llevar!—protestó.

Podía, sin embargo, y así lo hizo; y Dios solamente sabe a costa de qué voluntad y esfuerzo la cargó hasta Yostacres.

Vieron ventanas iluminadas y oyeron el sonido de risas.

—Es Nochebuena—dijo Janet Inés.—Me había olvidado. Me parece que hay una fiesta de pijamas o algo.

Enrique estaba demasiado exhausto o resignado para sorprenderse. Se desplomó en el pórtico y vió el rostro de Janet claramente por primera vez. Se sentó en un banco de piedra, sumamente cansado.

—Ahora será más fácil en vista de que todos están levantados—afirmó Janet.

Era un rostro pequeño, con ojos grandes obscuros y una boca magnífica. ¿Y eran aquellos labios los que la habían besado?

—Billy podrá conducirlo adonde tiene que ir. Es mi hermano. Es muy gaucho. Creerá que se trataba de una aventura estupenda. Pero primero tomará y comerá algo y se cambiará de ropa antes de ausentarse... ¿no es cierto? Si es que tiene que irse... Sería muy...

—¿Qué es lo que va a decirle a su familia?—preguntó Enrique.

—Que había pensado fugarme y que luego cambié de idea. Que usted me trajo de vuelta. ¿Sabe? Aún no me ha dicho su nombre.

Enrique se lo dijo. Janet se sonrió.

—¿No le soy demasiado... antipática? Me gustaría saber, antes de que se vaya...

—¿Irme?—dijo Enrique, alzando la voz.—No quisiera irme.

Sabía, sin embargo, que era una locura, aquel sentimiento, aquella pretensión de no estar nunca fuera del alcance del sonido de su voz, de la mirada de sus ojos.

—Quiero decir...

Pero era demasiado tarde para explicar lo que quería decir, para explicar que aunque deseaba quedarse, debía irse.

—Estoy tan contenta—susurró Janet.

Enrique estaba perdido. Perdido en el caos de sus propias emociones, y un momento más tarde, en el torbellino de un grupo de gente joven muy animada, muy amable.

Se quedó dormido en medio de la fiesta, y más tarde advirtió vagamente que alguien lo estaba arropando en una cama, con algunas bolsas de agua caliente, para hacerlo entrar en calor.

—Usted ha sido muy gaucho, Enrique—le dijo Billy.

—¿Quiere hacerme el favor de hacerme enviar un telegrama?—se oyó murmurar.

—¡Cómo no! Lo telefonearemos. ¿Adónde?

—General Charteris. Skellingham. Diga que siento mucho, que no podré ir, o algo por el estilo.

—Déjelo por mi cuenta.

Enrique se durmió de nuevo, feliz y profundamente. Se despertó para encontrarse con Janet, al pie de la cama.

—El baño está pronto—le dijo.—Quería avisarle. Papá tiene la impresión, por lo que le han contado, de que le debo la vida, o algo por el estilo.

—¡Qué tonterías!—comentó Enrique.

—Y que estamos un poquito... enamorados.

Enrique, el nuevo Enrique, la contempló..., y ya no le pareció aquello tontería.

—¡Excelente!—exclamó satisfecho.

A su regreso a la ciudad, una semana más tarde, me enseñó una carta de Inés Charteris. Era una carta muy fría, una carta que me hubiese producido insomnio profundo durante una noche.

—¡Ah, Dios mío!—dije yo.

Pero Enrique se rió ligeramente, y comenzó a referirme la historia.

Manera de hacer desaparecer un cutis malo

(Del "London Fashions")

En ningún caso los cosméticos mejoran un cutis malo, puesto que tales ingredientes son positivamente dañinos. Lo más razonable es extirpar el velo mortecino del rostro, permitiendo así que la nueva piel pueda exhibir su frescura y lozanía. Para obtener este resultado se procede de una manera muy sencilla. Extiéndase por el rostro un poco de cera pura mercolizada todas las noches y lávese por las mañanas con agua caliente. Dicha cera que puede ser adquirida en cualquier farmacia tiene la propiedad de absorber la cutícula desfigurante, de un modo gradual y sin dolor. Extirpa también imperfecciones como manchas rojas, barrillos, quemaduras de sol, etc. Como hermoseador general del cutis, este antiguo remedio no tiene rival.

De utilidad para las lectoras



Limpieza de bordados. — Generalmente, cuando se acaba de hacer un bordado blanco, a mano, queda sucio. Para limpiarlo se pasa, por encima y por debajo de la prenda, jabón diluído, y se colocan en un recipiente con poca agua, de modo que apenas queden cubiertos. Se expone todo al sol por espacio de cinco o seis horas, y luego se hierve por espacio de algunos minutos; finalmente se enjuaga con agua ligeramente azulada.

■ ■

Para dar brillo al linóleo se recomienda una solución muy diluída de cera amarilla en esencia de trementina.

■ ■



Ocurre a menudo que no es posible **sacar la tapa esmerilada de un frasco de perfume.** Un medio fácil de hacerlo consiste en poner una gota de aceite entre éste y el cuello del frasco. Luego se calienta ligeramente, golpeando al mismo tiempo el tapón con un trocito de madera. El aceite penetra un poco alrededor de la tapa y es muy fácil removerla.

■ ■

Las plumas son malas conductoras del calor; por esto, **para conservar el hielo durante mucho tiempo** basta envolver el recipiente que lo contenga en almohadas de pluma.

■ ■



Para dejar como nuevo el crespón se tiene sobre el vapor de agua hirviente, sin estirarlo. Téngase cuidado en no mojarlo. Después se deja secar, tendiéndolo cerca del fuego.

■ ■

La madera se puede blanquear, dejándola como el marfil o el celuloide, con sólo tenerla sumergida dos horas en una solución al cinco por ciento de bisulfito de sosa y sumergiéndola después en otra de ácido clorhídrico al diez por ciento.

■ ■



Cuando los cuadros al óleo están agrietados, se limpian con una esponja empapada en agua ligeramente jabonosa y luego se secan con un trapo blando o con una gamuza. Luego se les pasa clara de huevo.

Los tejidos de seda cruda se limpian perfectamente y se tornan suaves poniéndolos durante veinticuatro horas en una infusión de té, a la que se le haya añadido un puñado de raíces de lino. Debe siempre plancharse este género mientras está húmedo.

■ ■



Para regenerar completamente los guantes de gamuza se moja en agua pura un trozo de franela y se le pasa una vez calzado en la mano o sobre un plato. Luego se frota con otra franela seca. En lugar de jabón se puede emplear una mezcla de leche y carbonato de sosa.

■ ■

Para limpiar las agujas oxidadas se sumergirán durante veinticuatro horas en aceite de olivas mezclado con un poco de petróleo, se colocarán después entre aserrín fino, bien seco, y se agitarán con un palito para favorecer la desecación.

■ ■

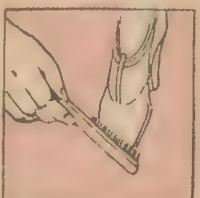


Helado de crema. — Se ponen al fuego yemas de huevo diluídas en crema de leche, con la cantidad de azúcar necesaria, en bañomaría. Se agita, procurándose que no hierva, y cuando sea bastante densa se colocará y añadirá esencia de vainilla. Corrígese el olor del huevo añadiendo un poco de corteza de limón raspada y un poquito de sal. Una vez fría la crema, se pone en la sorbetera o máquina de hacer helados.

■ ■

El amoníaco es el más útil y enérgico de los quitamanchas. Sirve también para regenerar los tejidos negros de seda alterados por la acción de la humedad.

■ ■



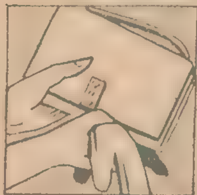
Los zapatos de piel blanca se limpian con jabón y leche y se secan rápidamente. Los blancos de cuero muy fino deben limpiarse con éter. Los zapatos de baile, de raso blanco o de color, han de frotarse con un trapo empapado en alcohol y con una muñeca de algodón se van secando lentamente. Cuando están muy sucios y el alcohol no basta, se pasa el trapo ya empapado sobre un trozo de jabón blanco y se emplea así.

■ ■

En ciertos casos **las agujas cortan el hilo** porque en el ojo presenta el metal una rebaba que se pue-

de eliminar fácilmente poniéndola durante unos segundos dentro de la llama de una cerilla o de un mechero de alcohol.

■ ■



Las carteras de color quedan limpias y brillantes si se las frota con la parte interior de una cáscara de banana. Con un trapo suave, bien seco, se les saca lustre como al calzado.

■ ■

Ciertos géneros lavables pierden el brillo después de ser varias veces sometidos al agua.

Evítase tal inconveniente sumergiéndolos en agua de afrecho hirviendo para quitarles toda impureza. Después se enjuagan en agua clara.

■ ■

Para conservar la fruta fresca, especialmente las peras, es costumbre introducir la extremidad de su pedúnculo en lacre disuelto en alcohol, o en una mezcla obtenida en caliente con tres partes de pez negra y una de colofonia.

La fruta envuelta en papel de seda se conserva perfectamente y guarda un olor y sabor irreprochables.

■ ■

Durante los fuertes calores del verano **se puede hacer más fresco el aire de una habitación** teniendo cerca de las ventanas, abiertas de par en par, trozos de lienzo empapados en agua. La evaporación del líquido produce una absorción de calor que se traduce en un ligero descenso de la temperatura ambiente.

■ ■

La bencina y el petróleo **destruyen la polilla de las alfombras.** Cuando se descubra la presencia de estos insectos en una habitación, será preciso quitar las alfombras y rociarlas con un pulverizador lleno de bencina o de petróleo.

■ ■

Como preventivo contra las anginas se aconsejan las gárgaras de té negro por la mañana y por la noche.

En cuanto a las aftas, deben tocarse varias veces por día con un pincel humedecido en: borato de sosa, cuatro gramos; tintura de benjuí, cuatro gramos; jarabe de frambuesas, cuarenta gramos.

■ ■

Dícese que **el perejil detiene inmediatamente las hemorragias.** En las hemorragias de la nariz pueden taparse con perejil machacado las fosas nasales. En las heridas aplícase en forma de compresas.

■ ■

Las dalias se vuelven olorosas regando frecuentemente las plantas con agua tibia. Parece que de este modo exhalan las dalias un perfume semejante al de las rosas.

Ensalada de verano (para seis personas). — Cien gramos de arroz, tres tomates, un puñado de chauchas, zanahorias, dos huevos duros, algunas hojas de lechuga y salsa mayonesa.

Se hace hervir el arroz, y por separado, las legumbres en agua con sal. Se cuela todo y se deja enfriar, mezclándose con la mayonesa, que se adorna con aceitunas y hojas de lechuga.

■ ■

Decálogo de la higiene:

1º Levántate temprano, acuéstate temprano y ocupa tu tiempo.

2º El agua y el pan sostienen la vida, pero el aire puro y el sol son indispensables para la salud.

3º La sobriedad y la frugalidad son los mejores elixires de larga vida.

4º La limpieza preserva de la herrumbre. Las máquinas limpias son las que prestan más largos servicios.

5º Un reposo suficiente repara y fortifica. Un reposo demasiado prolongado enmohece y debilita.

6º Vestir cómodamente y preservarse de los cambios bruscos de temperatura.

7º La casa alegre y limpia hace agradable el hogar doméstico.

8º El espíritu se depura con las distracciones, pero el abuso conduce a la molicie.

9º La alegría hace amar la vida, y el amor a la vida es la mitad de la salud. Por el contrario, la tristeza y el descorazonamiento aceleran la vejez.

10º Si vives con el cerebro, no dejes entumecer tus brazos y piernas. Si ganas el sustento con los brazos, no descuides el cultivo de tu inteligencia.

■ ■



Las vasijas de cocina en hierro fundido quedan nuevas y brillantes empleando ladrillo común, rojo, reducido a polvo. Se frotan con un corcho o con un pedacito de madera.

■ ■

Papel atrapamoscas. — Se prepara una solución de: emético, un gramo; miel, cuarenta gramos; agua, doscientos gramos. Con ella se impregna papel secante, del cual se pone una hoja en un plato, teniendo cuidado de que se mantenga húmedo.

■ ■

Manera de mondar las almendras. — En muchos dulces, bebidas y cremas de tocador se usan almendras mondadas. Cuando deba hacerse a mano tal operación, es preciso dejar en remojo las almendras, desprovistas de cáscara, en agua caliente, por espacio de media hora. La cutícula marrón sale entonces con gran facilidad.

■ ■

Los objetos de plata se conservan brillantes poniendo un poco de amoníaco en el agua con que se laven.

■ ■

Para preservar del moho los objetos de cuero basta frotarlos de cuando en cuando con esencia de trementina.

Pavos reales

— (Continuación de la pág. 17) —

a un hombre, y él no ha dejado nunca de tratarme como a muneca de salón. No soy a sus ojos más que un pavo real de esos que tú mencionas. Sí, sí, te equivocas cuando me aseguras que no debo contarme entre ellos.

Él. — *(Cariñosamente.)* No sabes lo que dices, May. Ese amor tuyo se vuelve más y más puro en su renovada intensidad.

Ella. — *(Encendiendo un cigarrillo.)* Tal vez, tal vez...

(Pausa.)

Él. — May...

Ella. — ¿Qué?

Él. — Tengo que pedirte una cosa, mejor dicho, dos cosas.

Ella. — ¿De qué se trata?

Él. — Te pido que me perdones y me olvides...

Ella. — *(Vivamente.)* ¿Que te perdone y que te olvide? ¿De que me estás hablando, Ted?

Él. — *(Con cal[illegible])* No [illegible] May. Tú me comprendes perfectamente.

Ella. — *(Encendida.)* Estás loco, Ted. No sé lo que quieres decirme. Explícate.

Él. — ¿Qué quieres que te expli[illegible]s tan frecuente que una chi[illegible]ore del amigo de su her[illegible]... Los hermanos mayores debiera[illegible] cuidado en la elección de s[illegible]

Ella. — *(Burlonamen[illegible])* serio, ¿crees que estoy [illegible] ti? Tú sueñas, Ted, tú [illegible]rame a los ojos y verás cómo te equivocas.

Él. — ¡Oh! No es necesario. Tal vez ellos te defenderían bien, pero tu mano te ha traicionado. No debieras haber triturado tan despiadadamente el cigarrillo.

Ella. — *(Ruborizándose.)* Pero, Ted, si yo...

Él. — Es muy natural que niegues. De lo contrario irías contra tu modo de ser. Ahora escúchame bien. May. No soy yo el hombre que te conviene. Tú me ves joven y fuerte, pero mi espíritu está gastado, terriblemente gastado, ¿sabes? Me ha tocado siempre mirar la vida por su lado gris, a pesar de que las apariencias lo hayan ocultado. Alguna vez yo también comencé a amarte, pero bien pronto procuré y conseguí ahogar mis sentimientos, pues jamás pensé que llegarías a fijarte en mí. Comprendía que entre nosotros existe un abismo. Tú eres fresca, comienzas recién la vida; en cambio, yo, te lo repito, la he vivido demasiado intensamente, y hoy el cuerpo no puede ya seguir al espíritu. Este se le ha adelantado con exceso. Por eso te he pedido que me olvides. Hemos seguido caminos tan distintos, que el separarnos de ellos es...

Ella. — *(A media voz.)* ¡Oh! no hables de imposibles, Ted. Ya ves, yo también había comenzado a conformarme con tu indiferencia; pero ahora que sabes que te amo, debes saber también que no me será posible olvidarte.

Él. — *(Con emoción.)* Gracias, May. Creo que no seré ya capaz de alejar de mí aquellos antiguos sentimientos que acabas de reanimar con tu sinceridad. Pero será necesario esperar, no sé si poco o mucho tiempo, aunque sí el suficiente como para que mi espíritu vuelva a recobrar su frescura recordando que el tuyo le aguarda para emprender juntos una nueva marcha.

Ella. — Lo conseguirás, no lo dudes, ¡y mucho antes de lo que tú te imaginas!

Él. — Si así fuese, creo sinceramente que no lo merecería. Debes perdonarme, May, si considera que alguna vez te he confundido con uno de esos pavos reales entre los que te empeñas en contarte. Si he adoptado esa actitud, es porque precisamente no he podido jamás asociarte a ellos. Eras para mí algo delicado y querido que prefería solamente contemplar para evitar lo que tú ahora no has querido evitar...

TELON

Características que hoy predominan en la moda

—(Continuación de la pág. 44)—

ces actúa como substituto del negro. Una combinación encantadora será la del azul marino con verde y castaño, llevando adornos de azul turquesa o verde.

NUESTROS MODELOS

El primero lo constituye un sombrero realizado en fieltro color rojo vivo. Lleva el ala levantada que descubre uno de los costados y un pájaro multicolor que complementa delicadamente el conjunto. En la misma figura aparece un doble cuello que forma solapa, y que ostenta ondeados sus bordes.

El que está en segundo término, es un práctico "tailleur" ideado en "shangtung" color verde y cuyo saquito con solapas redondas y unos botones del mismo tono destacan su elegancia.

En tercer lugar, podemos ver a un sencillo modelito confeccionado en crêpe mongol verde adornado con lunares blancos que ostenta un canesú muy novedoso. El saco es derecho y va confeccionado en jersey verde. Una solapa de un costado lo completa eficazmente, comunicándole una nota juvenil y elegante.

Y por último, muy de gusto actual resulta este otro modelito, realizado en dos tonos: la falda es de lanita marrón, mientras que el saco es de color turquesa, adornado con unos cortes. El cuello forma un gran moño en la parte de atrás; en la parte delantera lleva unas solapas redondas.

La mujer de antes y sus hermanas del siglo XX

— (Continuación de la pág. 34) —

con las ropas sueltas, las piernas al aire, recogiendo salud en los rayos de sol.

Dueña de un traje de baño microscópico, muestra sus líneas, sin intenciones de pecado, y hasta le roba tranquilidad al mar y frescura al río. Hay en ella la audacia que da el músculo robustecido al aire libre.

La vuelta a los días hábiles vuelve a recogerla en el taller o la oficina, con la sonrisa ancha de optimismo.

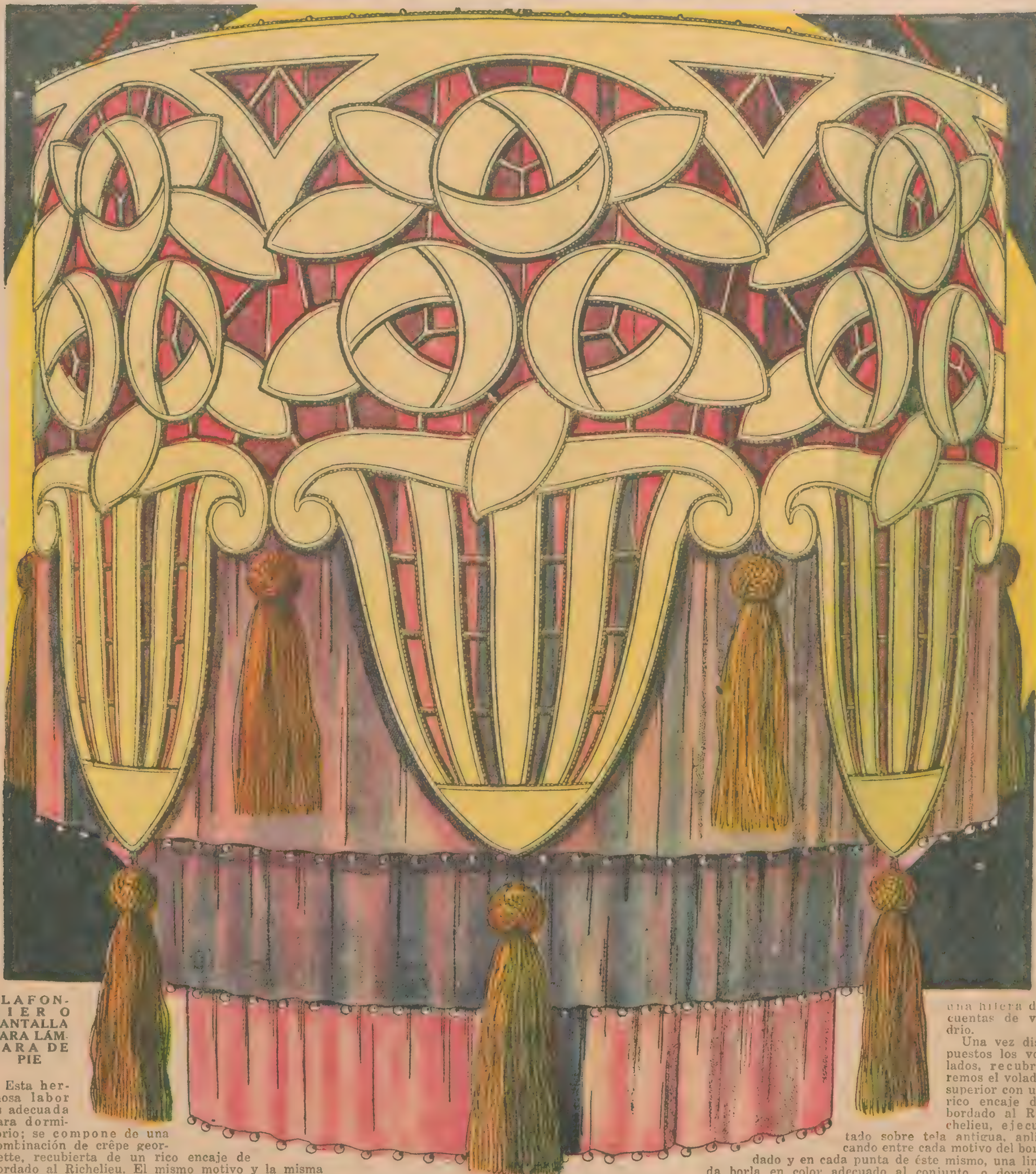
Toda de blanco, ocupa a veces el pupitre, donde los dedos lían cigarrillos que fumarán sus hermanas de sexo más mimadas por la diosa Fortuna.

En los últimos días del mes, la mujer porteña recibe tantos billetes de banco como el marido, el novio o el hermano. Los cuenta con fruición, con alegría. Y es el desbarde de las que corren por la calle, se trepan en el primer vehículo, apretando el tesoro que en el hogar será pan y carne. Otras acortan el paso y van dejando sueños en las vidrieras. Cuando llegan al cartelito de "Liquidamos", se marean y entran. A la media hora, el billete de banco se convirtió en ropa para la mamá y los hermanitos.

Hay algunas que en la noche de fin de mes se apretujan en la ventanilla del cine de moda, porque saben que Greta Garbo vendía sombreros antes de llegar a ser el ídolo del mundo. Una sola mirada oblicua de la estrella, símbolo de las almas embarulladas, es suficiente compensación al trabajo de treinta días. Un minuto de sueño vale la realidad de trabajar para poder vivir...

Labores Femeninas

Por MALISA



PLAFONNIER O PANTALLA PARA LÁMPARA DE PIE

Esta hermosa labor es adecuada para dormitorio; se compone de una combinación de crêpe georgette, recubierta de un rico encaje de bordado al Richelieu. El mismo motivo y la misma disposición puede adaptarse tanto a un plafonnier como para pantalla de lámpara de pie.

Empezaremos por forrar prolijamente los alambres de la armazón, compuesta ésta de tres aros, cuyas medidas serán de mayor a menor, unidos entre sí por otros alambres. Si quieren evitarse el trabajo de hacerlas, encontrarán estas armazones ya hechas en cualquier casa del ramo. Una vez forrados los alambres, montaremos alrededor de cada redondel un volado de crêpe georgette, del color seleccionado al gusto de la persona que lo ejecute, quedando muy vistoso en dos tonos. Ejemplo: naranja y azul, gris perla y rubí, marrón y pajizo, etc., etc., terminándose estos volados, así sean dobles o simples, con una hilera de cuentas de vidrio.

Una vez dispuestos los volados, recubriremos el volado superior con un rico encaje de bordado al Richelieu, ejecutado sobre tela antigua, aplicando entre cada motivo del bordado y en cada punta de éste mismo, una linda borla en color adecuado al conjunto, o dorada.

El motivo aquí reproducido es pequeño y aconsejamos hacerlo de una altura de 0 m. 26 cm., necesitándose para un contorno de 0 m. 40 cm. ocho motivos repetidos, o seis para un contorno de unos 0 m. 30 cm. Los volados deben guardar una altura respectiva de 0 m. 30 cm., 0 m. 40 cm. y 0 m. 50 cm.

El plafonier se cuelga con un cordón de seda.

El encaje y sus curiosas leyendas



CADA día se aprecia más el valor del encaje, cuya belleza de construcción es comparable a veces a la mejor obra de arte. La moda le consideró siempre entre sus accesorios de lujo. Hoy vuelve a lucirse el encaje no solamente en trajes de fiesta y de vestir, sino como indispensable adorno de todas las delicadas prendas femeninas.

Al mirar sus arabescos de su finísima red, trenzada en filigranas, bien se comprenden las leyendas forjadas en torno del encaje, de esa maravilla que solamente podrán producir sutiles manos de las hadas. He aquí las más curiosas:

En el principio de las edades existió una ninfa de singular hermosura que en lugar de jugar con sus compañeras a la luz de la luna se entretenía en tejer los hilos de una maravillosa trama. Realizaba secretamente su trabajo, pero un día, después de haber terminado una de sus más finas piezas, la mostró a otra compañera, la cual comparó este trabajo con el de la diosa Minerva.

Una noche, ésta sorprendió a la gentil trabajadora cuando más enfrascada estaba en su tarea.

—He oído — le dijo — que te consideras como una rival mía en el tejido.

La obrerita se estremeció y contestó con dulzura:

—Creo, en efecto, que mi labor es tan hermosa como la vuestra.

Tiñóse de rojo la cara de la diosa y dijo con rabia:

—Está bien; mas para que sigas haciendo la labor con detenimiento, no has de dejarla en todos los días de tu vida.

Desde entonces, el sitio en que se sentaba la ninfa se vió ocupado por una enorme araña, animal en que había transformado la diosa despechada a la tejedora.

Y este castigo se dice que retardó por muchas décadas el desenvolvimiento del arte del encaje.

Los encajes más antiguos se han encontrado en las tumbas egipcias y asirias. Son trabajos finos que responden a la concepción artística del país.

Los mejores ejemplares de esta especie son relativamente modernos. Flandes, Italia y España son los países donde con más perfección se ha hecho el encaje desde los siglos XIV a XVI, en que se supone el principio de una labor para la que los artistas de más renombre, como Ticiano, dibujaban modelos que habían de reproducir después los ágiles dedos de las obreras.

El encaje se hizo al principio para la Iglesia, y el esplendor del ritual romano y las riquezas de las vestiduras sacerdotales fomentaron el arte. Los ejemplares más artísticos se hacían en los conventos. Entre los tesoros que guardan celosas las viejas catedrales — casullas de maravillosos bordados, gemas pulidas de mitras y pectorales, joyas de los vasos sagrados y de los relicarios ancestrales... — la gracia y delicadeza del encaje aparece. Y en gran parte, estos ejemplares son donación de manos regias que, en voto al santo para quienes eran sus fervores, entregaban una labor en la que pusieron todo el anhelo de su alma deseosa de lograr acaso la salvación del que en lejanas tierras luchaba denodado.

Los santos y vírgenes lucían también los encajes en las procesiones, y encajes había en los ornamentos, cubrecálices, sabanillas de altares... En la Iglesia está, pues, el punto de partida de una de las labores artísticas más idóneas para que manos femeninas la realicen.

Al tratar de esta labor surgen a cada paso las leyendas, y la del origen punto de rosa veneciano es curiosa.

Cuéntase que eran dos jóvenes que se amaban tiernamente. Ella se dedicaba al encaje y él a la pesca de corales. Tocaba partir al mancebo para un largo y definitivo viaje, de cuyas resultas pensaba adquirir el dinero necesario para casarse con su amada. Dispuso la suerte de otro modo el resultado, y el joven entonces se dedicó a copiar la brillantez y delicadeza de las plantas y pequeños animales marítimos, con ánimo de que su novia, a su vez, los copiase y reprodujese por medio de los dóciles hilos de que se servía en su labor. Y el día de su boda lució la humilde muchacha un velo de incomparable belleza, primer ejemplo de este delicado punto que tanto auge había de alcanzar.

Esta influencia que, desde los tiempos más antiguos y en todas las civilizaciones han ejercido los encajes sobre los gustos y las costumbres domésticas, particularmente en el campo complejo de las preferencias femeninas, justifican que la fantasía haya creado a su respecto tan variadas y sugerentes leyendas, en que tienen un delicioso juego el amor y los sentimientos más delicados del alma humana.

Y es natural, por consiguiente, que estas leyendas vuelven a tener un gran interés social en estos tiempos en que ha experimentado una intensa reacción la afición a los encajes y a todas las labores femeninas.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMAS

DE LOS QUE EN TREN DE HUMORADA, CULTIVAN LA LEY MOJADA

—¿No sabe usted —le dicen a un borracho— que el alcohol es el peor enemigo del hombre?

—Pues por eso bebo —contesta el aludido,— para terminar con ese enemigo de la humanidad.

* * *

A un gran catador de vinos, se le ofreció al final de una comida opípara, un racimo de uvas.

—No, gracias —contestó.— No me gusta el vino en píldoras.

* * *

DE FERNANDO LÓPEZ BENEDITO

Decía un borracho ayer:
—Cansado ya de existir,
sin nada bueno que hacer,
yo vivo para beber
y bebo para vivir.



¡EN BUEN ESTADO!

El esposo, a su mujer. —Ya... ya... ves. An... antes... de las doce.

La mujer.—Sí, bribón... de las doce del día.



UN ARGUMENTO

—Honradamente, ¿cree usted, señor guarda, que se puede beber agua con el tifus que hay? (De "La Voz", Madrid)

Un principio falible:

—¿No sabe usted, amigo mío, que el alcohol todo lo mata y todo lo destruye?

—Pues hay una cosa que no ha destruído todavía: es mi sed.

* * *

Dos conocidos hombres de letras amigos del whisky, discurren sobre sus autores predilectos. Uno de ellos se declara admirador del autor de "Hamlet", y el segundo interrumpe:

—Yo, de Shakespeare sólo admiro aquello de: "¿Qué debe hacer un hombre sino vivir alegre?"

* * *

Un viejo aforismo:

Los hombres son como los vinos: la edad agria a los malos y mejora a los buenos.

* * *

En torno de la mesa de un bar se habla sobre espiritismo, y uno de los presentes sostiene con tono de convicción:

—Eso de que las mesas dan vueltas es la pura verdad. Yo suelo comprobarlo todos los días, en cuanto me sirven el octavo o el noveno copetín.

* * *

Incidencia conyugal:

—Pancho, en qué estado te encuentras —dice Sisebuta al ver llegar a su marido haciendo gambetas.—De segu-

HUMORISTAS DEL VERSO

AL AÑO NUEVO

POR LUIS DE TAPIA

Al año que nace cantemos hoy día
con firme esperanza, con suave alegría...
Un himno cantemos con franco optimismo,
sin ira, sin bilis, sin escepticismo...
De males pasados borremos la historia,
que huyan los fantasmas de nuestra memoria;
que un virgen impulso los aires conmueva,
y ¡a ver si podemos hacer vida nueva!...

Que en fiero oleaje se vayan a pique
las antiguas naves que rigió el cacique...
Que venga al gobierno del fláccido Estado
un nuevo prestigio que no esté gastado,
que un hombre, "muy hombre" a mandar se atreva,
y ¡a ver si podemos hacer vida nueva!

Que aquel mozalbete plagado de vicios,
estudie y aprenda las artes y oficios...
Que aquel "señorito" no crea que es solo
eje de la vida la "cuarta" de Apolo...
Que aquel estudiante de cabeza dura
abandone el claustro por la agricultura...
Que el que hoy cursa leyes empuñe la esteva,
y ¡a ver si podemos hacer vida nueva!

Que no haya "liliales" ni prosistas vanos,
ni Fidias de "pega", ni falsos Ticianos...
Que triunfe en las "tablas" el autor más fino
y el actor que entienda su papel divino...
Que sólo el talento papeles recite,
Que el mérito sólo las plumas agite...
Que tan sólo el genio los pinceles mueva
y, ¡a ver si podemos hacer vida nueva!

¡Cantemos al año que nace robusto!
¡Que en él sea el gasto más leve que el gusto!
¡Que en él la riqueza no aumente despacio
¡Que en él conquistemos, por fin, el espacio!
¡Que de las ventajas de sus meses doce,
no sea tan sólo el rico quien goce!
¡Que todos chupemos por igual la breva!
y, a ver si podemos hacer vida nueva!

ANÉCDOTAS SOBRE LA TEMPLANZA

—¡Hijo mío! — aconsejaba un "gentleman" anciano, — en este valle de lágrimas, que no es más que un tránsito a la eternidad, Dios no ha querido que su criatura sufra de sed. Y por eso ha creado el gin, el whisky, el gingebeer y la innumerable familia de los cocktails. Démosle las gracias por su paternal solicitud, pero al mismo tiempo usemos de sus bienes con sensatez y prudencia. Cuando hemos bebido bastante, debemos cesar de beber. Hay un límite razonable, que podemos alcanzar legítimamente, y que hasta es posible alcanzar, pero una vez llegados a él, debemos detenernos.

—Comprendo muy bien, ¡oh, padre mío!, pero, ¿cómo darnos cuenta de que hemos bebido bastante, y que hemos llegado al límite del que no debemos pasar?

—Voy a decírtelo, hijo mío. La experiencia es la madre de la sabiduría. ¿Ves aquellos dos caballeros que van por allí? Si en vez de dos vieras cuatro, habría llegado el momento de dejar de beber...

—Pero, ¡oh, padre mío! — le interrumpió el joven, — ¡oh, padre mío!, allí no hay dos caballeros. ¡No hay más que uno!

Una de las varias veces que necesitó Verlaine acudir al hospital, encontró un enfermero muy amable, que se empeñó en convencerle de los terribles efectos que producía la bebida.

—Figúrese usted — le dijo — que aquí hemos hecho experiencias con un cerdo; le inoculamos cierta cantidad de ajenjo en una ocasión, y no necesito decirle a usted que le sentó peor que si le dieran ponzoña. Se le puso negro el hígado y se le estropeó el corazón...

Verlaine le interrumpió con esta pregunta:

—Pero, ¿y quién les ha dicho a ustedes que el ajenjo se había hecho para los cerdos?

ro que te has tomado por lo menos una botella de ginebra.

—¿Qué quieres, querida? Hay que olvidar las penas. Y hoy es el aniversario de nuestro casamiento.

* * *

¿Se conoce algo mejor que un whisky?

—Sí — opina un periodista norteamericano. — Una botella.

* * *

Entre viejos amigos y compañeros de trabajo:

—Cada vez que bebía no podía trabajar. Por eso he renunciado.

—¿Has renunciado? ¡Qué fuerza de voluntad!

—Sí; he renunciado a trabajar.

* * *

La lógica del borracho:

—¿Tomaré otra copa o no? Mi cabeza dice que "no"; pero mi estómago dice "sí". Sin embargo, mi cabeza es el más sensato de los dos, y en una disputa el más sensato es el primero que afloja. Luego, tomaré otra copa.

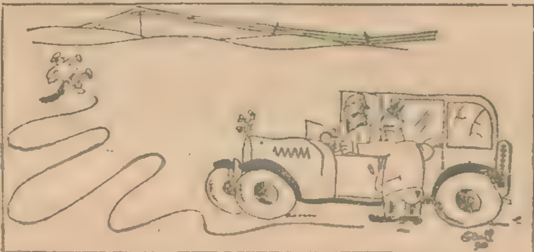
* * *

Consejos de un bodeguero yanqui:

—Hijo mío, nunca olvides que el vino es un producto industrial que puede realizarse con muchísimas cosas; hasta con uva.

* * *

—Al cuerpo — decía un borracho — hay que acostumbrarlo dandole siempre, conforme se pueda, un gusto y un disgusto. ¿Que pide vino? Pues darle vino: ese es el gusto. ¿Que pide agua?... Pues darle vino: ese es el disgusto.



UNA PRETENSION TEMERARIA

El agente de investigaciones al chauffeur. — ¡Siga usted los pasos a ese hombre! ¡Rápido!

(De "Gutiérrez", Madrid)



GARUFA DE NOCHEBUENA

—No sé si sería el vino; pero me fastidió tanto, que si llego a tener una navaja, le meto dos balazos.

(De "Buen Humor", Madrid)

DE PEDRO CASTRO Y ANAYA

Yace aquí el mayor amigo
de Baco, y tan desgraciado,
que murió pasando el vado
a manos de un enemigo.
Su condición exquisita
fué tal, que entrando en el templo,
aunque diera mal ejemplo,
nunca tomó agua bendita.

* * *

A propósito:

Informa el ilustre "Gotero" que cuando murió Gambeta todos los curdas guardaron un minuto de silencio.

* * *

EPITAFIO DE UN BORRACHO: DE JUAN DE IRIARTE

No riegues, ¡oh caminante!,
con lágrimas mi sepulcro;
que las lágrimas son agua,
y el agua no es de mi gusto.



RESIGNACION DEL MORIBUNDO

—¡Todavía una vez más!... Señor cura, cuénteme la parábola del agua cambiada en vino.

Para la Gente Menuda

Por LA ABUELITA

Máximas y Pensamientos

"Conviene vivir, luchar, dar cada cual a la familia, a la patria, a la humanidad cuanto pueda, mas sin atender al premio. Si todo mortal lograra aquí lo que merece, ¿para qué haría falta el concepto de otra vida mejor?"

(Cánovas)

"La bravura de que muchos hacen alarde es un hábil cálculo sobre el miedo que domina a sus adversarios."

"El porvenir de una nación está en manos de las madres."

(Balzac)

"Sin orden no tendríamos poder; sin poder no hay orden; sin orden no hay obediencia a las leyes, no hay libertad, porque la verdadera libertad consiste en ser esclavo de la ley."

(Balmes)

"Quien obedece de buena voluntad está libre de sospechas en su conducta y en sus obras; sin ser esclavo es buen súbdito y no rehusa obediencia sino cuando se le manda con altanera dureza, añadiendo a la autoridad el ultraje."

(Marco Aurelio)



BOB ESTÁ ALEGRE

Como todos los perros, Bob manifiesta alegría moviendo la cola. Mis amables nietecitos lo verán, si se toman el trabajo de armar las piezas del modelo, previamente recortadas y pegadas sobre cartón blando.

Bastará mover la palanca vertical para dar juego a la construcción.



MARINERITO

En este grabado hallarán las hábiles lectoras de esta sección un bonito motivo para bordar en seda de colores o en algodón mercerizado. Una vez listo el contorno, pueden completar la escenita dando colorido al niño y a sus juguetes.

FIGURAS MÁGICAS

Recortar este grabado y doblarlo por la línea número 1. Aparece una niña sacando su palita de arena de entre las garras de un ave.

A partir de la base del grabado, haremos dobleces sucesivos por las líneas de puntos, y aparecerá la niña graciosamente acompañada en la playa. Otro doblez, partiendo siempre de abajo, nos presentará a tres gnomos dando de comer a un ave en el nido. Desdoblando la figura y plegándola a la inversa, es decir, de arriba para abajo, podemos hacer tres cuadritos más. El último nos habrá convertido a la niña en un muchachito que enlaza del cuello a un ave.



DESCIFRE USTED... *Por* E. R. A. C.

Nº 163 — Jeroglífico indio

OTELO (impreso invertido) S

Nº 164 — Adivina éste, lector

CIU [VOCAL] [51] [G] [F] DAD
BIB LICA

Nº 165 — Jeroglífico

NOTA. NOTA. NOTA. NOTAS

Las soluciones de los jeroglíficos de este número las publicaremos en el número próximo.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

Nº 161. Intercalación: **VITALIDAD.**
Nº 162. Cueste lo que cueste: **CONTRA VIENTO Y MAREA.**

Cinco astros de la moda

(Continuación de la pág. 12)

pá. Su esposa, la princesa rusa Nathalia Paloy, es alta, elegante y majestuosa, y Lelong le dedicó muchos de sus trajes: este año, el modelo que estuvo más en boga se llamó "Nicolle", en homenaje a su hija.

Lelong encuentra en el arte de la moda afinidad con la escultura.

—¿Qué piensa de los sombreros emperatriz Eugenia, Mr. Lelong?

—Mejor sería enterrarlos en el fondo de la huerta, y nunca más sacarlos de allí..., son antiestéticos... y desagradables.

LUCILE

Decio Rossi, italiano de nacimiento y parisiense por elección, es el poderoso inspirador de ese pequeño reinado de la moda que es la maison Lucile. "Mi padre quería que yo fuera joyero — dice Rossi, — y yo adoraba los maravillosos colores de las piedras preciosas, pero me hubiera gustado derretirlas, mezclarlas todas y transformarlas en géneros, en telas multicolores que se pudieran drapear alrededor de hermosas siluetas femeninas. Sentía no poderlo hacer, me apenaba ver esas piedras preciosas tan duras y frías, mientras sus colores, tan suaves y delicados, daban, de pronto, destellos tan vivos y resplandecientes..."



Lucile

Así el buen muchacho, tranquilo y callado, se escapó un día de la casa del padre. "Me quiero instalar por mi cuenta..." — decía el chico al padre, cuando lo encontró y le pidió explicaciones.—"Quiero ser dibujante de modas..."

— Mi hijo debe estar mal... Miren que querer ser modisto... — comentaba el padre, entristecido.

Hoy, Decio Rossi dibuja trajes que son llevados por celebridades mundiales.

Lucile trabajó con éxito y con gran energía, y hace seis años se retiró a vivir a Inglaterra; ahora el animador es el señor Decio Rossi, que lleva veinte años de práctica en el negocio.

"Me inicié con Paquin, en la Rue de la Paix, y desde entonces, aquí. Presentamos nuestros modelos llevados por "mannequins vivants", en un escenario con candilejas, y nuestras más famosas "mannequins" Dolores y Hebe, se han casado con millonarios.

Molyneux, el ex capitán del ejército inglés, que hoy tiene su propio negocio en la rue Royale, empezó con Lucile, antes de la guerra, combatió cuatro años en las trincheras y luego se estableció por su cuenta. El gusto creador en la moda debe ser algo excéntrico, algo sensacional, algo que llame la atención, de que todos por un tiempo hablen, de que todos escriban, tomen fotografías y films..., pero lo sensacional en la moda no puede vivir mucho..., se torna vulgaridad... Mire lo que le pasó al sombrero emperatriz Eugenia... Sin embargo, esas rachas atraen al público...

También es preciso que un gran modisto tengan un flúido magnético, un imán, para atraer los ojos del mundo, para que la mujer elegante se sienta convencida, no por la excentricidad, sino por la pureza de la línea, por la distinción y por la exquisita aristocracia del refinamiento.

El Hogar

Dirección, Redacción y Administración:
RIO DE JANEIRO, 262-300
Unión Telef. 60 Caballito 1020 al 1029
Dirección Telegráfica "Senyah"

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR

Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación.
No se acuerdan representaciones exclusivas.
La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

SUBSCRIPCIONES

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Año	$ 9.— %	Año	$ 13.60 %	Año	$ 22.70 %
Semestre	„ 5.— „	Semestre	„ 7.— „	Semestre	„ 13.60 „
Trimestre	„ 2.50 „	Trimestre	„ 4.— „	Trimestre	„ 9.10 „
Núm. suelto	„ 0.20 „	Núm. suelto	„ 0.30 „		
„ atrasado	„ 0.40 „	„ atrasado	„ 0.60 „		

PARA EVITAR interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

REPRESENTACIONES EN EL EXTERIOR

INGLATERRA. — S. S. Koppe & Co., Ltd., Chronicle House, 72-78 Fleet Street, E. C. 4, London.
ESTADOS UNIDOS. — S. S. Koppe & Co. Inc. 500-5 th Avenue, New York City.
FRANCIA. — Corresponsal: Luis W. Escalante, 20 Rue de Freycinet, París.
URUGUAY. — A. S. Adami, Avenida 18 de Julio, 968, Montevideo.
PARAGUAY. — Santiago Puigbonet, Palma, 78, Casilla Correo, 581, Asunción.

Consultorio de

Por la DOCTORA

1º **LAS ARRUGAS QUE, EN FORMA DE PARENTESIS,** limitan la boca, desaparecen con masaje facial, llevando por la noche una venda bajo la barbilla, que se anuda en la nuca. Los músculos del rostro se levantan, vuelven a su posición normal y las arrugas se borran.

2º Las manchas que describe son muy originales. Temo que los medios caseros sean ineficaces, por lo cual es prudente acuda a un especialista, que cuenta con medios enérgicos para su extirpación.

3º **LOS MUSCULOS DE LOS BRAZOS** se endurecen con fricciones diarias de agua de Colonia.

Conviene también hacer gimnasia todas las mañanas, alternando extensiones y elevación de brazos en número de diez movimientos en cada ejercicio. — *Blanca Nieves.*

* *

1º **NO ES ACONSEJABLE TEÑIR** las escasas canas que aparecen antes de los 20 años.

2º Sírvase leer los anuncios de EL HOGAR. Entre ellos está el producto para combatir ese defecto. — *P. R. (Rosario de Santa Fe).*

* *

UNA BUENA CREMA DE VERANO para cutis propensa a manchas, es la siguiente:

Lanolina	30 gramos
Aceite de almendras dulces	10 „
Bórax	1 „
Glicerina	15 „
Agua oxigenada	15 „
Tintura de benjuí	5 „

Agradecida (Chascomús).

* *

LAVANDOSE CON AGUA DE BORAX se conserva una piel suave y tersa. Basta una cucharadita de polvos por litro de agua. — *Margarita de los Llanos.*

* *

1º **LA CIRUGIA ESTETICA SE PRACTICA** con éxito en Buenos Aires. Sírvase leer los anuncios de EL HOGAR, pues no puedo dar direcciones desde esta página.

2º La doctora de su referencia vive en París y estuvo sólo de paso en nuestro país.

3º Tengo entendido que dichas operaciones son relativamente de alto precio. — *Aster.*

* *

1º Todos los productos que EL HOGAR anuncia merecen absoluta confianza por su seriedad y reconocida eficacia.

2º Se usa por la noche, como crema alimento.

3º Debe pesar de 50 a 51 kilos. — *Nancy.*

* *

1º **CUANDO EL CUTIS NO RESISTE CREMAS,** puede usarse en reemplazo este esmalte líquido de inmejorable aspecto:

Agua de azahar	125 gramos
Subnitrato de bismuto	75 „
Agua de rosas	125 „
Glicerina	25 „

2º **PARA MEJORAR EL CUTIS TURBIO Y MANCHOSO** se lociona mañana y noche con el líquido que resulta de esta preparación: Se raspa rábano silvestre y se le agrega una cuarta parte de suero de manteca. Déjase reposar por espacio de 24 horas y se filtra.

3º Son inmejorables las fricciones que menciona. — *Alemancita (Montevideo).*



EL PEINADO DE MODA en las niñas que se dejan crecer el cabello, es el que muestra el grabado, más o menos. — *Coqueta (Montevideo).*

* *

1º **EL MASAJE CON RODILLO** es el procedimiento mejor para adelgazar parcialmente el cuerpo.

2º Si se toma la molestia de revisar su colección de EL HOGAR, hallará, entre los anuncios, la dirección que solicita. — *Gordita (Concordia).*

* *

1º **A UNA ESTATURA DE 1 m. 68 CORRESPONDEN,** a su edad, 64 kilos de peso.

2º Hay excelentes preparados que combaten esa molestia, sin ningún perjuicio para la salud. Sírvase buscar entre los anuncios de EL HOGAR.

3º **UNA CREMITA ECONOMICA,** de grandes virtudes para la tez, se fabrica mezclando:

Cera blanca	15 gramos
Agua de rosas	25 „
Vaselina	6 „
Bórax	1 gramo
Esencia de rosas	1 gota

— *Flor de Patricio (Buenos Aires).*

* *

LA CASPA SE CURA LAVANDO LA CABEZA semanalmente con solución de bórax, en proporción de una cucharada grande por litro de agua, con auxilio de jabón de glicerina. Se seca con toallas blandas, y al día siguiente se frota con aceite de olivas puro. Después de dos días, puede hacerse un lavado de limpieza, si la cabeza queda oleosa. Con este tratamiento se desarrolla mucho la cabellera. — *Chica de Barracas.*

1º **SE ESTIMULA EL CRECIMIENTO DEL CABELLO** con una fricción diaria sobre el cuero cabelludo, empleando este líquido: Se hacen hervir 100 gramos de raíces de ortiga en ½ litro de agua y ¼ litro de vinagre. Después de media hora se cuela. Debe emplearse una vez frío.

2º No puedo informarle sobre ese invento por desconocer los resultados. — *Estudianta Universitaria.*

* *

PARA REDUCIR EL BUSTO se aplica por la noche esta preparación sobre el seno:

Bol blanco	10 gramos
Sulfato hierro en polvo	3.50 „
Alumbre en polvo	3.50 „
Vinagre	20 „
Agua destilada	100 „

Con miga de pan se hace una pasta de suficiente consistencia para que se sostenga a modo de cataplasma.

belleza femenina

EQUIS

De mañana se lava con agua caliente y un jabón de yodo, terminando la operación con duchas de esponja, frías. — *Ojos negros (Buenos Aires).*

* *

1º **EL VELLO DE LOS BRAZOS SE DESTRUYE** con el uso periódico de un buen depilatorio. Remítase a los avisos que publica EL HOGAR.

y se ponga en sus manos a fin de borrarlas. — *Negrita (Bs. Aires).*

* *

1º **TODOS LOS DEPILATORIOS SON DE EFECTO PASAJERO** y es necesario usarlos periódicamente. Puede usar sin temor los productos anunciados en EL HOGAR.

2º **CUANDO SE TRATA DE DECOLORAR EL CABELLO** se recurre al extracto de manzanilla, que se vende ya preparado.

Puesto que su cabello ha sido teñido, será más difícil volverlo castaño. Un buen peinador la sacará de apuros. — *B. A. E. (Alberti).*

LOS TEJIDOS ADQUIEREN DUREZA sometiéndolos a duchas fías de agua con alumbre. — *Vanessa (Paraná).*

2º Tenga la bondad de leer mi respuesta a "Ojos Negros", en esta misma sección.

3º **CONTRA LAS PECAS SE ACONSEJAN** tres lociones diarias con este líquido:

Bórax	5	gramos
Agua de azahar	50	„
Agua de rosas	5	„
Tintura de benjuí	1	gramo

Soñadora de 15 años (Lanús).

* *

Remítase a la 1ª respuesta dada a "Aster", en esta misma sección. — *Nanete Porteña.*

* *

Lo que se aconseja a "Ojos Negros" (Buenos Aires) consulta su caso. — *Ñata Triste (San Pedro).*

* *

1º Sírvase leer los anuncios de EL HOGAR, y hallará la dirección que necesita.

2º Tengo entendido que las operaciones de cirugía estética no son dolorosas.

3º Es simplemente vinagre blanco de buena calidad.—*Julieta (Montevideo).*

* *

1º **PARA EL LAVADO DEL CUTIS SE USA EL AFRECHO** de trigo o el salvado de almendras. Ninguno de ellos tiene influencia sobre el vello.

2º **CUANDO EL CUTIS ES SECO** como el suyo, no debe usar ni benjuí ni limón. Le conviene mejor una crema de pepinos.

3º Nada más eficaz que el uso del rodillo, para adelgazar las piernas. — *Sarucha (Tandil).*

LAS MANCHAS DE LA CARA muy pertinaces se tratan con dos lociones diarias de este preparado:

Aceite de almendras amargas	100	gramos
Bórax en polvo	10	„
Agua de azahar	20	„
Tintura de mirra	2	„
Agua de rosas	30	„

Conviene lavar el rostro con infusión de tilo. — *María (Lomas).*

* *

Lamento, señorita, que su consulta no responda a la índole de esta sección, exclusivamente destinada a belleza y estética femeninas. — *María Alba (Luján).*

* *

1º **PARA SACAR LOS AFEITES Y LIMPIAR EL CUTIS** le recomiendo el cold cream éste: aceite de almendras dulces, 80 gramos; cera blanca, 10 gramos; esperma de ballena, 10 gramos.

2º Tanto el jugo de pepinos como el de almendras, favorecen siempre a la tez.

3º **LA FORMA DEL SENO** puede diferenciarse de lo común sin por eso ser defectuoso. En su caso, no le aconsejo haga nada por modificarlo. — *Espera ansiosa (B.Blanca).*

* *

Sírvase revisar los anuncios de EL HOGAR. Entre ellos está el producto que necesita. — *Leoncla (Chascomús).*

* *

El preparado que usted solicita es el mismo que se indica en su primera respuesta a "Alemancita" (Montevideo).— *La petisa (Liniers).*

* *

LA NARIZ OLEOSA debe lavarse con agua y jabón, aplicando luego un astringente o simplemente vinagre aromático antes del polvo.

No es conveniente usar cremas, si el cutis tiene aspecto grasoso. En su lugar es preferible, especialmente en verano, adoptar el esmalte que se aconseja a *"Alemancita"* (Montevideo) en su primera respuesta. — *Ernestina (Bahía Blanca).*

1º **LAS OJERAS MUY PRONUNCIADAS** desaparecen con fomentitos aplicados dos o tres veces por día, empleando tibio el líquido que resulta de hervir, durante medio minuto cincuenta gramos de agua de rosas y otro tanto de agua de aciano.

2º Si las manchas dejadas por depilación son profundas, es preferible que acuda a un buen especialista de la piel

Puede adquirirse el polvo de "henné" y preparar uno mismo la tintura. Aplícase en forma de cataplasma, sobre el cabello limpio y seco, envolviendo la cabeza con papel blanco, durante media hora. Luego se lava bien con agua y jabón. La pasta se hace disolviendo el polvo en agua caliente. Conviene probar antes el tinte en una mecha suelta. — *Ferviente admiradora (E. Ríos).*

La caricatura



(DE "LE JOURNAL", PARIS)

EL DESCOTE BAJO

Ella. — ¿De qué color es el vestido de Dorita? ¿La ves? Fíjate bien.

Él. — No puedo decírtelo, porque en este momento está sentada.



(DE "BUEN HUMOR", MADRID)

DEMANDA DE DIVORCIO

— Quiero separarme de mi esposa. Los motivos que ten...

— Basta. Tiene usted mucha razón.



(DE "LONDON OPINION", LONDRES)

DESPUES DE LA FARRA NOCTURNA

La esposa resignada. — Juan, ¿adónde debemos devolver esta jaula que trajiste anoche, cuando viniste, después de tu "reunión de directorio"?



(DE "PUNCH", LONDRES)

LOS HEROES

El joven. — Yo soy el joven que salvó ayer a su hija cuando estuvo a punto de ahogarse.

La madre. — ¿Usted también? ¡Caramba! ¿Quiere entonces hacer el favor de pasar a donde están los demás jóvenes?



(DE "LE RIRE", PARIS)

ENTRE CACOS

— Necesito entrar hoy en el banco.

— Bueno, pues, vete.

— No; ¿No ves que está todavía abierto?



EPOCA DUDOSA

El anticuario. — Esto es un precioso jarrón de antaño, del siglo XV.

Comprador. — ¿En qué quedamos, es del siglo XV o es d'estaño?



UN RECURSO

— ¡Qué corta?

— La noticia de un divorcio concedido porque la esposa registraba la cartera a su marido, para ponerlo en la mía.

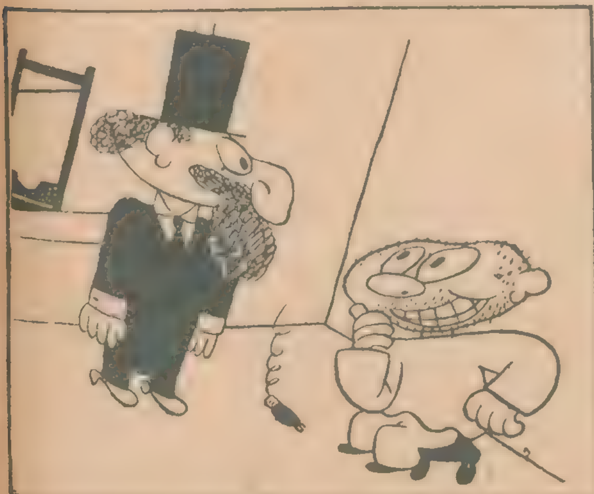


(DE "LUSTIGE BLATTER", BERLIN)

IRONIAS DE LA MODA

La nieta contemplando el retrato de la abuela y reflexionando sobre las evoluciones de la moda.

en el extranjero



(DE "LE RIPE", PARÍS)

EN LA PRISION

El verdugo. — ¿Cuál es su última voluntad?

El condenado, que es barbero. — Me gustaría afeitarlo a usted...



(DE "JUGEND", MUNICH)

LAS VACACIONES EN EL HOGAR

El empleado. — ¡Cuando recuerdo lo alegres y divertidos que estarán los muchachos en la oficina a estas horas!



(DE "EVERYBODY'S ANECDOTES")

AQUELLOS TIEMPOS...

— ¿Qué habrá sido de aquellas iniciales que grabé aquí hace cuarenta años? — se preguntan los ancianos ante el árbol de sus idilios.



(DE "THE HUMORIST", LONDRES)

ENTRE PESCADORES EXCURSIONISTAS

— Creo que llevamos demasiado peso, Juan. Tendremos que descargar algo. Así no podremos navegar.

— Cierto. ¿Qué te parece si sacamos los útiles de pesca?



(DE "THE PASSING SHOW", LONDRES)

EL DIA DE LA BODA

El padre de la novia, a un amigo de confianza. — Oiga, amigo; hágame el favor de no perder de vista al detective que he traído, para tener la seguridad de que no desaparece ningún regalo mientras voy a beber algo.



(DE "THE PASSING", LONDRES)

AUTOMOVILISMO

El chauffeur que sale a pasear con el cochecito de su bebé y tiene que hacer en él alguna reparación.



(DE "JUDGE", NUEVA YORK)

EL REMEDIO

La esposa cariñosa. — ¡Juan, despierta, por favor! ¡Ya es la hora de que tomes tu remedio contra el insomnio!...



(DE "LUSTIGE KOLNER ZEITUNG", COLONIA)

COSAS DEL OFICIO

— ¿Qué te pasó en el cuello?

— Nada, que estuve tres meses copiando la torre de Pisa.

El príncipe de Gales conoce las tragedias de la vida

(Continuación de la pág. 13)

deporte al aire libre que aprendió.

Una hora diaria de ejercicio físico fué otro capítulo de la educación del prícipe. Todos los días, a las 10, se encaminaba al gimnasio vestido con pantalones de franela blanca y grueso sweater de lana de Angora. A continuación se ejercitaba durante tres cuartos de hora en ejercicios de volteo, paralelas, trapecios y argollas, de acuerdo con el programa preparado para el día. A veces sólo le tocaba hacer gimnasia sueca y saltar a la cuerda, y al siguiente día, probablemente, le tocara revestir un peto y un capacete para disputar con su instructor un movedizo asalto de esgrima del palo. Así se desarrollaron sus pulmones y endurecieron sus músculos.

Había maravillosos fines de semana en Sandringham, en los cuales el príncipe vagaba en libertad por los bosques. Contaba ya diez años, y por aquel tiempo, juntamente con su hermano el actual duque de York, iba a pasar las vacaciones de fin de semana con la familia real en Sandringham. En las hermosas tierras de esta linda residencia de campo, jugaban los hermanos a los "Cowboys e indios", el nuevo juego con que "Buffalo Bill" enriqueció a la juventud cuando introdujo el ambiente del "Wild West" a Europa con su famoso circo.

Acompañados por su tutor, o algún servidor, los niños corrían a los bosques o a los prados, persiguiéndose el uno al otro, jugando a las escondidas, emocionados por las aventuras del juego al aire libre, tan útil para los niños sanos.

El príncipe demostraba inclinación a correr carreras, y según lo refiere un antiguo servidor, invitaba a hacerlo a su hermano, ofreciéndose a darle ventaja y ganarle. El duque de York, empero, resultó más ligero que él, y le resultaba imposible al príncipe ganarle si le daba algunos pasos de ventaja. En la soledad relativa de alguna parte de los bosques, su tutor les permitía que lucharan a brazo partido. El príncipe ganaba siempre, pues era de mayor edad y más pesado que su hermano. Eran muy buenos camaradas. Iban a pescar juntos y se lanzaban en toda clase de aventuras y escapatorias cuando estaban fuera de la vista de sus mayores. En verano se les enseñaba a nadar en las piletas privadas de las residencias reales, lo que los divertía extraordinariamente, arrojándose agua y tratando de sumergirse recíprocamente.

El príncipe de Gales es un tirador de precisión. Acompañó al rey Eduardo y a su padre en diversas oportunidades en que fueron a cazar. El primer tiro que disparó el príncipe fué a una perdiz que levantaba vuelo. Erró, pero desde ese momento demostró una gran afición a salir por los cotos con un anciano guarda, quien lo inició en los misterios de la cinegética y la vida de los bosques. A los doce años el príncipe acompañó a su abuelo y a su padre en una cacería de varios días.

El rey Eduardo, a quien le agradaba apostar le dijo:

—¡Si puedes voltear dos aves con tus primeros dos tiros, Teddy (sobrenombre que el soberano daba a su nieto), te regalaré una escopeta nueva!

El niño se rió encantado y aceptó el desafío. ¡Bien había adiestrado a su discípulo el viejo guarda!... Los perros "pararon". Hubo un revuelo en las matas. La bandada se alzó. Sonaron dos detonaciones... y el jovenzuelo saltaba y gritaba alborozado, levantando en alto dos perdices:

—¡Abuelito, te gané la escopeta!

En el curso de sus andanzas el príncipe, en determinada ocasión, comió una torta robada. Acontece que había acompañado al rey Eduardo a Balmoral, en Escocia, a donde el rey había ido para inaugurar un nuevo pabellón de la universidad de Aberdeen. Acaparado por las ceremonias oficiales, el monarca dejó al príncipe que se divirtiera solo en Balmoral. El joven se puso la gorra y salió a ambular por la posesión.

Sintiéndose solo se hizo amigo del hijo de un sargento de los gaiteros reales, que vivía en una de las chozas cercanas al castillo. Apenas salió el sol, los dos niños, el hijo del pueblo y el futuro rey, se lanzaron en busca de aventuras. Vagaron todo el día por las montañas, apagando la sed en los arroyos que bajaban cabrilleando de la altura, y regresaron ya entrada la tarde. Un apetito descomunal, el sano apetito de la juventud, los acuciaba.

—Mi madre tiene una hornada hoy —dijo el montañés.

—¿Sí? — respondió el príncipe interesadísimo.

Se miraron, y, sin más ni más, echaron a andar, y el hijo del gaitero sirvió de guía hasta los fondos de la choza de su padre. La boca se les hizo agua al percibir el olor peculiar del pan recién cocido que emanaba de la cocina.

Espiando y marchando en puntas de pies, el compañero del príncipe penetró a la cocina, se apoderó de un cuchillo y cortó por la mitad una torta, escapando con un pedazo en cada mano. Corriendo llegó a donde lo esperaba su amigo y le entregó una de las dos suculentas porciones, sin que la madre se hubiera percatado del hurto.

Comiendo a dos carrillos, entraron por los portones del castillo. Se introducía el príncipe el último pedazo de torta a la boca, y casi se ahogó con él al oír una sonora voz de abajo que llamaba:

— Eduardo!

¡Descubiertos!... Los dos muchachos se volvieron abochornados... Eran el rey Eduardo y el duque de Connaught que regresaban.

Los dos conspiradores se separaron, pero indudablemente el príncipe ha de haber pensado con simpatía en su amigo, y en el trance peliagudo del ajuste de cuentas que forzosamente habrá tenido que afrontar con su madre al comprobarse la desaparición de la sabrosa torta.

La randa

Por

AURORA SUAREZ

Madre: mi randa de novia
ia no la voy a ievar.
Madre, me duelen los ojos,
madre, de tanto iorar.
¡Deje la randa, mi madre,
ia no me voy a casar!
Iba detrás de mis cabras
diciendo, bajo un cantar,
y oyí la voz del que quiero
aiendito del tunal.
Madre, io le vi con otra
y se mi'anudó el cantar;
traigo los ojos cansados
de tanto y tanto iorar.
Deje la randa, mi madre,
¡ia no me voy a casar!



La Paja en el Ojo Ajeno...

Por

PESCATORE DI PERLE

LA poesía es obra esencialmente popular. Homero, como sabéis, es un mito. La *Ilíada* y la *Odisea* fueron creadas por la fantasía de ignorados y humildes payadores helénicos. Los vates distinguidos, los literatos eminentes en cuanto se meten de contrapunto con el estro del vulgo, van muertos. Ahí tenéis, en el siglo XIV, el luminoso ejemplo de un gran escritor, el infante don Juan Manuel, y el Arcipreste de Hita, juglar de la calle. El primero hace obra distinguida y perfecta. El segundo milonguea por las tabernas, y cuando da sus versos a la estampa, autoriza desinteresadamente la colaboración democrática:

E con tanto faré
punto a mi librete, mas non lo cerraré...
Qualquier omne que lo oya, si bien trobar sopiere,
puede más añadir e enmendar lo que quisiere;
ande de mano en mano a quien quier quel pidiere,
como pella a las dueñas tómelo quien podiere...

Y hoy, al cabo de los siglos, no hay quien aguante las trovas artificiosas de don Juan Manuel, y, en cambio, el *Libro de buen amor*, juglaresco y popular, vive en el siglo XX con más lozanía que en el XIV.

Pero, ¿a qué discutir? Los grandes genios de la humanidad salen de la plebe. Cervantes fué soldado y alcabalero medianamente escrupuloso. Shakespeare cuidaba caballos a la puerta de un teatrucho. Molière era un cómico peor aún que los nuestros. Lamartine fué político. Víctor Hugo, diputado... Como veis, todos plebeyos, vulgares y humildes.

Si yo tuviera el alma romántica y las convicciones sociológicas del doctor Palacios, le diría al Pueblo:

—¡Poesía eres tú!...

Mas no es preciso ser socialista viejo para reconocer la soberanía poética del proletariado. Acordaos del fastuoso monarca que fué al encuentro del mísero calderero para decirle:

Dícenme que viertes perlas...

En el órgano mensual del Sindicato de Mozos y Anexos de Buenos Aires, titulado *El Arte Gastronómico y Alimenticio*, correspondiente al mes de diciembre último, también hay un humilde proletario, un mozo, que como el calderero de referencia, ya vierte perlas. Perlas rojas, eso sí, porque se la pilla en serio con la sociedad capitalista. La poesía se llama *Embrión*, y empieza de esta manera:

Como lanza ponzoñosa,
observemos, compañeros,
la marcha patronal.
Clavemos la zampoña
tirana y empedernida,
desgarrando así la herida
cuya llaga dolorida
quebranta nuestro sostén.
En nuestros pechos obreros,
sellemos con tinta roja
la sólida y fuerte unión,
y cual leones heridos,
lancemos los alaridos
con pujanza y embrión.

Bien sabéis que la zampoña es un instrumento inocente, semejante a una flauta. Así, pues, los versos del poeta deben entenderse como sigue:

Vamos a clavar la flauta
tirana y empedernida
de la clase patronal.

En cuanto a lo de lanzar alaridos "con pujanza y embrión", considerad que el poeta no se dirige a un público de señoritas, precisamente.

●

EN un reportaje a Noel Coward dice *La Nación*, del 23 de diciembre:

En Buenos Aires se ha representado una sola pieza de Noel Coward: *"Week-end"*, cuyo título original es, traducido literalmente, *"Fiebre de heno"*.

¡Por Júpiter, que es ganas de poner fantasía en las traducciones literales! *Week-end* es, precisamente, una expresión inglesa tan divulgada entre nosotros como *Whisky and soda, I love you, fox-trot* y *boy scout*. *Week* significa *semana*, y *end*, *fin*. En cuanto a la *fiebre*, en inglés se llama *fever*, y el *heno*, *hay*. De modo que ni siquiera existe la semejanza gráfica de la frase *the time is money*, que el otro traducía: *el té que toman los monos.*

●

A propósito de los ruidos nocturnos, dice *Le Courrier de la Plata*, del 29 de diciembre:

Une décision du Juge Varangot, permet d'espérer quelques mesures de réglementation au sujet des bruits qui nous empêchent de dormir. Ça n'est pas d'aujourd'hui qu'on crie contre le tapage nocturne. Boileau se plaignait déjà: "Est-ce donc pour dormir qu'on se couche à Paris? — Que dirait-il aujourd'hui?

Como Boileau tenía mucho sentido común, *aujourd'hui* diría exactamente lo mismo que dijo en su *Sátira*, VI: "Est-ce donc pour *veiller* qu'on se couche à París?"

●

DE *Atlántida*, del 24 de diciembre:

Leo y copio:

"Un estado similar de pánico tuvo lugar en Londres en 1888 cuando JUAN el Destripador..."

No he conocido personalmente al tristemente célebre "Destripador", pero casi me atrevería a jurar que no era Juan.

Era "Jack".

A no ser que "Jack" sea, en inglés, lo mismo que "John"...

Exactamente lo mismo, no. Pero lo mismo que *Johncito*, sí: Juancito, como decimos por aquí.

●

DEL *Correo*, de *La Nación*, fecha 23 de diciembre:

***** A Dos porfiados, Ciudad: Sal inglesa, es efectivamente, la designación popular y corriente del sulfato de sodio o soda.**

Tengan cuidado los Dos porfiados: en realidad *sal inglesa* es la designación popular del sulfato magnésico, el mismo que suele llamarse *sal catártica, sal amarga, sal de Calatayud, sal de Egra, sal de Inglaterra, sal de la Higuera, sal de Madrid, sal de Sedlitz*, etc. En cuanto al sulfato sódico, su nombre más corriente es *sal de Glauber*.

SEMANALMENTE se premiará con una libra esterlina a cada uno de los que remitan las cinco mejores perlas a juicio de nuestro Pescatore. No se admiten perlas anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, *e si non, non.*

Nita Erre, de esta capital; *Elsa Erre*, de esta capital; *Rús*, sin indicación de lugar; *Luisa Glattstein*, de 9 de Julio, y *Hepburn*, de esta capital.

BAJO el título *El fúnebre humorismo de los penados de Sing Sing*, dice *La Razón*, del 14 de diciembre:

Entre los penados que cumplen su deuda con la sociedad en Sing Sing se encuentra Roberto Gooding, *bígamo* crónico, procesado por el hecho de haber contraído enlace *cinco* veces sin divorciarse previamente o sin haber enviudado.

Quien, sin haber enviudado ni haberse divorciado, lleva su gusto por el matrimonio hasta la exageración de casarse con una segunda mujer, es, simplemente, un sonso, es decir, un bígamo. Pero el que se casa con cinco mujeres, ya no es un sonsito cualquiera: es un idiota sin remedio. Y se le designa con otro eufemismo: *polígamo.*

CON el título de *Las veladas de Maud* publica *La Novela Semanal*, del 23 de noviembre, un artículo sobre *El Amor en la Luna.* Refiriéndose a la cual dice el colega:

En aquel previsor planeta...

Y el planeta en cuestión apenas si llega a satélite.

Pero no era esta la perla a que quería referirme. En el transcurso del artículo se repite muchas veces esta designación, a propósito de los habitantes de la Luna:

...me refirió el lunático..., el amor de una lunática, compartido por dos o más lunáticos..., la vida de la sociedad lunática..., la historia que me contó un lunático, es decir, un ciudadano de la Luna..., las hermosas lunáticas... Etc., etc.

Lunáticas y lunáticos se llaman a los infelices humanos que padecen locura, no continua, sino por intervalos. Todos somos lunáticos. Así escribe Fray Fernando de Valverde: "También los *lunáticos* y paralíticos venían a su presencia en busca de remedio."

Los habitantes de la Luna tienen que ser forzosamente mejor que nosotros. Y en buen castellano los llamamos *selenitas.* Los llamamos..., pero ni contestan ni vienen. En la Luna no hay gente, ni animales, ni vegetación, ni vida. Como no existe atmósfera, el Sol cae de plano y se vive de día en una temperatura de horno. Por eso también las sombras que proyectan las elevaciones de la superficie son absolutamente negras, como hechas con tinta china. De noche, la obscuridad es total, y hace un frío que ni en el polo.

Es indudable que si fuera posible la vida de un selenita, acabaría por volverse lunático. Y sólo entonces tendría razón *La Novela Semanal.*

UNAS perlitas sueltas para terminar.

De un documento público, convenientemente sellado, del Destacamento de Policía de Leleque, dirigido al comisario de policía de El Maitén (Chubut):

Cúmpleme dirijirme a vd. poniendo en su conocimiento que en la fecha procedí a la detención del *sujecto* José González, por ser autor, en compañía de los *sujecto* Juan *Ancelmo* Guenolaf y Andrés Sandoval, del hurto que fué *vítima* el *capatas* de esta estancia, *concistente* en... Etc.

***Aviéndose* buscado los dos *sujectos* y *praticado aberiguaciones*...**

Nuestra Real Academia premiará con la Flor Natural al jefe del Destacamento de Policía de Leleque.

Del folletín *El secretario de embajada*, publicado en *La Nación*, del 27 de diciembre:

Y allí me quedé yo, *a las cuatro* de la madrugada, sola en plena calle con mi acompañante... Ignoro exactamente la hora que era. Etc.

En el cuento policial *El asesinato de Lucía Pebmarsh*, publicado en *El Suplemento*, del 16 de diciembre:

El juez había mostrado a Inés la hoja de papel en que la víctima, *después de haber sido asesinada*, había escrito las pocas palabras acusadoras de que le he hablado.

¿En qué página está?

PRODUCTOS ALIMENTICIOS

BEBIDAS

AUTOMÓVILES Y ACCESORIOS

PRODUCTOS DE BELLEZA

ARTÍCULOS PARA LA CASA

ARTÍCULOS PARA DAMAS

DENTÍFRICOS

FOTOGRAFÍA Y ÓPTICA

LUBRIFICANTES

PRODUCTOS MEDICINALES

PERFUMERÍAS

PRODUCTOS DE TOCADOR

VARIOS

YERBAS Y TÉ

El perfume del año





PERFUME
1932
GRIET

LOCION, fco. grande........	$ 3.90
„ medio.........	„ 2.50
POLVO, caja media.........	„ 0.70
TALCO, envase vidrio.......	„ 0.70
BRILLANTINA (líq. o sólida)	„ 0.70

Los Perfumes de Moda



CHELA
OJOS NEGROS
DIME QVE SI
MUÑEQUITA
PRIMER BESO

Talcos - Jabones

LOCIONES

Frasco grande..	$ 3.70
„ mediano.	„ 2.—

POLVOS

Caja grande....	$ 1.90
„ mediana...	„ 0.70

PERFUMERIA
GRIET
Girardot 1618-1640 Bs. Aires

Precio en la Capital: 20 centavos

Impreso en los Talleres Gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.

Precios: En el Interior: 30 centavos
En el Uruguay: 18 centésimos